

Alex Comfort

DELINCUENCIA Y PODER

Un estudio de la psicología
de la dominación



En este texto, Comfort estudia la criminología del poder y su influencia en la modificación de las sociedades.

Según sus propias palabras:

Es una cuestión de gran importancia en cualquier estudio sociológico del gobierno moderno evaluar los motivos que realmente llevan a los individuos a presentarse a cargos públicos.

...

El estatus de los mecanismos de poder como medio de autoexpresión para los delincuentes y para sus impulsos agresivos limita efectivamente el uso del Estado como medio de cambio social.

De ahí su deducción:

La sociología moderna defiende enfáticamente la concepción libertaria–anarquista más que la totalitaria–institucional para el cambio social, aunque lo hace de manera crítica.

Alex Comfort

DELINCUENCIA Y PODER

Un estudio de la psicología de la dominación

Título original: *Authority and delinquency.*
An study of the psychology of power

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

I. DELINCUENCIA EN LA MODERNA GOBERNANZA

I. CONSIDERACIONES GENERALES

II. TIPOS DE LIDERAZGO

III. PERSONALIDADES ABERRANTES EN EL GOBIERNO

IV. LA GUERRA Y LOS CUERPOS DE ÉLITE

II. EL ESTADO Y EL COMPORTAMIENTO HUMANO

V. FUNCIONES DEL ESTADO

VI. EL PODER Y LA NATURALEZA HUMANA

VII. REMEDIOS

CONCLUSIÓN

Acerca del autor

PREFACIO

No he alterado este libro, ni para modernizar sus ideas psiquiátricas ni para acoger acontecimientos posteriores. La relación entre el poder y la delincuencia ha cambiado notablemente poco: en Estados Unidos la interpenetración del gobierno y el crimen organizado, especialmente a través de los 'servicios de seguridad', es ahora casi institucional: agentes secretos oficiales, agentes provocadores, agentes 'mimados' y soldados de la fortuna son intercambiables e indistinguibles. La contratación e instalación de matones, desde Pinochet hasta los líderes de las insurgencias de derecha e izquierda, se ha convertido en un instrumento general de la política de las grandes potencias. Con esta excepción, que apenas es nueva, pero que ahora es más prominente que antes, me parece que la mayor parte de lo que escribí originalmente sigue siendo aplicable. En Gran Bretaña, estamos viendo la conversión constante de una policía civil en un escuadrón de matones paramilitares, con la adopción de medidas policiales "coloniales" contra manifestantes, sindicalistas y minorías. Queda por ver si se permitirá que esto continúe o será revertido. En el lado positivo, más de nosotros ahora estamos reconociendo las interacciones de la oficina y la psicopatología, y estamos sacando conclusiones políticas. Espero que este libro ya viejo pueda reabrir el debate.

ALEX COMFORT, 1988

INTRODUCCIÓN

I. En 1948, la conferencia de Beirut de la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura inició un plan de investigación internacional a gran escala¹ para proporcionar información sobre las causas de los odios y tensiones internacionales e intranacionales. Entre los objetivos específicos se encontraba el estudio de los métodos por los cuales se estableció el fascismo y las causas que podrían conducir a la presencia de elementos psicopáticos o criminales en el gobierno de los estados.

La psiquiatría y la antropología social no existen desde hace un siglo como disciplinas independientes. En ese tiempo ya han provocado una mayor revolución en la autoconciencia humana que cualquier otra rama del descubrimiento. El trabajo de Freud y sus sucesores por sí solo ha alterado nuestra evaluación de nosotros mismos al menos tan radicalmente como lo hizo el descubrimiento de la evolución. Sin embargo, el crecimiento de la idea de que el método experimental se puede aplicar directamente a cuestiones de comportamiento humano, social e individual, ha sido gradual, y gran parte de su implicación revolucionaria ha sido enmascarada por esta lentitud de crecimiento.

1 O Klineberg, *Lancet*, 1949, II, 851.

Una vez que la sociedad occidental apreció las posibilidades del método científico, aplicó la investigación científica a la mayoría de sus problemas pendientes. El siglo XIX vio el inicio de esta aplicación a la tecnología y la medicina, con resultados familiares para todos. El conservadurismo y la desgana fueron superados en estos campos por las manifiestas ventajas económicas y personales, y porque, si bien la ciencia alteraba profundamente los patrones de vida y comportamiento, lo hacía sin que las alteraciones fueran detectadas o predichas hasta que se produjeron. El progreso científico provocó la aparición, primero de la clase media tecnológica y luego del proletariado industrial. Al hacerlo, sentó las bases de una revolución política y social generalizada: este proceso, sin embargo, no fue reconocido hasta que estuvo más allá de la prevención. Además, los cambios se produjeron principalmente en la distribución y la competencia por el poder político y económico, más que en nuestra estimación del gobierno y la sociedad mismos. Las creencias básicas de los cartistas y de sus oponentes acerca de la función del gobierno y los métodos de alterar la conducta humana eran muy similares. La tecnología dio nuevos recursos y nuevas armas a las formas establecidas de gobierno e industria sin cuestionar esos métodos.

La psiquiatría se desarrolló en este contexto como una consecuencia de la medicina. En el momento en que fue llamada deliberadamente por la sociedad institucional para proporcionar respuestas a problemas específicos, como los del crimen, la moral y el comportamiento, ya había crecido por derecho propio a una estatura que la colocó más allá de la represión institucional. Su posición en la sociedad actual ha

sido alcanzada en gran parte por sus propios esfuerzos, y sin ningún intento consciente de hacer otra cosa que tratar a los individuos enfermos e inadaptados. Antes de que su plena importancia social fuera reconocida, ya había establecido principios tan llenos de implicaciones revolucionarias para la tradición ortodoxa de gobierno como lo fueron los de la tecnología para el patrón de vida tradicional.

El *Proyecto Tensiones* de la Unesco, aunque fue desarrollado principalmente por sociólogos, debe su apoyo a los gobiernos representados en la ONU. Tenemos aquí, por tanto, un ejemplo de psiquiatría social que actúa bajo la supervisión y por invitación de los gobiernos establecidos. Si un trabajo de este tipo ha de continuar, impone un nuevo tipo de obligación a los sociólogos. Los mecanismos de gobierno y la conducta de los individuos con autoridad son parte del campo que se está estudiando, y los investigadores nunca han elaborado conscientemente las relaciones exactas que pueden o deben existir entre los estados modernos y las ciencias sociales. Algo parecido se ha intentado en criminología, el primer campo donde la psiquiatría fue invocada por el Estado, y ya existe una clara división entre los trabajadores que aceptan la ley y su administración por su valor nominal, y aquellos cuyo enfoque es principalmente experimental y crítico.

Es sólo en los últimos años que las autoridades judiciales, administrativas y ejecutivas han convocado formalmente a la psiquiatría para intervenir en el problema de la delincuencia, abriéndose paso en el proceso penal y judicial desde el exterior, modificando la opinión pública y lanzando luz, sobre problemas de delincuencia en el curso de estudios puramente

médicos, y la invitación formal llega cuando una generación de abogados, comisionados de prisiones y legisladores ha crecido en la tradición intelectual que han creado los estudios sociales. Por lo tanto, la psiquiatría pone en contacto con el derecho una tradición propia, que trasciende las concepciones preconcebidas del derecho y el gobierno que provienen de la tradición precientífica de la sociedad.

El intento de establecer la criminología como una rama distinta del conocimiento encuentra dificultades inmediatas. La conducta antisocial y la delincuencia, en el sentido de actitudes perjudiciales para el bienestar de los demás, son entidades psiquiátricas: el delito, en cambio, es una concepción arbitraria que abarca tanto la delincuencia agresiva, como el asesinato o la violación, como las acciones cuya importancia es predominantemente administrativa, como la compra de alcohol después de la hora de cierre. Dado que el alcance del delito depende directamente de la legislación, puede modificarse en cualquier momento para adoptar cualquier patrón de comportamiento. En las condiciones modernas, es muy posible que el psiquiatra criminal se enfrente a la tarea de reformar a un individuo cuyo conflicto con la sociedad surge de un alto desarrollo de la sociabilidad en lugar de uno bajo. La negativa a participar en la persecución de una minoría racial, o en la destrucción militar de poblaciones civiles, han figurado recientemente como crímenes en las sociedades occidentales civilizadas. En estas condiciones, la tradición independiente del psiquiatra debe llevarlo a decidir en qué punto la psicopatía del individuo excede a la de la sociedad, qué debe intentar fortalecer y con qué criterios. Quizás más importante es la creciente conciencia de que, por grande que sea el valor de

molestia del criminal en la sociedad urbana, el patrón centralizado de gobierno depende hoy para su función continua de un suministro de individuos cuyas personalidades y actitudes no difieren de ninguna manera de los de los delincuentes psicopáticos admitidos. La sociedad, lejos de penalizar la conducta antisocial per se, selecciona las formas, a menudo indistinguibles que castigará, y las formas que debe fomentar en virtud de sus esquemas. El psicópata egocéntrico que estafa en el campo financiero es punible; si sus actividades son políticas, goza de inmunidad y estima, y puede participar en la determinación de las leyes.

II. A pesar, por tanto, del alcance y la seriedad de la delincuencia como problema social, su aspecto más grave para la humanidad actual es la prevalencia de la acción delictiva por parte de personas inmunes a la censura y de los gobiernos establecidos. La importación de la ciencia al estudio del crimen es un paso irreversible, y su resultado sólo puede ser la supresión de la ciencia misma o la remodelación radical de nuestras ideas de gobierno y regulación del comportamiento. El presente estudio es un intento de señalar algunas de las moralejas y especulaciones que podemos extraer de los resultados existentes. La desconfianza de los trabajadores científicos por la expresión de opiniones políticas está bien fundada, pero su mantenimiento en la actualidad es cada vez más precario. Parte de esta perturbación surge de los peligros para la integridad científica cuando la ciencia se aplica a sujetos con carga emocional en presencia de hechos insuficientes. En estas condiciones, el sociólogo sólo puede aceptar el consejo

de East² de ser fiel a las normas científicas y ganarse el respeto de sus colegas. Pero debe llegarse a un punto en el futuro cercano en el que la posibilidad de suspender el juicio sobre las cuestiones planteadas por la autoridad, el poder y el gobierno debe ceder ante un conjunto de hechos acumulativo. No debemos comprometernos prematuramente, pero el compromiso no puede posponerse indefinidamente mediante la aquiescencia de los patrones tradicionales. La psicología social ya está invitada a opinar sobre temas como el control de la industria por parte de los trabajadores y la selección de personal para puestos de responsabilidad. Puede cumplir con estas tareas sólo si está dispuesto a emprender, y ya ha realizado, el estudio sistemático en términos de hecho de la mecánica de la sociedad política occidental. Esta no es en ningún sentido la transformación política de la ciencia. Es la sustitución de lo tradicional y lo empírico en el pensamiento político por el mismo estudio minucioso de los hechos que ha desplazado el empirismo de la magia en la medicina y la intuición en la biología. Por tanto, es el fin y el digno resultado de una sociología basada en la razón.

III. El objeto de este estudio es relacionar los elementos del comportamiento de los gobiernos modernos que se asimilan al equivalente internacional de la delincuencia con aquellos con los que ya estamos en parte familiarizados en los individuos. La sociedad a lo largo de su historia ha tratado el crimen como algo hostil a ella misma, que debe ser abolido mediante el castigo o la prevención. Al mismo tiempo, ha delimitado arbitrariamente la conducta delictiva, dependiendo en mayor o

2 N. East, *Society and the criminal*, 1949. H.M.S.O., London.

menor medida de la presencia en sí misma de potenciales delincuentes. Ninguna sociedad basada en el poder centralizado ha podido prescindir de grandes grupos de personas cuya composición no es en absoluto diferente a la de los delincuentes punibles: ha abolido los verdugos privados, pero ha tolerado los públicos. Algunos de estos mecanismos se examinarán aquí. Si bien siempre ha existido una tolerancia de este tipo, su estudio en la actualidad adquiere urgencia debido al alarmante aumento de los actos delictivos por parte de los Estados y los órganos de poder durante los últimos cincuenta años. Ahora es posible que un puñado de pacientes mentales acabe con la historia humana, y los gobiernos de las potencias atómicas han amenazado repetidamente y se están preparando activamente para hacerlo si sienten que su posición está amenazada. Esta es una nueva situación. Nos deja poco tiempo.

Si se nos pregunta hasta qué punto el gobierno en la sociedad urbana moderna tiende a seleccionar psicópatas, y hasta qué punto tal selección, si existe, es responsable de graves males o peligros sociales, solo podemos responder que la evidencia experimental es actualmente inadecuada para dar una respuesta concluyente. La psicología social del gobierno está en su infancia, a pesar de las responsabilidades que le imponen los acontecimientos. Estudios preliminares como los de Lasswell, Bartlett y otros sugieren que se puede argumentar la existencia de personas delincuentes o potencialmente delincuentes en el poder en las sociedades democráticas. Existe un caso bastante sólido para estudiar el papel de la centralización en la producción de tales trastornos de conducta, y para el carácter básicamente psicopático, en

términos de ciertos estándares definidos de salud, en torno al impulso para asegurar el poder y el liderazgo. Un caso de este tipo presentado en el momento actual podría suscitar una refutación igualmente convincente. El atractivo de sus conclusiones para otros tipos de psicópatas no gubernamentales es un motivo adicional de cautela.

Sin embargo, los escritores científicos de sociología, así como el público, asumen con demasiada frecuencia que las tradiciones y “estilos de vida” que son, o parecen, antagónicas a la tiranía y el desgobierno, están necesariamente libres de estos defectos, y prevalecerá automáticamente a pesar de la presión de otras fuerzas. La declaración de los líderes nazis de que emplearían conscientemente los mecanismos de la democracia para subvertirla, muestra una profunda comprensión de las realidades políticas. El hecho de que la democracia tenga ventajas en comparación con las tiranías no significa que éstas, o cualquier otra forma de autoridad centralizada, deban recibir necesariamente la aprobación de los estudios sociales, para aplicarse a la modificación consciente de la sociedad. Es para avanzar en estos problemas, a los que en la actualidad debemos prestar una atención especial, por lo que se ha escrito este libro. Lo que importa en este momento no es tanto la psicología de los delincuentes en el cargo como nuestra voluntad de desobedecerlos y resistirlos en nuestro propio interés y el del hombre; pero posiblemente lo hagamos más eficazmente si los entendemos, y podemos salvarnos de perder el tiempo en medidas reformistas que, por su estructura, contienen las semillas de la delincuencia autoritaria en sí mismas.

Al preparar la edición de bolsillo de este libro, he revisado ligeramente el texto de la edición de 1950, aunque no la bibliografía, que explica la prevalencia de citas de fuentes antiguas. Tampoco he ampliado las posibilidades psicoanalíticas del asunto (lo que habría necesitado un libro nuevo). Por lo tanto, el lector está leyendo lo que escribí sobre este tema hace casi 20 años, menos los pasajes que ahora creo que estaban equivocados, y algunas reflexiones más e ilustraciones más recientes. No he alterado ningún pasaje para mejorar mis propias conclusiones, ni he alterado la línea argumental del texto original. Es necesario volver a leer un libro antiguo para ver dónde estaba mal y dónde sigue siendo relevante.

ALEX COMFORT. 1970

I. DELINCUENCIA EN EL GOBIERNO MODERNO

Aún menos diferentes de los criminales abiertos son aquellos criminales latentes, en altos cargos, a quienes la sociedad venera como sus jefes.

Lombroso.

I. CONSIDERACIONES GENERALES

1. Crimen y delincuencia

El delito es la violación deliberada, mediante la amenaza de castigo, de una disposición que sostiene la ley. Cualquier acto u omisión que implique un castigo es un delito. "La gran regla principal del derecho penal es que nada es un delito a menos que esté claramente prohibido por la ley"³. Las limitaciones y obligaciones de la psicología criminal y la psiquiatría, tal como las aplican los penalistas administrativos, surgen de esta definición jurídica, ya que prescribe sus términos de referencia y arroja la red allí donde debe extraer su material.

La delincuencia, en cambio, no es una concepción reconocida por la ley. Es un nombre que los psicopatólogos dan a aquellas formas de trastornos de la conducta que se manifiestan en lesiones a otros o a la sociedad.

Necesitamos una clara apreciación de esta distinción para cualquier estudio del lugar que ocupan los individuos delincuentes en la sociedad. Crimen y delincuencia serían sinónimos únicamente en una sociedad en la que todas las formas de conducta antisocial fuesen punibles por ley y donde

³ R. v. Jones: 2 Ld. Raym., Pág. 1013.

nunca se haya promulgado ninguna ley que prohíba las acciones privadas, inofensivas o beneficiosas. En general, las leyes de los países civilizados afirman, y presumiblemente han intentado hacer realidad tal situación, con reserva, que la ley debería castigar una acción solo si perjudica a la comunidad en general, y los daños privados deberían repararse mediante procedimientos civiles. Los juristas del último siglo en este país aceptaron esto como un ideal practicable en condiciones de justicia y buen gobierno. El énfasis de gran parte del derecho continental al mismo tiempo, estaba en la amplitud del código de prohibiciones específicas, fuera de los límites de los cuales el individuo no podía incurrir en un castigo legal: la ley en Inglaterra se basaba en la mayor renuencia a restringir el juicio personal a menos hasta que debiera surgir una causa pública grave. Sanciones penales en apoyo de mejores condiciones de empleo y contra la utilización explotadora de los trabajadores industriales o de esclavos, fueron promulgadas en su momento a este respecto. El utilitarismo legal dio a la legislatura un mayor sentido de confianza en el poder de tales prohibiciones específicas para alterar la sociedad o mantener su forma existente, y la oposición fue superada gradualmente.

La idea actual del crimen, sin embargo, no refleja ningún sistema aceptado de derecho natural. La antropología nos ha mostrado marcadas similitudes en el patrón de estándares humanos en varios tipos de cultura, pero también nos ha mostrado el condicionamiento cultural de un gran número de creencias que determinan si una acción debe ser considerada antisocial. En determinadas condiciones culturales, el canibalismo, el parricidio o el infanticidio se han considerado no sólo inocentes sino necesarios. Las actitudes sociales que

determinan las leyes que rigen los delitos contra la persona, la propiedad y la ética sexual anteceden en siglos a la sanción legal. En comunidades más pequeñas y sociales, las sanciones de castigo son reemplazadas o reforzadas por la sanción de desaprobación pública. En gran medida, el cuerpo más antiguo de derecho penal, que existía antes de la transformación industrial de las sociedades occidentales y la extensión de la cultura urbana centralizada, era una ley basada en la mayoría: de grupos dominantes, de la religión cristiana, de la cultura, de las tradiciones de conducta que se desarrollaron en la transición de la sociedad desde la Edad Media. La ley no coincidía plenamente con las costumbres, ya que contenía elementos introducidos por los gobernantes para preservar su propia posición; tampoco coincidía con las costumbres que varios grupos de presión deseaban o intentaban imponer a la sociedad. La larga sucesión de intentos de llevar el adulterio y la fornicación al alcance de la justicia penal registra la larga variación de las normas que difieren de las prácticas de la mayoría⁴.

El derecho penal de las sociedades preindustriales tendía a ser un compromiso entre las normas éticas y las costumbres de gobernantes y gobernados, y conservaba cierta identidad, si no entre delito y delincuencia, al menos entre delito y conducta socialmente inaceptable. El racionalismo y la religión de los siglos XVIII y XIX esperaban que esta asociación continuara. Estas esperanzas apenas se han realizado. Por un lado, el patrón uniforme de las costumbres regionales decayó con sorprendente rapidez con el crecimiento de las ciudades; por

4 G. May: El control social de la expresión sexual, Allen & Unwin, 1993.

otro lado, la centralización del gobierno amplió el alcance del derecho puramente administrativo, apoyado por sanciones penales, hasta el punto que ahora ha alcanzado. El objeto de las nuevas leyes no era la aplicación de las costumbres, sino el mantenimiento de la "sociedad" y su subsistencia de acuerdo con la política y las creencias de los legisladores.

Por lo tanto, podemos dividir los delitos modernos en delitos contra las antiguas costumbres de la propiedad, la sexualidad y la persona, y delitos contra la política y los métodos centralizados de los legisladores. Los estándares por los cuales se juzga la delincuencia son personales del psicopatólogo que emite el juicio. Para él, la delincuencia puede significar una conducta demostrablemente perjudicial para los demás, o solo una conducta que, al violar las costumbres y las creencias, pone al perpetrador en conflicto con su entorno. La segunda definición incluiría muchos tipos de excentricidad que no tienen contenido social, y es mejor abandonarlos. Sin embargo, está claro que la delincuencia no se limita en modo alguno a los delincuentes. Bentham había reconocido desde hacía mucho tiempo la existencia de "delitos imaginarios" que no tienen ningún significado social más allá de lo que adquieren por el prejuicio, el error o el ascetismo de la época. Tales delitos han existido en todas las culturas, siendo un ejemplo de ello la actitud de la ley inglesa hacia la homosexualidad entre adultos que consienten. El psiquiatra podría reconciliar a esos delincuentes con la ortodoxia como un medio para aliviar sus conflictos, incluso cuando él y ellos estén convencidos de la irracionalidad de la ley. Mucho más importante es el reconocimiento de que de dos delincuentes por lo demás

idénticos, ambos involucrados en una conducta perjudicial para los demás, uno puede ser encarcelado y el otro subsumido.

La uniformidad de detección y castigo nunca ha existido en la sociedad humana, y las culturas anteriores han tolerado más y más privilegios económicos y políticos que la nuestra. El estafador poderoso, el barón ladrón, el eclesiástico carnal y otros delincuentes aceptados y honrados han sido una característica de todos los períodos históricos. Estos individuos se convierten fácilmente en líderes de grupos y naciones en los que su delincuencia de 'pez gordo' criminal establecido, puede dirigirse contra enemigos externos, con frecuencia en beneficio del estatus económico y político del grupo que apoya al delincuente. Hasta cierto punto, también, el poder de la persecución doméstica al mal gobierno ha limitado los recursos que el tirano, local o nacional, tenía a su disposición, por la resistencia de sus súbditos y por la competencia de otros. Las sociedades primitivas se dividen con bastante facilidad en dos grupos, uno que se ajusta a este patrón, con un modo de vida belicoso, depredador y, a menudo, aunque no invariablemente, tiránico, y otro en el que la dirección es predominantemente pacífica y social. Los factores familiares, económicos y culturales juegan un papel importante en la determinación de tales tradiciones grupales. En muchos casos es posible hablar de culturas "centradas en el poder" o "centradas en la vida".

La historia de las culturas más complejas muestra un comportamiento similar. En las civilizaciones occidentales unificadas, ambos elementos son demostrables, aunque la historia convencional dedica más espacio a las accidentadas carreras de grupos agresivos que han moldeado las

instituciones políticas por la fuerza que a la influencia cultural y gradual de los no agresivos, que han dejado su huella. principalmente por asimilación e influencia. También existen patrones similares dentro de las culturas individuales, y con el crecimiento de la autoridad centralizada hay una migración de los dos tipos principales de delincuentes históricos, el tirano potencial y el secuaz potencial, hacia la sociedad urbana que es el foco del gobierno. Algo de la división entre la ley, instrumento de la autoridad, y las costumbres, producto del lento desarrollo más que de la acción individual, pueden correr paralela a la antítesis entre Ciudad y Corte, por una parte, y sociedad rural, por otra.

En nuestra propia cultura, y en las circunstancias en las que ha ido creciendo el estudio psicológico de la delincuencia, nos encontramos ante un producto de este proceso que difiere de las fases anteriores. Ahora tenemos que lidiar menos con el delincuente cuyo éxito y energía silencian la oposición que con la incorporación generalizada de patrones de conducta delictivos en la estructura y el mecanismo actual de la sociedad. La autoridad económica y política se ha vuelto coextensiva con la civilización, y la civilización ha crecido, desde la revolución industrial, en gran parte a expensas de los elementos "centrados en la vida". Ley y administración, con sus rápidos cambios frente a los acontecimientos y los cambios en el equilibrio del poder político, han tendido a reemplazar la tradición y las costumbres. Las tiranías que han alarmado y escandalizado al liberalismo occidental en los últimos años han tenido poderes generales más amplios que los que disfrutaban los jefes locales en las comunidades pequeñas, porque no han estado limitados por la costumbre y han adquirido medios para

moldear y alterar las costumbres y creencias en una escala sin precedentes. Tenemos que reconocer que las culturas urbanas centralizadas, incluida la nuestra, han llegado a clasificar en detalle tipos de delincuencia individual, de otro modo indistinguibles, que toleran o recompensan por un lado, y reprueban y castigan por otro. El alcance de las leyes que definen el delito ya no está estrictamente limitado por las costumbres de la sociedad o de sus grupos predominantes, mientras que la sociedad misma, aunque se siente amenazada por el aumento del delito individual, ha pasado a depender para su existencia del tipo de ciudadano del que cabe esperar acciones delictivas.

En una sociedad así, el criminal tiende a ser el independiente, el delincuente sin licencia, al que le ha faltado la habilidad, la suerte o la oportunidad de expresar su delincuencia dentro de la estructura de autoridad.

2. El delincuente como ciudadano

La conclusión general de la mayoría de los estudios modernos es que los individuos antisociales se hacen en la infancia. Si alguna sociedad se encuentra fabricándolos en cantidades inusualmente grandes, es probable que el aumento se deba a factores en el patrón de vida comunitaria que actúen adversamente sobre la familia o sobre las costumbres de educación que adoptan los padres. En algún momento, ya sea en la infancia o después de ella, el individuo discapacitado de

esta manera, se enfrenta al problema de su relación con el resto de la sociedad. Algunas culturas poseen mayores poderes de asimilación de estas personas que otras. El poder de asimilación de nuestra propia cultura, medido en términos de ajuste final y "curación", es comparativamente bajo. Pero de ninguna manera todos esos delincuentes potenciales se convierten automáticamente en enemigos de la sociedad. Paralelamente a la dificultad que encuentran las sociedades centralizadas para reajustar a los individuos aberrantes, está su notable poder de absorberlos inalterados.

La elección que enfrenta el individuo delincuente no es entre luchar contra la sociedad y ser remodelado por sus costumbres. Es entre encontrar una salida entre una delincuencia que está sancionada y otra que no. El factor principal que hace que cualquier acto manifiesto sea 'delincuente' es la afirmación en él del derecho del actor a comportarse sin tener en cuenta a los demás. Puede hacerlo mediante robo o asesinato, y asumir las consecuencias, o puede encontrar un lugar en el patrón social que lo autorice, dentro de ciertos límites, a hacer que su acción sea irreprochable. Las oportunidades para este tipo de delincuencia aceptada y aceptable se encuentran casi por completo dentro del patrón del poder. Si los delincuentes ocupan un lugar social obvio en regímenes como el de la Alemania nazi, también tienen un lugar preponderante en el patrón de cualquier comunidad donde la coerción es una parte aceptada de las instituciones sociales. La "elección" en sí misma es, por supuesto, casi totalmente fortuita. El forajido está hecho en gran parte por sus oportunidades, sus contactos y por el accidente de incumplir la ley al principio de su carrera.

Si la conducta del sujeto afecta la propiedad, es poco probable que pueda expresarla de forma tolerada. Si afecta principalmente a las relaciones personales, es muy posible que pueda hacerlo.

Una vez hecha la elección inicial, el hombre que encuentra la manera de hacer que sus tendencias antisociales sean clave en la sociedad puede hacerlo de dos maneras. Si posee alguna capacidad para la autodisciplina, hay muchas ocupaciones en la sociedad moderna, casi todas ellas relacionadas con el lado ejecutivo del poder, que confieren una licencia limitada para infligir dolor o autoridad arbitraria, y estas ocupaciones son de un tipo indispensable para el patrón de vida actual. O el impulso anormal puede nutrirse en privado hasta que se llegue al punto en el que el individuo, como un legislador o líder de opinión, pueda inscribirlo él mismo en la vida de su cultura. La maquinaria del poder es en sí misma en gran medida un mecanismo mediante el cual esto puede tener lugar.

El problema más grave de la criminología moderna es, se podría insistir con razón, el del delincuente indispensable y autorizado. La existencia de este tipo de delincuencia nacional e individual, y el poder que ejercen los psicópatas sobre las actitudes nacionales, es hoy una amenaza más grave para la seguridad que un delito tipificado. En algunos casos, como en el apogeo del gangsterismo de Chicago o en la Alemania nazi, existe un intercambio reconocible entre los dos: en las democracias, el énfasis público está en el delito tipificado, pero la mayor amenaza para la supervivencia reside en el otro. Esta amenaza se extiende tanto a los beneficios culturales y económicos de la sociedad centralizada como al futuro de la

ciencia. Por tanto, cuando se invoca deliberadamente la psiquiatría científica, como se hace hoy, para tratar con el crimen, inevitablemente debemos involucrarnos ampliamente en el estudio de las formas no criminalizadas de delincuencia de las que han llegado a depender los patrones de la sociedad centralizada, ya que tanto la demanda como la oferta de delincuentes pueden considerarse productos de esa sociedad. El criminal convencido representa, en esta medida, no tanto un subproducto eliminable de nuestra cultura como un excedente divergente de una de sus manufacturas.

3. La delincuencia como salida emocional

Además de la función que los delincuentes activos y los delincuentes potenciales pueden desempeñar en las instituciones de las sociedades modernas, tienen, en su forma de forajidos y criminales, una segunda función que bien puede resultar aún más importante. Reiwald⁵ (1949) ha llamado la atención sobre la focalización de una gran parte de la agresión frustrada y reprimida de los públicos civilizados, en el criminal y su castigo. Divide los crímenes en "satisfactorios" e "insatisfactorios": el crimen "satisfactorio" está cargado de emoción y proporciona argumentos para una gran cantidad de literatura criminal y policial: el asesinato, las historias de detectives, los asuntos de delincuencia sexual, y los informes del periódico dominical, son los principales delitos satisfactorios. La malversación, el fraude y las "manipulaciones" de todo tipo son emocionalmente

5 P. Reiwald, *Society and its Criminals* (Heinemann, Londres, 1949).

"insatisfactorios"; no concuerdan con ninguna de las fuentes de culpa más importantes en nuestras mentes. El castigo del criminal, especialmente del criminal "satisfactorio" y más o menos atávico, descarga la culpa del lector y del espectador, por lo que en esta medida es "necesitado" para la sociedad. Reiwald duda de que las sociedades modernas puedan renunciar a esta forma particular de proyección sin encontrar otras más destructivas.

La visión conservadora del castigo y de la ley acepta las pretensiones intencionales y disuasorias de los códigos penales modernos en su valor nominal y, al hacerlo, ciertamente subestima los elementos rituales y mágicos en el desarrollo de actitudes públicas hacia el crimen. Muchas de las sorprendentes discrepancias entre las intenciones profesas de la ley y los métodos que adopta se deben a supervivencias de este tipo. El infractor de la ley en las sociedades primitivas tiene un estatus mágico distintivo. De hecho, el criminal cede a los impulsos que la mayoría de los miembros de su cultura tienen en sus fantasías, y que son una fuente de culpa. Al hacerlo, se ofrece a sí mismo como víctima sacrificada en nombre de los miembros de la sociedad menos impulsivos o mejor reprimidos, que le están debidamente agradecidos. En este sentido, la idea del condenado como salvador y exorcista precede mucho a su uso en el simbolismo cristiano. Se ha afirmado y negado que el castigo, tal como lo entendemos, es desconocido en la mayoría de las culturas primitivas: la exculpación de un criminal, que puede tomar la forma de un suicidio, es menos una pena que un exorcismo con efecto limpiador para toda la sociedad. En este sentido, el criminal

puede incluso ser aplaudido por haber cumplido el cargo de chivo expiatorio de los criminales en pensamiento.

Residuos primitivos de este tipo están indudablemente presentes en la ley moderna, aunque no siempre son fáciles de desenredar. Reiwald señala la práctica que persistió hasta el siglo pasado en Inglaterra de disfrazar al condenado como un animal (envolviéndolo en una piel de vaca) y la tendencia de los estados civilizados a tratar juicios y ejecuciones como una forma de fiesta. Incluso el *medicine-hat* (sombrero medicinal) que el juez inglés moderno se colocó hasta hace poco en la cabeza para pronunciar sentencia de muerte tiene una historia antropológica larga y distinguida. La actitud interesada, admiradora u orgiástica del público hacia sus enemigos legales es al menos tan ambivalente como la de cualquier cultura primitiva. Tales vínculos con el criminal como benefactor público establecen una posible pista para otra forma de delincuencia tolerada, la del rey primitivo exigente o tiránico. Él, como el condenado, es una figura mágica, a quien se le permite la licencia, y que es asesinado para los beneficios rituales de toda la comunidad al final de su mandato. El rey y el malhechor condenado son, en algunos momentos de la historia social, intercambiables. La transición de la matanza del rey al gobierno parece haber sido por medio de una etapa en la que el suplente ejecutado en lugar del rey era, de hecho, un infractor de la ley condenado. En palabras de Reiwald, «el criminal busca una satisfacción instintiva desenfrenada sin tener en cuenta la comunidad. Exactamente el mismo rasgo caracteriza al padre tribal. Es su posición la que busca asumir el criminal, que ignora los tabúes sociales, y por eso el inconsciente puede atribuirle un significado tan exaltado.

Aparte de cualquier consideración analítica o histórica, parece bastante claro que en las culturas jerarquizadas modernas el infractor de la ley y el gobernante ocupan de hecho extremos opuestos de un eje emocional único. Ambos son chivos expiatorios de las pulsiones no declaradas del individuo: ambos reciben una medida detectable de tolerancia en las incomodidades y lesiones que pueden infligir a la comunidad en virtud de su cargo. Parece bien fundada la sugerencia de Reiwald de que parte de la actitud de las sociedades hacia el crimen surge de la necesidad de mantenerlo y de lograr una descarga emocional con el castigo. En el caso de los gobernantes opresores, todo el proceso es más consciente. La tolerancia de un tirano, a pesar de sus infracciones, a menudo ha surgido del hecho de que proporciona un foco para las fantasías agresivas en el público, ya sea que se identifiquen con él o reaccionen con odio hacia él. Los gobiernos democráticos, como los criminales en las sociedades democráticas, también sirven como chivos expiatorios públicos. Los gobernantes nos liberan de nuestras insatisfacciones con nuestra irresponsabilidad, mientras que el castigo a los criminales y la desaprobación que les mostramos descargan nuestro malestar por los impulsos que nos identifican con el asesino o el delincuente sexual. Sin mucho más conocimiento fáctico, no es prudente llevar demasiado lejos las concepciones de este tipo, pero los trabajos modernos sobre el psicosimbolismo y la historia de la interacción entre el rey-víctima y el criminal-víctima son demasiado sugerentes para ser completamente ignorados. Desde el punto de vista de la sociedad, las dos funciones pueden converger. Desde su propio punto de vista como individuos, gobernante y criminal pueden representar la división entre quienes buscan expresar

agresión en desafío a la sociedad, aceptando el castigo que eso implica y, en ocasiones, de manera activa, aunque inconsciente, lo desean; y aquellos que buscan expresar impulsos agresivos similares convirtiéndose ellos mismos en controladores o guardianes de la conciencia de la sociedad, y modificándola a su propio patrón.

4. Las formas de delincuencia tolerada

Los delincuentes tolerados aparecen en dos niveles distintos en las culturas jerarquizadas. Pueden alcanzar y controlar la maquinaria del poder ejecutivo y político, como legisladores y gobernantes. También pueden encontrarse, y en general tienden a ser más numerosos, en la maquinaria de aplicación que interviene entre el legislador y el ciudadano. Nosotros debemos nuestro conocimiento actual a la presencia y el papel de estos delincuentes tolerados, y de su capacidad para hacer daño, al surgimiento de los estados totalitarios, pero la reaparición de la delincuencia y la tiranía militar como políticas socialmente aceptadas en los estados civilizados ha llevado, y debe conducir, a un escrutinio de mecanismos similares dentro de las democracias sociales.

La democracia social surgió como un sistema conscientemente determinado, para limitar el posible abuso de poder por parte de los representantes. Los poderes de los propios delegados fueron creados por el abandono público del gobierno responsable. En términos de la teoría liberal, por lo tanto, la democracia debería contener amplias salvaguardias

contra la adquisición de poder por parte de individuos o grupos delincuentes. La Constitución de los Estados Unidos se enmarcó con este objetivo deliberado en mente. Sin embargo, las salvaguardias proporcionadas por las constituciones y las teorías de gobierno dejan fuera de cuenta los efectos mucho mayores sobre la sociedad de fuerzas económicas y sociales que los teóricos no estaban en condiciones de prever. La democracia está expuesta a los peligros a los que se han enfrentado otras sociedades, por la ambición de individuos sin escrúpulos y por la concentración excesiva del poder, pero conlleva sus propios riesgos. La gama de aspirantes al poder político en una monarquía se limita al círculo de los líderes militares y la nobleza, que podrían aspirar al éxito como usurpadores: cuanto más amplia sea la calificación para el cargo, mayor será la competencia. Las sociedades democráticas, especialmente en su forma centralizada, ofrecen la perspectiva de entrar en los asuntos públicos a muchas personalidades agresivas cuyas ambiciones de otro modo podrían limitarse a los asuntos locales. El control real, además, que los gobernantes elegidos ejercen sobre la vida de los ciudadanos comunes, es más efectivo y completo que el que podrían contemplar los antiguos monarcas, y el hecho de la delegación limita en cierta medida la resistencia del público a tal control. Con el crecimiento de la sociedad urbana y la extensión del alcance de la administración, los responsables políticos han adquirido recursos de fuerza y persuasión que encuentran muy poca resistencia organizada, excepto en épocas de recesión económica o pobreza generalizada.

Al mismo tiempo, la concentración de la población y de las funciones políticas en las ciudades ha llevado a un aumento

gradual del tamaño y la extensión de la maquinaria de imposición. Estas organizaciones adquieren gradualmente una función autónoma, que puede estar libre del control de los responsables políticos y del público por igual. La policía urbana ha tenido un papel importante en los conflictos en torno a los partidos políticos y en la instauración de dictaduras. Cabe recordar que la Constitución romana impuso controles especiales y deliberados sobre el uso del ejército mediante la distinción que trazó entre *imperium domi* e *imperium militiae*, siendo los comandantes militares normalmente despojados de autoridad dentro de los límites de la ciudad. La secuencia única de emperadores psicópatas que figuran en la historia romana posterior debe su poder en casi todos los casos a la acción independiente de las unidades de represión del ejército (la guardia imperial), que a menudo fueron reclutados o apoyados por mercenarios extranjeros. En este caso, el represivo era física y literalmente un grupo externo, ajeno a las costumbres y actitudes de la sociedad romana. La aparición en el ejecutivo de aspirantes lo suficientemente poderosos y ambiciosos como para desmembrar la autoridad central llevó al colapso de este sistema.

Mientras tanto, la teoría liberal de las democracias occidentales ha ejercido poca o ninguna influencia sobre el patrón de su crecimiento biológico. La centralización ha producido cambios importantes, muchos de ellos perjudiciales, en el estatus de la familia y en la seguridad del individuo, que no han sido neutralizados por los avances técnicos. Halliday⁶ ha llamado la atención sobre la creciente importancia de la

6 J- Halliday, *Lancet*, 10 de agosto de 1946.

ansiedad culturalmente inherente en tales sociedades. La evidencia histórica extraída del destino de las ciudades–culturas más antiguas que han superado sus bases biológicas está lejos de ser tranquilizadora. En la nuestra se puede identificar una tendencia creciente a que el miedo, la inseguridad y la orientación hacia la guerra se conviertan en rasgos permanentes de tales culturas. Mumford⁷ ha presentado una imagen alarmantemente realista de los procesos de desintegración en los agregados urbanos; en estas condiciones, los procesos psicopáticos y las actitudes se vuelven pandemias: la culpa y sus proyecciones en la agresión militar pueden volverse aún más prominentes en las culturas democráticas y tradicionalmente pacíficas que en otras que tienen menos escrúpulos. Los efectos de la bomba atómica sobre la conciencia estadounidense moderna han sido más marcados que los de la derrota militar sobre los alemanes. Las salvaguardias liberales de la democracia moderna se ven cada vez más obligadas a enfrentarse a factores que nunca pasaron por la cabeza de sus inventores. Los totalitarismos que denuncian los liberales modernos, y sobre los que frecuentemente proyectan su propia culpa e inseguridad, son el producto final de procesos similares en culturas cuya resistencia ha sido rebajada por la tradición o las circunstancias.

En las oligarquías aristocráticas, el personal del gobierno era reclutado por herencia dentro de la casta gobernante y recibía accesiones ocasionales desde abajo a través de matrimonios mixtos y la aparición de nuevos nobles hechos a sí mismos. El

7 L. Mumford. *La cultura de las ciudades*, Seeker & Warburg, 1938.

gobierno era una función entre muchas que desempeñaba esta clase. En las democracias centralizadas, el gobierno es una ocupación que generalmente excluye otras formas de actividad. Por lo tanto, debe competir con otras ocupaciones de igual dignidad y estatus en el personal que requiere. El liderazgo de un partido político moderno no ofrece incentivos económicos o intelectuales que sean superiores a los proporcionados por la tecnología, las profesiones o los grados administrativos más altos de los servicios civiles; su atractivo para un individuo determinado probablemente dependa principalmente de qué tan alto valora el poder de modificar la vida de los demás. En el pasado, la maquinaria judicial, la policía y los servicios penitenciarios han mantenido su compromiso debido al grado de seguridad personal asociado con el empleo en el gobierno. La policía y el ejército fueron durante muchos años las únicas ocupaciones establecidas y pensionables a las que los trabajadores podían acceder fácilmente⁸. Este ya no es el caso. El aumento de la seguridad social y el aumento del nivel de vida de los trabajadores industriales han anulado en gran medida su atractivo. En comparación con otros empleos, los servicios judiciales ofrecen una remuneración deficiente y una disciplina más severa. Aquí, como en la legislatura, es probable que la elección deliberada juegue un papel cada vez más importante en la contratación. Por lo tanto, en las sociedades centralizadas existe una tendencia a que el personal de estas ocupaciones se extraiga cada vez más de aquellos cuya principal preocupación es el deseo de autoridad, de poderes de control y de dirección sobre

⁸ En la Inglaterra de antes de la guerra, el 70% de los funcionarios penitenciarios fueron reclutados en las Fuerzas Armadas. (Rep. HM Prison Commiss., 1939–1941). Presumiblemente, la mayoría de ellos eran ex–regulares.

los demás. En el caso de los posibles políticos, estos impulsos pueden surgir de un sentido social muy desarrollado; también pueden surgir de inadaptación y un impulso profundamente arraigado hacia la autoafirmación y el dominio. En las democracias, el mecanismo de elección y del sistema de partido, se interpone entre el individuo que desea un cargo y el cargo que desea, lo que implica la necesidad de inducir a grandes electorados de diversa inteligencia a apoyar al candidato en las urnas. En tal proceso, la integridad y el altruismo pueden estar en desventaja frente a la astucia y la resuelta ambición. Además, mientras que el altruismo y el idealismo social pueden encontrar salidas en otros campos, como la investigación científica, la medicina, la religión o el servicio social, todos los cuales tienen un prestigio intelectual y social satisfactorio, la centralización del poder atrae inevitablemente hacia la función administrativa a aquellos para quienes el poder es un fin en sí mismo. El deseo de éxito a través de la riqueza o a través de la fama y la estima se atienden más adecuadamente en otras esferas de la sociedad, y aunque el poder político puede ser abordado por esas otras vías, sigue siendo el atributo predominante del gobierno en las culturas urbanas modernas.

Consideraciones de este tipo a menudo se consideran un riesgo más que un hecho en la psicología de la política inglesa en la actualidad. El número de hombres ambiciosos y sin escrúpulos en cualquier parlamento contemporáneo probablemente no sea mayor que en períodos anteriores cuando existían antecedentes diferentes. Sin embargo, pueden causar mucho más daño. Otros factores, además de los de la política de partidos, pueden en cualquier momento intervenir

para traer al poder, a través de los canales electorales, a personas o grupos psicopáticos que exhibirán una conducta delictiva, ya sea como un fin buscado desde hace mucho tiempo, o por la ansiedad y la frustración públicas, o por la influencia deteriorante que el poder, el aislamiento y la crisis pueden ejercer sobre individuos inestables. Los estándares de los miembros del Parlamento británico y del público experimentaron cambios reconocibles durante la depresión de entreguerras y durante la Segunda Guerra Mundial. Contra tales cambios, y contra el estrés impuesto por el gobierno moderno sobre individuos inicialmente sociales, es poco probable que las salvaguardas institucionales resulten efectivas. No es cierto que el Parlamento sea una conspiración de cínicos egoístas y sin principios, empeñados únicamente en permanecer en el cargo. Por otra parte, si se supone que es así, y los políticos individuales lo son, se predecirá correctamente su comportamiento en nueve de cada diez ocasiones.

Además, sea lo que sea que podamos considerar como el estándar normal de integridad privada, y por más que los políticos ingleses defiendan plenamente este estándar, existe una clara división entre las cualidades privadas y la política pública. Es característico de la psicopatía política actual que las políticas públicas extremadamente delincuentes puedan coexistir con un buen reajuste privado. La sugerencia de que quienes ordenan fraudes públicos, masacres o deportaciones deben necesariamente ser criminales o sádicos en sus relaciones privadas no tiene apoyo en la teoría ni en la observación. Cuando las acciones son reconociblemente psicopáticas, la normalidad de sus perpetradores en otros campos no es más relevante que el ajuste superficial que los

criminales muestran con frecuencia fuera de su trastorno de conducta específico, o la vida civilizada de quienes tienen fantasías extremadamente anormales. El problema es que aquí se pueden realizar las fantasías. Parece claro que la intensa tensión y las demás incidencias del cargo político moderno tienen un efecto observable al evocar la conducta delictiva en personas que probablemente no la exhibirían de otro modo. Es discutible si Hitler habría sido un delincuente activo si no hubiera podido obtener el cargo, a pesar de su constitución manifiestamente anormal.

Un carácter muy característico –de hecho, definitorio– de los delincuentes persistentes es su desconcertante falta de educación por la experiencia, que conduce no sólo a la repetición del delito sino a los detalles que llevaron a su detección y arresto. En otras palabras, su comportamiento es compulsivo. Existe una ineducabilidad análoga en el gobierno entre los defensores de políticas "fuertes". La experiencia y la argumentación no impidieron que los sucesivos hombres "fuertes" británicos (no todos de un mismo partido) repitieran en Palestina, Chipre, India y Suez las mismas actitudes y errores que les hicieron perder Irlanda; ni los marxistas de repetir las aberraciones de los zares. Las razones son idénticas en los dos casos: estos son ejemplos de comportamiento estereotipado, las acciones se realizan por la satisfacción emocional inmediata que brindan, no por sus supuestos propósitos. Otras características son la confianza injustificada en uno mismo, el desprecio total por los demás y la sustitución de objetivos vagos como el prestigio o la venganza por ganancias concretas, que, aunque no elevadas, están al menos centradas en la realidad. En los objetivos a largo plazo –la ventaja nacional o la

victoria de una ideología casi siempre dan lugar a la abrumadora catexis⁹ de una acción "fuerte" para las personas en el poder— de la política, se persiste obstinadamente para mantener la ilusión de propósito, bajo el disfraz de mantener la ley y el orden. Para el hombre "fuerte", como para el ladrón persistente, no tiene sentido argumentar que el crimen no paga: es el acto, no la política o la cosa robada, lo que es el verdadero motivo. Él 'les mostrará', independientemente de si vale la pena hacerlo o no.

Al discutir estos fenómenos en su contexto contemporáneo, se puede hacer referencia a la historia, pero razones obvias impiden la publicación de historias de casos o estimaciones de personas vivas. En cualquier caso, debe desalentarse el diagnóstico a largo plazo de anomalía mental en una persona a la que se conoce sólo a través de sus comunicados y declaraciones. Pero difícilmente podemos dejar de ver la relevancia de la clasificación psiquiátrica en la escena política de los últimos veinte años. El hecho de que existan personas anormales y adquieran poder dentro del sistema político no es en sí mismo una condena del sistema. Lo mismo se aplica a otros campos de actividad. Los juicios importantes sobre los que debemos basar nuestra estimación del Estado moderno son, en primer lugar, si atrae a los psicópatas de forma selectiva; segundo, si el impulso al poder es en sí mismo una manifestación de delincuencia en algunos o en todos los que lo manifiestan; y tercero, si los patrones institucionales aumentan y fomentan un énfasis de anormalidad en los titulares del

9 Según Freud *cathexis* hace referencia a un concepto económico. La catexis hace que cierta energía psíquica se halle unida a una representación o grupo de representaciones, una parte del cuerpo, un objeto etc. N. e. d.

Estado. Para responder a estas preguntas debemos considerar el problema desde su otro aspecto y examinar los tipos de liderazgo que existen en las democracias modernas y su compatibilidad con actitudes sociales estables.

II. TIPOS DE LIDERAZGO

1. Liderazgo y dominio

En agrupaciones relativamente simples, las formas de liderazgo natural asociadas con la actividad política son indistinguibles de las que ocurren en otros campos. Son parte esencial de todas las relaciones humanas en las que los individuos, basándose en su experiencia y su autoestima, adoptan actitudes de dominio o sumisión entre sí. La estimación que hace el individuo de sus propias reservas de energía física y mental modifica continuamente el estado que reclama, y da forma al cuerpo de experiencia que, a su vez, determina su conducta futura. Estos patrones primitivos probablemente son continuación del tipo de dominio social que existe entre los animales.

Los trastornos de conducta antisocial ocurren ocasionalmente entre animales normalmente sociables, especialmente en cautiverio. “Las lesiones graves como resultado de los combates son raras. Ocasionalmente, uno puede encontrarse con un ratón pícaro que morderá a todos los demás machos en una jaula y les causará lesiones graves. Los otros nunca parecen tomar represalias, y el pícaro puede

ser reconocido por el hecho de que es el único ratón ileso... El pícaro suele ser sacrificado”.¹⁰

En comunidades altamente centralizadas, la adquisición de poder político depende de factores distintos de los que determinan la jerarquía puramente social. El gobierno centralizado exige atributos especializados, y muchos, si no todos, de los elementos que capacitan a un hombre para el liderazgo en un grupo local requieren más fuerza para colocarlo en el ejecutivo (gobierno) que en el legislativo en el sistema de partidos. Ha habido una profunda división y delegación de funciones en las ciudades, con la correspondiente limitación de la aspiración individual a uno, o posiblemente unos pocos, de muchos patrones de dominio. Sólo ciertos tipos de conocimiento intelectual se manifiestan en el éxito político, los demás son absorbidos por la tecnología, el arte, el aprendizaje, la educación y otras profesiones. La superioridad física es un activo mayor para el atleta, o el oficial de control que para el político. La capacitación especial, es un factor potente en la elección ocupacional y el éxito juega poco en la determinación del resultado de las elecciones, pues la clase dominante hereditaria ha sido desplazada.

Parece razonable suponer que, si bien los tipos de criterio de liderazgo que se utilizan en la selección de oficiales del ejército o personal clave son similares a los que determinan el poder y el estatus en grupos simples, no son los factores que afectan predominantemente la elección de los gobiernos. El gobierno en las comunidades urbanas es un grupo en sí mismo: los

¹⁰ PA Gorer y PJ Ewers en *El cuidado y manejo de animales de laboratorio de AN Worden* (Bailliere, Tindall y Cox, Londres, 1949).

legisladores se influyen entre sí mediante contactos personales, pero los factores normales de la psicología dinámica, que regulan el estatus en las relaciones ordinarias, no se aplican al proceso de elección por control remoto. Dependen del contacto, las impresiones físicas y la interacción personal. La legislatura tiende a convertirse en uno de varios grupos cerrados, que tiene relaciones dinámicas individuales dentro de sí misma, pero interactúa con el electorado principalmente a través de canales mecánicos de la publicidad.

Esta relación, o falta de relación, es una de las realidades fundamentales del gobierno centralizado. Los gobernantes y los gobernados tienen sus propias jerarquías de grupo, pero las relaciones del público con su gobierno son las de un grupo que enfrenta un estereotipo, y las relaciones del gobierno con su público son las de un grupo que se enfrenta a una multitud. Esta multitud puede ser la audiencia física de la reunión masiva, la conferencia y la concentración ante el dictador, o la multitud fragmentada que escucha individualmente la radio o lee individualmente las declaraciones de la prensa. En el primer caso, los patrones de liderazgo más antiguos conservan su influencia, reforzados por el mito del liderazgo; en el segundo, el individuo no se enfrenta a individuos pormenorizados, sino a un grupo externo, separado del grupo de vecinos o colegas y que conforma su propia órbita dinámica. Los criterios de liderazgo psicológico y biológico pueden ser válidos en una unidad militar, un barrio o una fábrica, pero no son transmisibles por cable ni impresos. El problema de lograr el dominio se convierte en el de crear la ilusión de ciertos atributos, una ilusión que puede ser fácilmente destruida si gobernador y gobernado se encuentran una vez a nivel

personal: el político puede compararse con el actor que, desde una silla de ruedas o un cama de sanatorio, se hace pasar por el hombre de acción, el héroe de la telenovela, y del que los radioescuchas adivinan sus atributos físicos. Tales técnicas ofrecen un atractivo inmediato para aquellos que deben simular lo que no poseen.

El individuo que posee atributos concretos de liderazgo natural los expresa en aquellos campos donde sólo es adecuada la actuación en la realidad: es el sublíder, la persona que protege al líder mítico de los contactos personales mediante los cuales su liderazgo puede ser desmentido. El liderazgo político en las grandes organizaciones unitarias es esencialmente un liderazgo no probado por los contactos dinámicos que determinan el dominio dentro del grupo.

Los estudios sobre el liderazgo en las sociedades modernas pueden abordar uno de estos dos patrones, o una confusión de ambos. Los líderes han sido clasificados como representantes de masas, combatientes de masas y exponentes de masas (Conway) o como institucionales, dominantes y persuasivos (Bartlett). Estas categorías son más bien técnicas de liderazgo, una o todas de las cuales pueden ser empleadas por individuos dentro del grupo o por gobiernos frente a su público.

El líder institucional, como individuo biológicamente enérgico, predomina probablemente en el ejecutivo, aunque también en otras capacidades: el dominante está presente en el ejecutivo y el legislativo; cuanto más capaz es de resistir las pruebas de contacto personal, más probabilidades tiene de obtener el lado ejecutivo del gobierno; la persuasión, el

impacto del poder de "venderse a sí mismo", es un rasgo conspicuo de la vida política democrática. El totalitarismo impone otros énfasis, pero su patrón parece ser similar.

Es posible inferir mientras las unidades políticas son pequeñas, que la política no es una ocupación exclusiva y que los contactos personales entre gobernantes y gobernados existen en el nivel normal de la psicología dinámica. Los atributos de liderazgo del tipo reconocido por las pruebas psicométricas predominan en la determinación del estatus dentro de cualquier patrón de privilegio que exista. Donde el gobierno es una función en gran parte autónoma, llevada a cabo por políticos a tiempo completo, donde el tamaño de la unidad política excede un valor límite, y donde la precedencia no depende del contacto cara a cara, el 'líder natural' está en una clara desventaja en comparación con el candidato que posee ambiciones en lugar de los atributos del liderazgo. El poder histriónico, el acceso a ayudas técnicas y consejos de expertos, y la canalización deliberada o accidental de los sentimientos de la multitud son mucho más importantes para determinar el cargo que la capacidad de mandar, inspirar confianza a nivel personal o ganar una reputación de previsión.

2. Atributos físicos

Las características físicas figuran en gran medida en los mecanismos normales de dominación, ya que desempeñan un papel importante en la determinación de las impresiones iniciales y pueden dictar la actitud tanto de su poseedor como

de sus semejantes. Se han establecido asociaciones entre baja estatura y agresividad; entre altura y realización como líder. Existen correlaciones obvias entre la apariencia y la energía física. Consideraciones de este tipo influyeron en el temprano enfoque criminológico de los tipos "degenerados". En estudios como el de Gowin¹¹, las diferencias de estatura, aunque no muy grandes entre varios grupos, "sugieren que en ciertos tipos de liderazgo y jefatura, la participación de la fuerza física, la altura y el peso son importantes para determinar los roles de dominio"¹². Atributos físicos como la barba, que pueden significar identificarse con, o extrañeza de costumbres comunales, pueden influir en los empleadores contra un individuo, e incluso predisponerlo al delito¹³, mientras que para el criminal que quiere evadir el reconocimiento, ciertos tipos de peculiaridad física son graves hándicaps¹⁴.

El atractivo personal y el físico pueden desempeñar un papel importante sobre la influencia en reuniones y comités. En las condiciones modernas, son características electorales menos significativas que las idiosincrasias. Las necesidades del político democrático son casi totalmente opuestas a las del criminal: debe asegurarse un reconocimiento inmediato. Incluso la malicia de los caricaturistas oponentes es una valiosa fuente de publicidad. Es difícil concebir al Sr. Neville Chamberlain sin su paraguas, al Sr. Eden sin su sombrero, o al Sr. Churchill sin su cigarro y sus individualidades de pronunciación. El atractivo

11 E B Gowin, 1915.

12 Kimball Young, Manual de psicología social, Routledge & Kegan Paul, 1946.

13 H. von Hentig, The Criminal and His Victim, Yale University Press, 1948: citando a PV Young, The Pilgrims of Russian Town, 1932.

14 ibíd.

público del Sr. Morrison, el Sr. Bevin y Sir Stafford Cripps en el pasado, o del Sr. Wilson y el Sr. Brown en el presente en la administración laborista se ha visto reforzada por la facilidad con la que pueden ser caricaturizados por sus oponentes o por sus seguidores. El líder político que desea permanecer en la imaginación del público puede ser alto o bajo, delgado o gordo, pero debe ser recordable y no puede permitirse una viñeta detractora diaria en las caricaturas de prensa. Con el advenimiento de la radio y la posibilidad de un acercamiento verbal directo a las masas electorales, la voz y la comunicación se vuelven aún más importantes. En los últimos meses, ha habido casos de reputación seriamente dañada de la noche a la mañana por una acción peatonal poco convincente. A diferencia de la reunión de masas, la transmisión discrimina contra la retórica (la audiencia está en el tono emocional equivocado para recibirla) y contra el discurso sobreeducado, que puede identificarse con el esnobismo o el oficialismo. El habla regional, la idiosincrasia moderada y el poder de transmitir la impresión de admirar a la audiencia con confidencias internas, sin condescendencia, juegan un papel cada vez más importante en el mantenimiento de los políticos en el afecto del público. Con un cambio en el temperamento público, tales técnicas pueden ser rápidamente reemplazadas: la "charla familiar" habría sido tan inútil para la Alemania de 1930 como los desvaríos de Hitler lo serían para una audiencia inglesa moderna. En este sentido, la voz reemplaza al físico y la apariencia como fuente de reacción inicial; puede, al igual que la palabra impresa, producir una ilusión que puede ser perjudicada por una apariencia personal imprudente. Se informa que Stalin escribió sobre su primer encuentro con Lenin:

Tenía la esperanza de ver al águila montañesa de nuestro partido, el gran hombre, grande tanto física como políticamente. Me había imaginado a Lenin como un gigante, majestuoso e imponente. Cuán grande fue mi decepción al ver a un hombre de apariencia común, por debajo de la estatura promedio, de ninguna manera distinguible de los mortales comunes¹⁵.

El líder político puede, en definitiva, arriesgarse a las pruebas impuestas por otras formas de dominio social y contacto personal sólo si posee o puede simular características que tengan validez psíquica general y que puedan superar la media de su público, de lo contrario, fracasará, por muy magistral que sea, en cumplir las expectativas que el prestigio ha creado. Debe ser capaz de superar no a los mejores hombres de un grupo limitado, sino a los mejores hombres reunidos de una serie de grupos, de gran extensión y variedad. Debe impresionar lo suficiente a judíos y gentiles, afiliados y libres, hombres y mujeres, como para asegurar sus votos; y las impresiones iniciales pueden hacer ganar o perder mucho. En estas condiciones, la tendencia a retirarse detrás de una guardia pretoriana, con el uso de técnicas sofisticadas, o en el estudio del sentimiento público actual e irracional, es casi irresistible. 'Todas las cámaras corrompen: las cámaras de televisión corrompen absolutamente'. El líder natural puede encontrar espacio para sus talentos en una activa vida de grupo; el individuo que tiene deseos en lugar de calificaciones para el liderazgo puede encontrar compensaciones por lo que

15 Isaac Deutscher, Stalin, 1949.

le falta sólo en el método centralizado de promoción y gobierno.

En la práctica, por mucho que el candidato desee ser memorable, la práctica de la política democrática conduce a un cambio curioso y bastante característico en la superficie externa, si no en la personalidad subyacente de las personas, después de haber pasado unos meses en la Cámara de los Comunes, o en uno de los Consejos más grandes del país. Cada vez es más difícil distinguirlos: adquieren una similitud cerúlea que es bastante sorprendente: todos podrían ser hermanos.

Este "síndrome del sastre" es patognomónico: voz demasiado fuerte, vestimenta demasiado particular y una conducta artificial tan característica que casi siempre es posible en una plataforma política identificar al candidato a simple vista. Los líderes sindicales de éxito experimentan una transformación muy similar, aunque carecen de la extraña apariencia de mejillas sonrosadas y la afectación del discurso que caracterizan al diputado.

La impresión general es la de un actor hecho para actuar, pero visto fuera del escenario; tienen una cualidad zombi que el público de la clase trabajadora reconoce rápidamente; el público de la clase media quizás menos. En otras palabras, no son personas.

3. Liderazgo en el ejecutivo

El tamaño del ejecutivo en las sociedades jerarquizadas dificulta la diferenciación con otros grupos, como las finanzas y la industria, con los que se superpone. En los Estados Unidos, donde la industria está en manos privadas, se ha estimado que el ejecutivo en el gobierno incluye entre el 4 y el 10 por ciento de la población ocupada. La mayor parte de este personal se emplea en la organización y el mantenimiento de archivos. Mumford ha enfatizado el creciente gasto de tiempo en las sociedades urbanas en el mantenimiento de registros y cuentas documentales, y ese gran número de personas retiradas de la actividad creativa y productiva, puede contribuir a la “creciente frustración de los impulsos creativos y biológicos” mencionada por Halliday como una fuente de neurosis psicosocial¹⁶, aunque el ocio y los intereses culturales compensan algunos de los inconvenientes del trabajo de oficina. Sin embargo, los efectos de tal especialización deben desempeñar un papel en la determinación del comportamiento de una cultura en la que está tan extendida: los trabajadores administrativos de las empresas y el gobierno constituyen un grupo electoral importante, solo superado en número por los trabajadores industriales y técnicos..

Aparte de esta función electoral, los grupos ejecutivos más importantes, desde el punto de vista de la estructura gubernamental, son los administradores profesionales, los agentes de información pública y los agentes judiciales. Estos grupos tienden, como hemos visto, a actuar como

16 Halliday, J., 1946, op. cit.

amortiguadores entre legisladores y electores. Al mismo tiempo, conservan una considerable iniciativa política propia. Kimball Young¹⁷ distingue entre el funcionario superior encargado de formular políticas, que puede parecerse al legislador y el funcionario ejecutivo inferior, y el subordinado, para quien los principales atractivos del servicio público son el orden, la rutina y la seguridad en lugar de la iniciativa directa.

Al igual que las agencias judiciales, el Servicio Civil institucional y las agencias de información intervienen entre el legislador y el electorado. El primero tiene una jerarquía propia, que exige ciertas características definidas: sus miembros directivos, que pueden no haber pasado por los rangos inferiores de la maquinaria, se parecen a los legisladores, aunque están libres de responsabilidad electoral directa. Su posición como implementadores de políticas entorpece, hasta cierto punto, el lado competitivo de sus contactos con el legislador real, que está en desventaja debido a la ignorancia del mecanismo administrativo detallado. Por lo tanto, no compiten directamente por el liderazgo nacional, aunque pueden convertirse en objeto de celos sustanciales a los ojos de sus ministros responsables. Esta interacción de personalidades se ha desarrollado mejor en la ficción¹⁸ que en los estudios psicológicos formales.

Las agencias de comunicación son de mayor importancia, ya que son el principal medio por el cual el legislador electo se dirige a su público. En estas agencias el prejuicio y la actitud del público están representados y deliberadamente modificados.

17 Op. cit.

18 Nigel Balchin, *The Small Back Room*, 1945, por ejemplo.

El objeto de emitir información desde cualquier ministerio es, por supuesto, el mismo que el objeto de "redactar" una patente medicinal. Es seleccionar noticias favorables y presentarlas en consecuencia.... Con la baja moralidad que observó Grocio como característica de la guerra, la selección de información puede, por supuesto, equivaler a una selección con la intención de defraudar.... Lo que no está tan generalizado es que sus autores creen que la mayoría de las principales consignas de propaganda sean, en principio, y a menudo de forma persistente, en sustancia y en esencia verdaderas.

En los individuos, los estándares normales de veracidad suelen ir acompañados de elocuencia persuasiva de la lengua o la pluma. Las personas con tal equipamiento descubren pronto que para ellos decir la verdad no es esencial para la felicidad. Y esos hombres pueden encontrarse en el ejercicio de sus talentos en el escenario político o en el periodismo remunerado. La maquinaria de la propaganda política puede estar influenciada, o incluso dirigida y alimentada, por hombres de ese carácter. Probablemente lo sea a menudo. Pero estos hombres rara vez deciden la política. Son los poseedores de artes que administran las convicciones de otros. Los dedicados a difundir la propaganda política son hombres honesta y profundamente convencidos de la necesidad de su misión, por muy equivocada o fantástica que esa misión pueda parecerles a otros¹⁹.

19 Ranyard West, *Conscience and Society*, Methuen, 1942.

La enorme expansión del arte de vender en las sociedades modernas tiene su componente político. La idea del colaborador como un fenómeno de tiempos de guerra no tiene su esencia en el hecho de la colaboración; en sentido figurado, puede realizarse por un masoquista que se solaza en la derrota, pero es la contraparte del tiempo de guerra del estado normal del ejecutivo. El vendedor, más preocupado por la técnica de venta que por el mérito del artículo vendido, ocupa ya un lugar definido en el patrón de la función administrativa.

Los estudios estadounidenses sobre los principales "impulsos" motivadores de los consumidores y sobre la estructura psicológica óptima del vendedor se transfieren corporalmente al campo de la publicidad política. Durante y después de la guerra, se han empleado cada vez más profesionales consultores para vender la política. El control del mecenazgo literario y artístico por agencias del gobierno pueden extender esta función ejecutiva al arte, la ficción, el cine y la prensa. En los órdenes totalitarios, ese control se vuelve rápidamente absoluto: en el nuestro, tanto el patrocinio oficial como el independiente coexisten, y no hay dificultades financieras decisivas asociadas a la obra literaria disidente, incluso en tiempos de guerra. La prensa puede, y actúa, en algunas circunstancias para paliar u obstaculizar las políticas delictivas haciéndolas públicas. Emerson estaba justificado parcialmente al describir la democracia demagógica como "el gobierno de los matones atemperado por los editores". Sin embargo, el político democrático ha llegado a depender en gran medida de la publicidad mediante la representación y la dirección teatral, el maquillaje y el entrenamiento de la

elocución, lo que le permiten competir con actores y locutores profesionales ante una audiencia crítica.

4. Incentivos en la política: la política como ocupación condenada

El prestigio social siempre ha sido un fuerte incentivo para buscar cargos políticos. Parece que hoy esto es menos cierto. De hecho, hay indicios de que el descrédito atribuido a los políticos en la antigua China y en la Francia moderna es más frecuente ahora que nunca en este país.

La mayoría de las sociedades han considerado ciertas ocupaciones como de mala reputación, incluso si fueran necesarias. Las ramas del ejecutivo judicial a menudo han caído bajo una nube de este tipo. Los antiguos rabinos clasificaban a los recaudadores de impuestos como ladrones²⁰, al lado de los conductores de asnos, los barberos, los marineros y los comerciantes. El prestigio del ejército profesional cayó de la misma manera durante los primeros años del presente siglo. Oficios cuya práctica se suponía que hacía a los hombres inmorales (actores, cantantes, bailarines), afeminados (tejedores, que perseguían una ocupación femenina), deshonestos (molineros, quienes, bajo el feudalismo, disfrutaban de derechos de los señores de la mansión que los convertían en personas impopulares) o que implicaban matar

²⁰ Enciclopedia judía, XII, 69.

(carniceros e incluso pescadores) han sido igualmente desaprobados en varias ocasiones, y sus practicantes incurrieron en discapacidades²¹. Los verdugos siempre han sido el mejor ejemplo de una ocupación condenada. La aceptación del oficio de verdugo en la mayoría de los períodos de la historia debe haber implicado pobreza o una inclinación personal morbosa²².

El sentimiento de que la gobernanza de un partido es un asunto de cuchilladas y la política, un "negocio sucio", aclimatado durante mucho tiempo en Francia, se está volviendo igualmente evidente en Gran Bretaña; quizás el cambio sea oportuno. Puede convertirse fácilmente en el dominio particular de un partido, o tomar una forma de apatía en lugar de disgusto (¿qué puede hacer un hombre contra el sistema?). Pero la opinión francesa desde el escándalo de Stavisky²³ y, en menor medida, la opinión estadounidense durante el período de Tammany Hall²⁴ y los zares políticos, ha sido lo suficientemente hostil a la política, como ocupación, para que los hombres honestos lo piensen dos veces antes de presentarse a un cargo. La vida política inglesa ha sido salvaguardada de las peores sospechas al estar libre del

21 Véanse referencias en H. von Hentig, op cit.

22 Vea el brillante desarrollo de este tema en un contexto moderno por Arnold Zweig, *The Axe of Wandsbeck*.

23 El affaire Stavisky (1933) es el nombre dado a una crisis política francesa acontecida a consecuencia de la muerte de Alexandre Stavisky, *el bello Sascha*, un conocido estafador de origen ruso bien relacionado con la clase política dirigente. N. e. d.

24 Con el nombre de Tammany Hall se conoce la maquinaria política del Partido Demócrata de EE UU para que los inmigrantes, principalmente irlandeses, participaran en la política estadounidense desde las décadas de 1790 hasta 1960, actuando como una red de influencias o de clientelismo político. N. e. d.

soborno financiero directo, pero la ganancia es, al menos en parte, un objetivo centrado en la realidad, y uno está mejor con Cresco que con Hitler.

El sentimiento antipolítico más marcado es probablemente el de los ejércitos desmovilizados que buscan un chivo expiatorio.

Siniestros fusileros rompieron filas,
Chasqueando sus bayonetas para cargar contra la multitud,
Por fin, los chicos habían encontrado un trabajo cómodo.
Escuché a la prensa amarilla gruñir y chillar,
Y con mis confiables bombarderos me volví
y fuimos a sacar a esos Junkers del Parlamento²⁵.

El elemento de prestigio se desvanece considerablemente de la vida política cuando se generalizan actitudes de este tipo. Pueden resultar en una desviación gradual de la inteligencia de la política hacia otros campos de actividad, o pueden transmitirse como consejos de padre a hijo. Los gobiernos inteligentes o populares pueden hacer mucho para rehabilitarse, como el New Deal rehabilitó la política estadounidense, pero un escándalo o una decepción pueden fácilmente revertir la posición. El rasgo más sorprendente de esta desilusión es la rareza con la que se expresa a sí misma con una acción positiva o desobediencia directa.

Claramente, es una cuestión de gran importancia en cualquier estudio sociológico del gobierno moderno evaluar los motivos que realmente llevan a los individuos a presentarse a cargos públicos. Los incentivos que ofrece la vida política ya no

25 Siegfried Sassoon.

incluyen la riqueza ni el prestigio de tiempos pasados. Por lo tanto, es probable que un individuo se convierta en candidato porque tiene un fuerte sentido social y un deseo de poner fin a los abusos y beneficiar a su país, o porque desea el poder y sus satisfacciones y ha fallado para lograrlos mediante el mecanismo normal de dominación. En algunos casos, los incentivos están separados, en otros pueden fusionarse, y la ideología suele ser una excusa racionalizada para la ambición. Las convicciones públicas fuertes pueden ser en sí mismas producto de anomalías: pocos líderes pueden haber superado a Adolf Hitler en su sentido de misión. Otros pueden desear el poder como un vehículo para la venganza (sobre el sistema que les dejó rencores familiares, sobre la sociedad que se negó a darles el reconocimiento social que deseaban) o debido al complejo que les conduce a la fundación de sociedades para la prevención de algo. No todas estas actitudes son anormales ni, a la larga, perjudiciales: las sociedades progresan a través de sus miembros menos conformistas. El sistema de elección centralizado, sin embargo, trabaja contra los hombres de principios y los moderados, y contra los atributos de liderazgo que dependen de los contactos cara a cara. El líder racional puede, en última instancia, tener una probabilidad cada vez menor contra el escalador decidido y el psicópata que refleja la actitud de la multitud frustrada, o que vive sus propios fallos de adaptación.

El poder político ofrece magníficas plataformas al actor de representación inconsciente desde la infancia: para gritar desafío a los antiguos compañeros de escuela cuyas manos ya no pueden torcer su brazo, para alcanzar el premio en una prueba más, para lanzar aún más demonios al infierno antes de

que llegue el ajuste de cuentas final, para burlarse de más ancianos y niñeras²⁶.

Ésta puede ser la principal razón de la creciente preocupación de los gobiernos durante el último siglo por la política exterior más que por la interna. Es más fácil de dramatizar; de hecho, es el campo ideal para la terapia de grupo. La solución de problemas domésticos concretos suele requerir del conocimiento experto y la previsión inteligente, y el éxito o el fracaso en el desempeño son evidentes de manera concreta. Pero las cuestiones de política exterior son cada vez más imaginarias: cuestiones creadas para que puedan ser dramatizadas, crisis que requieren actos sensacionales de habilidad política personal, amenazas de un tipo emocionalmente satisfactorio a la libertad o la existencia, el asunto, en otras palabras, de la película y del cómic. La función de la política exterior más moderna es la dramatización. Se lleva a cabo bajo un curioso entendimiento tácito incluso entre los oponentes ideológicos más amargados, ya que cada uno depende del otro. No tiene relación con la resolución de problemas reales, pues las recurrentes y prolongadas inferencias no están conducidas con la intención de resolver nada, sino que dramatizan a los participantes y satisfacen su sentido de liderazgo sin exigirles conocimiento, juicio, previsión, o incluso la necesidad de afrontar un ajuste de cuentas. La insistencia de tales líderes en la posesión de armas nucleares es parte integral del uso que le dan a las oportunidades de la política exterior; haciendo que sus salidas y entradas sean más sensacionales, aumentan la tensión

26 Ranyard West, *Psicología y orden mundial* (Penguin Books, J945).

dramática de su actuación, así como el pillo callejero, tiene una placentera habilidad en asustar al burgués y a todos los demás.

Es mucho menos la puesta en práctica de planes de conquista o dominación económica clarividentes y testarudos como estas manifestaciones al estilo de Walter Mitty las que hacen que la situación contemporánea sea tan singularmente peligrosa, porque mientras ningún tirano en su sano juicio verá con favor un plan para poner fin a la historia humana, el político moderno puede hacerlo: solo necesita una amenaza de cierto calibre para satisfacer su propio sentido de importancia y permitirse competir con el superhéroe y la ficción espacial, pero al mismo tiempo con los soldados de plomo y lo imaginario. Las bombas de las que obtiene una satisfacción tan profunda en sus fantasías están siendo producidas por una minoría de técnicos que no están interesados o no reconocen la inestabilidad del dedo en el gatillo.

III. PERSONALIDADES ABERRANTES EN EL GOBIERNO

1. Estructura del personaje

La estructura de la Cámara legislativa y sus tradiciones ofrecen algunas salvaguardias contra los individuos psicopáticos en el cargo, aunque no muchas. La psicosis real es a este respecto, una causa posible, pero no la más peligrosa, de alteración mental. Sería extremadamente difícil para un diputado extremadamente loco o engañoso ocultar su estado mental en las condiciones del debate de los Comunes; los métodos parlamentarios también proporcionan un campo restringido para la prueba de cualidades personales, que probablemente sea tan minuciosa como cualquier prueba de aptitud o liderazgo. El parecido anormal a Hitler tiene, por tanto, muchas más posibilidades de hacer daño en el ejecutivo que en el legislativo mientras este sistema perdure. El Congreso, que carece de la estrecha intimidad de los Comunes, es una prueba menos escrutadora: las legislaturas sin tradición de debate ordenado no ofrecen ninguna. Al evaluar los tipos de trastornos mentales que pueden pasar desapercibidos en la política y los riesgos que presentan, debemos tener en cuenta el tipo de legislatura en cuestión. Debe recordarse que incluso el trastorno de carácter severo no siempre es reconocible bajo un exterior amable. El delincuente apolítico se enfrenta, y a menudo resuelve, el problema de mantener las apariencias en

las condiciones de la vida cotidiana. Los mayores peligros psicológicos de la democracia parlamentaria son probablemente los prejuicios, el deseo de violencia o de sufrimiento, y las neurosis de situación lo suficientemente arraigadas en la personalidad como para aparecer sólo bajo estrés y acompañadas de plausibilidad o fuerza de carácter. Las decisiones tomadas en privado, o de forma personal, como en condiciones de guerra, son las más propensas a estar teñidas de tales actitudes, ocurriendo en personalidades que probablemente serían adecuadas en cualquier contexto ordinario de poder; el daño proviene de las enormes repercusiones que tales decisiones, hechas por un ministro de un estado moderno, pueden tener²⁷.

El ejecutivo impone pruebas más severas al participante, pero brinda menos protección contra anomalías una vez que se alcanza el estado. Siempre que el sujeto realice sus funciones, es poco probable que sea expulsado por motivos de peculiaridad personal.

El directivo también puede asesorar al gobierno en calidad de experto, y así desarmar las críticas. Un número considerable de crímenes de guerra se han originado bajo presiones del ejecutivo, a menudo de un solo miembro, respaldado por la seguridad de expertos que eran necesarios, aunque deplorables.

27 La aceptación del genocidio como política nacional “militar”... se hizo bajo la presión de la guerra, sin debate público de ningún tipo; y no fue obra de cretinos morales como Hitler y Goering... sino de hombres tan concienzudos y rectos como el secretario Henry L. Stimson... Incluso hoy, al parecer, una gran parte de nuestros ciudadanos (estadounidenses) no ha percibido plenamente lo que implicaba esta decisión». Lewis Mumford (World Review, 1949, 9, 14: The Moral Implications of the Atom Bomb.)

Más recientemente, hemos visto la publicación de datos científicos falsificados por parte de expertos de un “lobby” ansiosos por razones políticas de evitar cualquier restricción al desarrollo de armas atómicas. Es evidente que los generales psicopáticos pueden tener un éxito sorprendente entre sus tropas²⁸; igualmente, los oficiales de policía psicopáticos pueden obtener un gran crédito por su asiduidad en castigar el crimen y mantener la ley. Siempre que la conciencia de los legisladores tienda a ir en contra del curso que les impone el “realismo”, es probable que se deje al ejecutivo a su suerte y se le imponga hacer lo que sea necesario sin publicidad indebida; y mediante un proceso del mismo tipo, la tarea dudosa se delega dentro del ejecutivo a su miembro menos escrupuloso. Pocos miembros del parlamento que apoyan la pena capital desearían que el criminal fuera colgado de su propia aldaba; menos aún desearían involucrarse en las políticas militares que votan como necesidades lamentables. Todos mostramos una tendencia a sentarnos "con una pinza de ropa en la nariz para evitar el hedor de los procesos que mantenemos vivos"²⁹. Además, la legislatura a menudo ignora los detalles físicos exactos de las políticas que está votando.

Cualquier clasificación de delincuencia pública debe incluir la mayoría, si no todas, de las manifestaciones conocidas de trastornos de conducta, ya que la conducta delictiva puede surgir en una amplia variedad de condiciones. En este libro me he apegado deliberadamente a la clasificación obsoleta y en

28 El célebre discurso del general Patton a sus tropas, reimpresso por la revista estadounidense *Politics* (1945), es un documento psicológico de sumo interés: desafortunadamente su fraseología y contenido hacen imposible citar el texto.

29 George Orwell.

gran medida sin sentido utilizada por los escritores de libros antiguos sobre delincuencia, no porque la acepte, sino porque deseo preservar la equivalencia entre la tipología de cargos y la tipología legendaria de enemigos de la sociedad. Las categorías de Norwood East³⁰ son tan buenas como cualquiera para este fin, a pesar de que no hacen ningún intento de cuadrar con otras ramas del conocimiento biológico o psicológico. Seleccioné a Norwood East como bateador de salida en lo referente a lo que llamaríamos el establecimiento psiquiátrico liberal. Él fue un destacado defensor de la psiquiatría penal basada en la opinión (sin duda todavía válida) de que no todos los delincuentes, y menos aún todos los criminales, pueden ser reconocidos como mentalmente anormales. Según East, el individuo "ni cuerdo, ni loco" es nuestro mayor problema. Sin embargo, algunos patrones definidos de desequilibrio son fuentes particularmente comunes de comportamiento antisocial. Las psicosis orgánicas, debido a su aparición lenta en personas previamente normales, adquieren fácilmente importancia social; la esquizofrenia, en sus formas más extremas, es poco probable que sea compatible con la actividad política, aunque puede ocurrir en profetas religiosos o predicadores que ejerzan una amplia influencia. Las psicosis maníaco-depresivas son compatibles con la participación activa e influyente en la vida pública; pueden afectar el juicio, especialmente en sus formas más leves, sin ser reconocidas por el paciente o sus colegas, y se ha afirmado que la depresión cíclica en las altas esferas ha causado el fracaso de ciertas campañas. Los patrones paranoicos, histéricos y obsesivos también pueden tener una importancia pública obvia: sin

30 Norwood East, *Society and the Criminal*, HMSO, 1949.

embargo, lo más significativo en términos de política moderna son las variedades de personalidad psicopática y algunas de las neurosis, que no equivalen a psicosis. Incluso el deficiente mental que es en gran medida el secuaz ideal, y el "inmoral", si están bien presentados, tienden a ocupar posiciones características en la estructura de la sociedad. Desafortunadamente, todas las categorías de los criminólogos a la antigua son tan reconocibles en el establishment mismo como en la escuela o en Brixton.

Mientras que el "sicópata inadecuado", pueda derivar hacia el crimen, es menos probable que lo haga en un cargo, ya que la desviación es un medio poco satisfactorio de promoción en una sociedad competitiva. Donde adquiere responsabilidades, como en un tercio neutral entre oponentes agresivos que se anulan uno a otro, como puede ocurrir en las elecciones sindicales o nacionales, puede alcanzar cierta popularidad con un carácter fácil, afable y superficialmente sociable, cuya placidez y embotamiento emocional pueden confundirse con profundidad. Incapaz de afrontar las crisis o la incomodidad entre colegas, de los que depende y por los que puede sentirse halagado, puede reaccionar ante la emergencia con frenéticos esfuerzos por establecer el control o con la agresión del conejo acorralado. Algunos de estos personajes han pasado por el escenario político en los últimos años, y su tiempo de supervivencia en los órdenes democráticos es probablemente más largo que en los tiránicos, ya que carecen de la previsibilidad de un secuaz sano.

El "egocéntrico agresivo" es una figura mucho más típica en la lucha política. La antisocialidad de estos sujetos es tanto una

cuestión de actitud como de comportamiento manifiesto: son engreídos, ambiciosos, dominantes e intolerantes.

No es meramente una cuestión de grado lo que aquí separa lo normal de lo anormal, sino el hecho de que la inestabilidad emocional y la incapacidad de sacar provecho de la experiencia hacen que la conducta de la personalidad psicopática egocéntrica agresiva sea impredecible, poco confiable y a menudo peligrosa. Las cualidades que requieren una guía firme para lograr el éxito son incontrolables y actúan perjudicialmente para el hombre y la sociedad³¹.

Pueden ser incluso más peligrosos si son parcialmente dirigidos. Los individuos de este tipo que poseen cierto control y una buena inteligencia gravitan fácilmente en posiciones de dominio: son los jefes inherentes, para quienes el estatus de líder indiscutido es un fin importante en la vida. Otros casos pueden ser predominantemente adquisitivos y llegar a puestos de responsabilidad en los negocios, siempre que su descuido y su estimación acrítica de sus propios poderes no los involucre en problemas. El advenimiento de un orden totalitario amplía enormemente la gama de comportamientos desordenados de este tipo que son compatibles con altos cargos públicos: el egocéntrico que puede adaptarse lo suficiente a un egocéntrico superior y más exitoso es probable que sea valorado por su franqueza, ausencia de sentimentalismo y actitud agresiva hacia los inferiores.

31 Norwood East, op. cit., 1949.

Las personalidades “éticas aberrantes”, otra categoría de desesperación diagnóstica, caracterizada por una ausencia total o un grave deterioro de la responsabilidad moral, que puede ir acompañada de una inteligencia aguda y un exterior superficialmente racional y plausible, hacen criminales peligrosos y decididos, pero tienden en general a actuar solos, y es más probable que emerjan como figuras políticas en la cresta de una ola de violencia revolucionaria que a través de los canales normales de elección. El mero desprecio de las normas morales no es causa suficiente para incluir a un individuo en este grupo, y el genuino imbécil moral es aparentemente poco común. Algunos al menos son el resultado de psicosis orgánicas; otros se han considerado constitucionalmente anormales. Han ocurrido casos en los que tales personas han alcanzado un cargo hereditario o incluso electivo; el emperador Calígula ha sido diagnosticado así por algunos especialistas.

De estos tipos, que son categorías reconocibles, aunque no muy esclarecedoras, los agresivos y codiciosos son, con mucho, los más propensos a planear y alcanzar altos cargos. La medida en que puedan hacerlo dependerá del patrón de la sociedad. Durante las primeras fases del industrialismo, el psicópata predominantemente adquisitivo encontró un amplio margen en la expansión de la industria, el comercio y las finanzas. Su surgimiento fue, de hecho, la señal para la aprobación primero de leyes diseñadas para salvaguardar a sus víctimas financieras y luego de leyes que controlan las condiciones del empleo industrial. En este sentido, la mayor oportunidad de delincuencia adquisitiva en sociedades centralizadas ha acelerado la extensión del control político. Los cambios en las

instituciones y en la situación económica de Gran Bretaña ya han reducido en gran medida esta oportunidad. Los delincuentes decididos del tipo adquisitivo probablemente encuentren una salida más agradable en el crimen o cuasi crimen, y es poco probable que las recompensas financieras de la política los atraigan. Sin embargo, cuando, como suele ser el caso, el éxito financiero es un medio más que un fin en sí mismo, y su búsqueda está motivada por el deseo de disfrutar del poder y la seguridad que acompañan a la riqueza. Se ha visto que el poder en su forma totalitaria proporciona recompensas adecuadas tanto a la vanidad como a la avaricia: las medallas de Goering y su colección de cuadros pertenecían propiamente a la búsqueda de la ostentación más que a la codicia del avaro. La rapiña por sí misma (cleptomanía) es probablemente una forma de delincuencia relativamente poco común.

En la sociedad inglesa de la posguerra, es probable que los psicópatas de poder del tipo adquisitivo prosperasen al margen del gobierno, por sus contactos, más que dentro de él como legisladores. En Estados Unidos, se mantiene el patrón anterior de competencia empresarial, y el psicópata egocéntrico ha proporcionado el modelo para un mito nacional generalizado del éxito. En virtud de su estatus de héroe, estos individuos pueden intervenir en la política para salvaguardar sus intereses o satisfacer sus ambiciones con mayor facilidad que en Gran Bretaña, donde gozan de una actitud pública menos reverente.

El otro infractor principal contra la propiedad obtiene al menos tanta satisfacción del uso de su ingenio como de las recompensas que le brinda. La democracia urbana centralizada

ha atraído las técnicas de propaganda electoral y las loas de la publicidad comercial a una proximidad muy íntima³². Si bien es poco probable que la codicia impulse a un individuo al Parlamento, donde sus ingresos pueden en realidad reducirse, así como sus oportunidades de aumentarlos, el delincuente de confianza es tanto una figura de la democracia urbana como de la sociedad del hampa. En las comunidades rurales, el truco de la confianza es necesariamente la reserva del pícaro itinerante. Solo puede convertirse en una ocupación sedentaria en grandes agregados sociales, que proporcionan tanto ocultación como suministro de víctimas. El delincuente de confianza depende más de su víctima que de cualquier otro tipo de criminal: sólo puede actuar si tiene acceso a los crédulos, los codiciosos, los desconcertados y los inseguros. Estas características son prominentes en el electorado urbano: si bien el estafador criminal depende de la credulidad y el dolor para ganarse la vida, su contraparte política depende en gran medida de la existencia de un sentido de inseguridad y del deseo del público de designar a un funcionario de confianza. De las elecciones en Gran Bretaña entre 1918 y 1940, al menos cuatro se decidieron por medios que se parecen mucho a los del tramposo criminal. Estos incluyeron la difusión de rumores que afectaban la seguridad de los ahorros, la falsificación de documentos, que luego se divulgaron para influir en la opinión pública, y la promesa de obtener ganancias financieras directas. Desde el lado psiquiátrico, se ha observado un paralelo similar.

32 Para una descripción breve y esclarecedora de la psicología aplicada de la publicidad y los anunciantes, véase MA Blosser en *Psychology in Human Affairs* de JS Gray (McGraw Hill, Nueva York, 1946).

Si bien hay muchos delincuentes habituales que se especializan en utilizar el correo para defraudar, hay muchos otros que han sido condenados por este delito y que no son esencialmente diferentes en su estructura psicológica del candidato promedio a un cargo público. Las promesas de inventores excesivamente optimistas, promotores de acciones mineras y un gran número de intermediarios son del mismo tono que las de los candidatos al Congreso o Gobernadores que obtienen votos sobre la base de promesas que nunca podrán cumplir³³.

Las mentiras siempre han sido moneda de cambio política. Si Suez nos indignó, o fingimos estarlo por el caso Profumo, eso fue una medida de la creciente insistencia pública en el control. La psicopatología y la injusticia de Suez fueron de hecho quizás más aceptables que la rectitud que condujo a la expulsión de John Profumo, el virtual asesinato de Stephen Ward o el probable asesinato real de otro testigo potencial contra los pilares de la integridad política.

El deseo de violencia personal encuentra poca salida directa en las actividades de los legisladores democráticos modernos por muy violento que sea su comportamiento público. En las sociedades agresivas primitivas, el dominio pasa fácilmente a quienes poseen fuerza, iniciativa, determinación sin escrúpulos y confianza en sí mismos. De tal material fueron la mayoría de usurpadores exitosos y fracasados. La ascendencia de estos individuos tiene varios paralelos en las sociedades animales.

33 JG Wilson y MJ Pescor, Problemas de psiquiatría carcelaria, P- 71 - 1939.

En las aves de corral domésticas³⁴ y entre los ratones en cautiverio, existe evidencia de que la dominancia depende de factores hormonales, y un elemento puede ascender en la jerarquía social si se le ponen inyecciones. Un efecto de la centralización ha sido eliminar a los individuos biológicamente potentes y dominantes del lado legislativo o judicial de la sociedad. Las oportunidades para las demostraciones de iniciativa puramente físicas o para la gratificación por el amor a la violencia personal deben estar estrictamente limitadas para los ministros del gabinete. Los líderes nacionales a nivel legislativo son cada vez más civiles, no combatientes militares; y eventos como el asedio de Sidney Street (en 1911, cuando Winston Churchill, entonces ministro del Interior, supervisó personalmente el uso de un arma de campaña contra hombres armados, presuntamente anarquistas, asediados en una casa en el este de Londres) son cada vez más competencia de la policía o del ejército y no todos los que albergan tales fantasías pueden encontrar la oportunidad de actuar como líderes de guerra en el bombardeo indiscriminado de civiles. Cuando existe una preocupación por la violencia en los legisladores civiles, es más probable que sea del tipo fantasía, cuya realización, en el genocidio, guerra indiscriminada o persecución, es más grave para la sociedad que el comportamiento del agresor individual. Sin embargo, la maquinaria de represión, junto con las fuerzas armadas, sigue siendo la única salida socialmente legítima para una aventura agresiva.

34 WC Allee, *Science*, núm. 95, pág. 289. 1942. WG Allee y N. Collins, *Endocrinology*, No. 27, p. 87. 1940.

Esta relación también, en condiciones democráticas, ha sido apreciada desde el lado psiquiátrico. La alta incidencia de delitos de los agentes de policía estadounidenses mencionada por varios criminólogos no es tan evidente en Inglaterra, y debe relacionarse con su contacto con el inframundo, sus oportunidades y tentaciones, y la necesidad de realismo en la aplicación de la ley que hace que el mantenimiento de una franja cuasi criminal por parte de la policía sea inevitable. Nuestra policía no son, como cuerpo, hombres "violentos", sino todo lo contrario. La selección de la ocupación en la que el poder coercitivo sea necesario o tolerado puede, sin embargo, ser una marca del delincuente social.

La fuerza policial y las filas de los funcionarios de prisiones atraen a muchos personajes aberrantes porque proporcionan canales legales para conductas que infligen dolor y ejercen el poder, y porque estas mismas posiciones confieren a sus poseedores un alto grado de inmunidad: esto a su vez provoca disposiciones psicopáticas a volverse cada vez más desorganizado... Es incorrecto limitar el grupo (de imbéciles morales) al criminal. A menudo se olvida que muchas de nuestras vocaciones legítimas requieren una falta de sensibilidad emocional. Los prototipos son el verdugo o el oficial que azota a un prisionero. Sin embargo, estos son solo los casos más repugnantes, aquellos que no pueden ocultarse fácilmente detrás de la pantalla de los medios justificados por el fin³⁵.

35 H. von Hentig, *The Criminal and His Victim*, 1948.

En el caso de las mujeres funcionarias de prisiones, la correlación posiblemente sea aún más próxima³⁶. La fase terminal de tal proceso tal vez pueda encontrarse en los registros del juicio de Belsen³⁷.

En el moderno sistema penitenciario de este país como, sobre todo, en los campos de concentración, los delincuentes activos (sensu strictu) son fácilmente reclutados para la maquinaria policial como "fiadores" de la ley³⁸.

El deseo de violencia y de infligir dolor o destrucción, encuentra su expresión a través de la fantasía del delincuente, que busca un cargo como medio para realizar su fantasía, y que, una vez en el cargo, sucumbe a la oportunidad y la racionalización; y en la práctica entre el personal de guerra y de represión. Entre las fantasías de agresión, otros factores pueden jugar su papel. Tales impulsos destructivos no pocas veces coinciden con, o son proyecciones de, un conflicto psíquico interno que puede implicar un profundo sentimiento de culpa; y su realización en la práctica, aunque sea racionalizada, puede acentuar esa culpa. Cierto número de personas, entre ellas muchas cuya inestabilidad se expresa en la ambición, pueden manifestar tal culpabilidad como un profundo deseo inconsciente de castigo. Flügel³⁹ ha generado

36 F. Monahan, citado por H. von Hentig, *ibid.*

37 Este juicio fue el proceso llevado a cabo por tribunales británicos contra el personal nazi que dirigió el campo de concentración de Bergen-Belsen durante la Segunda Guerra Mundial, donde murieron más de 50.000 prisioneros. N. e. d.

38 E. Lingens-Reiner, *Prisoners of Fear*, Gollancz, 1949; R. Phillips (editor) *The Belsen Trial (War Grimes Trials) Depositions*, 1949; W. McCartney *Las paredes tienen boca*, Gollancz, 1936.

39 JC Flügel, *Man: Morals and Society*, 1945.

fuertes argumentos a favor de la existencia de tal deseo, que puede estar presente incluso en aquellos cuya conducta social y rectitud no les lleva a esperar un castigo por parte de la sociedad. Si bien el castigo en la prisión satisface tal necesidad en el delincuente criminal, no es necesariamente un alivio final de su conflicto, como tampoco la repetición de cualquier otra compulsión neurótica alivia la neurosis subyacente: en el legislador no criminal o no delincuente, sin embargo, es posible que precipite decisiones de tipo catastrófico y doloroso, en las que el individuo y la sociedad que gobierna son castigados juntos. El profundo sentimiento de agresión y culpa que subyace en gran parte del comportamiento de los líderes nazis puede explicar en parte la atracción de un Gotterdammerung (Ocaso de los dioses) total e irrevocable. Fuerzas de un tipo similar también pueden desempeñar un papel en la determinación de la elección de la guerra o del sometimiento nacional por parte de líderes políticos menos obviamente psicopáticos.

El delincuente de fantasía ha encontrado un nuevo campo en los servicios ejecutivos que diseñan y manejan la propaganda en tiempos de guerra. La propaganda de odio, en forma de relatos despectivos y atroces de un grupo enemigo y de sus fechorías, se encuentra en todas las culturas: en su forma moderna, ha llegado a desempeñar un papel importante en las campañas políticas en tiempos de paz y en la guerra, donde la técnica de la propaganda de atrocidades es muy utilizada. Consiste en contar sucesos horribles, y especialmente sádicos, que pueden ser verdaderos o falsos, pero que se presentan principalmente en una forma que evoca estimulación sexual más que simple miedo o disgusto. Esta estimulación de

respuestas reprimidas da lugar a una sensación de culpa más que de desaprobación, y el pensamiento culpable se proyecta entonces contra el enemigo público. Un estudio de la mayor parte de esta propaganda, y de la respuesta pública a ella, muestra la ira civilizada contra la barbarie y la fascinación y el deseo de ser componentes fuertes de su eficacia. La propaganda de atrocidades juega un papel sugestivo considerable en la producción de ciertos tipos de delincuencia, tanto en los civiles como en el ejército. Un número de fantasías de la primera guerra mundial, tales como la “fábrica de cadáveres” fueron hechas realidad por los combatientes de la Segunda Guerra Mundial.

Los psicóticos paranoicos y prepsicóticos ocupan una posición especial en la política centralizada, porque su tendencia a proyectar sus quejas contra cuerpos externos, como minorías raciales, instituciones y naciones, provoca una profunda simpatía en las mentes de los electorados ansiosos y frustrados. El pre-paranoico puede ser indistinguible del quejica: hasta qué punto es probable que alcance un cargo dependerá de la dirección en la que sistematice su resentimiento. Si lo proyecta contra un cuerpo como los judíos o la policía, puede convertirse en el centro de un pogromo o un motín: si sus enemigos imaginarios tienen más de una validez como figuras de miedo y disgusto, puede llegar lejos. La paranoia dirigida contra las figuras públicas en general puede conducir a una teoría conspirativa de la historia, un pensamiento aleccionador para quienes se preocupan, como en este ensayo, por la delincuencia pública. El paranoico muestra una marcada tendencia a discutir sus opiniones, hacer propaganda en su favor y adquirir adeptos. La mayoría de los

casos de *folie a deux* (delirio sicótico compartido) representan compartir un rencor paranoide. Este proceso se ve favorecido por la gradualidad con la que el engaño va más allá de los límites de la razón; por la habilidad con la que puede ser argumentado por la presencia de una base real en la mayoría de los casos; por el muro de la parte anormal de la mente hacia otros campos de la actividad mental y por la tendencia del paranoico a actuar reclutando verdaderos acusadores mediante la tendencia a "sacudir su cara entre los puños de la gente". En política, los paranoicos que llegan a un cargo en su juventud, son particularmente peligrosos, ya que a menudo se engañan más y más con la edad, y el público y sus colegas pueden crecer con sus prejuicios sobre la base de la tolerancia. Actitudes estrictamente paranoicas hacia los judíos, los comunistas o los alemanes se han observado en los estadistas democráticos de nuestro tiempo, al margen de las proyecciones públicas de resentimiento contra estos grupos. El difunto Sr. Forestall saltó por una ventana perseguido por comunistas imaginarios y el difunto Joseph Stalin murió rodeado de conspiradores tanto imaginarios como reales.

Es bastante obvio que es poco probable que los paranoicos extremos sean miembros aceptables de partidos que persiguen políticas basadas en intereses propios u objetivos sociales, o en los más disciplinados partidos revolucionarios. En algunos casos, pueden ser utilizados, ya que su preocupación le da una manija a cualquier colega astuto que desee manipularlos. Sin embargo, los síntomas paranoicos leves no son infrecuentes en los psicópatas agresivos, ya que surgen naturalmente de la resistencia de la sociedad al impacto de estas personas, y esta

peligrosa combinación ha explicado algunas de las acciones antisociales más graves de los gobiernos.

Un promotor de empresa de edad avanzada que había ocupado un cargo en el Gabinete de uno de los Gobiernos fue acusado de asesinato. Su historial inmediato antes del crimen había incluido una quiebra y una acción por difamación, pero no tenía antecedentes penales y no se sospechaba de su cordura. En el curso del juicio, pareció que había sobornado a dos matones para que engañaran y asesinaran a un joven del que estaba celoso, los celos se referían a una mujer de mediana edad con la que la víctima se había reunido sólo tres veces. No se propuso ninguna defensa de la locura, pero el examen psiquiátrico posterior reveló todo un sistema de delirios insanos, algunos de ellos de larga data. En la vida política y comercial, el hombre había sido grosero, contundente, autoritario y desconfiado, pero aparentemente sus colegas lo habían aceptado. Durante su juicio se mantuvo confiado, ingenioso y perfectamente capaz de organizar su defensa, como había hecho durante el crimen⁴⁰.

El interés de este caso radica en la extensión del trastorno mental no reconocido. Si este hombre hubiera permanecido en la política y hubiera alcanzado un alto cargo, o si sus ideas paranoicas hubieran dado un giro contra un enemigo nacional en lugar de personal, su estado mental nunca habría sido cuestionado.

Las psicopatías adictivas han influido de vez en cuando en la política. Se dice que la jerarquía nazi contenía varios

40 E. Ponsonby, *Falsehood in Wartime*, 1936.

morfinómanos. El alcoholismo, que es la única adicción tolerada por la sociedad a pesar de sus marcados efectos sobre rendimiento y comportamiento social, es también el único factor adictivo importante en la discusión de la política inglesa. Durante el siglo XVIII y principios del XIX, la embriaguez entre los legisladores fue parte de una tolerancia social más general, que disminuyó mucho a medida que avanzaba el siglo. En la actualidad, el uso de alcohol entre los legisladores probablemente no sea diferente de su uso entre los altos ejecutivos de empresas. En un momento en el que se debate sobre la marihuana, no es irrelevante señalar que en nuestra cultura la mayoría de las decisiones comerciales y políticas se toman 'bajo la influencia' del alcohol, es decir, en entornos donde se ha consumido suficiente alcohol para ejercer efectos medibles. No está claro si esto hace daño o no. La embriaguez pública hasta el punto de la incapacidad apenas se tolera, aunque ha ocurrido, pero desde el punto de vista del gobierno, la asociación del entretenimiento a gran escala con la diplomacia conserva una importancia considerable. En la atmósfera altamente cargada de maniobras internacionales, el alcohol puede ser tanto un arma deliberada como una influencia accidental. El hombre moderno en una situación responsable, y a menudo abrumadora, usa el alcohol como fuente de alivio, mientras que su contraparte del siglo XVIII lo usaba como fuente de convivencia. Los primeros ministros ahora lo complementan, sin duda, con barbitúricos, tranquilizantes, antihistamínicos y benzedrina. Las carreras interrumpidas por el alcoholismo están lejos de ser raras en la política democrática. Tanto el demasiado consciente como el demasiado sociable pueden contraerlo: en muchos casos el énfasis está menos en la inestabilidad personal que en las

tensiones enormes del gobierno centralizado, de las que es menos probable que sean conscientes los egocéntricos y los cínicos. El alcoholismo puede resultar un medio de eliminar a los legisladores más concienzudos. También ofrece riesgos peculiares para el exitoso representante de la izquierda que no puede hacer frente a la generosa hospitalidad calculada. El alcoholismo moderado persistente, debido a que no se detecta, es probable que afecte a personas demasiado concienzudas y es más pronunciado en tiempos de crisis, es la adicción manifiesta que es más probable que ejerza una influencia directa en los asuntos públicos. Entre el personal de las fuerzas del orden, el alcohol juega un papel importante en el cambio de la conducta individual de formas de agresión toleradas a no toleradas, tanto en ejércitos de ocupación, tropas de élite y ocasionalmente en la policía. Los elementos de control que permiten al psicópata mantener su comportamiento dentro del patrón tolerado son los primeros en sucumbir a la intoxicación.

Otros patrones de delincuencia

La delincuencia tolerada en la guerra se considerará por separado, ya que la guerra es, con mucho, la actividad psicopática más importante de los estados modernos. Sin embargo, es importante darse cuenta de la tendencia que los gobiernos centralizados modernos parecen exhibir hacia la economía de guerra permanente frente a enemigos externos,

como una expresión natural de sus actitudes públicas; y la proyección de culpa y resentimiento, puede ser deliberadamente centrada en grupos externos para desviar los canales revolucionarios y como reacción a la presión económica. La guerra es la condición en la que el gobierno centralizado se encuentra más plenamente al control, más seguro en su autoridad y más fácilmente capaz de obtener una lealtad pública indiscutible. La unidad de propósito, real o ficticia, que resulta de la defensa o el ataque es una experiencia tan embriagadora para la autoridad como lo es para un público cansado del aislamiento y la falta de objetivos de la asocialidad urbana. Para tales sociedades, la guerra puede ser una liberación de la culpa y la tensión. Cuanto más marcada es la tendencia a incorporar en la vida métodos y actitudes de guerra en tiempos de paz, mayor es la demanda de psicópatas cívicos encumbrados. La demanda en tiempos de guerra de individuos dispuestos a apuñalar por la espalda, falsificar y seducir a los agentes enemigos, tiene su paralelo en tiempos de paz. El personal de espionaje, y posiblemente también el personal técnico y de investigación que se dedica deliberadamente a la elaboración de la destrucción masiva, cae en esta categoría. En casos extremos (me vienen a la mente Beria en la Rusia de Stalin y la CIA) se puede obtener un núcleo duro paranoico, bastante más allá del control político, flanqueado por una gran fuerza de delincuentes en los márgenes, informantes y agentes dobles, triples o cuádruples que pueden guarnecer a sus superiores mediante el espionaje o el asesinato. Los grados de psicopatía presentes dependerán de la medida en que estas personas actúen bajo la influencia de un doble estándar sistematizado, de responsabilidad en el hogar y agresión hacia el enemigo lícito, y de la medida en que

su elección de empleo sea el resultado de factores de su personalidad anterior. En condiciones de "guerra fría", el individuo paranoico, empleado como torpedo, espía o propagandista, también puede adquirir importancia; su estado de ánimo coincide con la sospecha y la tensión generales. Naturalmente, nosotros creamos a Lee Harvey Oswalds⁴¹.

2. Gangsterismo

El término "gangsterismo político" es, en términos generales, una descripción inexacta de la delincuencia social en su contexto moderno. El gangsterismo en su forma observable guarda poca relación con los patrones de gobierno. La mayoría de los estudios sobre las bandas estadounidenses muestran que se parecen a las sociedades primitivas depredadoras, siguiendo a algunas de ellas en sus patrones dinámicos normales de liderazgo, aunque modificados por la interrelación con la sociedad de la que se alimentan. "Cada pandilla, a su vez, está estratificada; el jefe vive según los estándares que le imponen sus admiradores y seguidores. Debe cumplir con sus expectativas; es mejor para él ser un león muerto que un perro vivo⁴². Las relaciones de los gánsteres con el gobierno y la aplicación de la ley en los Estados Unidos muestran que este intercambio con el medio ambiente opera en ambas direcciones. Las interacciones entre el gangsterismo y la política también se notaron ocasionalmente en el ascenso del partido nazi y en los movimientos de resistencia, como los

41 El presunto asesino de JF Kennedy. N. e. d.

42 H. von Hentig, op. cit.

maquisards y el IRA. La protección de las bandas bien organizadas por parte de agentes de la ley, su intromisión en las elecciones locales y nacionales, e incluso el alistamiento en las maquinarias de campañas presidenciales o de partido, ha sido producto de condiciones locales en los Estados Unidos que nunca se han reproducido en Inglaterra.

Los gánsteres generalmente entran en el patrón de la delincuencia tolerada, si es que lo hacen, en virtud de su condición de delincuentes agresivos individuales, en lugar de como cuerpos organizados, y al hacerlo, comúnmente transfieren lealtad al Estado. Es más exacto decir que los organismos encargados de hacer cumplir la ley mediante actividades políticas deshonestas o violentas desvían hacia sí a individuos que de otro modo podrían haber expresado sus anomalías en el crimen organizado. Las fuerzas sociales que producen gánsteres también producen delincuentes sociales. Al igual que los gánsteres que, en Chicago, compraron su entrada al poder para promover las actividades de su pandilla, estos posibles gánsteres pueden obtener un grado peligroso de protección por parte de la ley institucional, pero el criminal que se introduce en la política está, por el carácter obviamente inaceptable de sus actividades conductuales, en una posición mucho menos segura.

La equiparación del fascismo o el nazismo con el crimen organizado tiene, por tanto, un elemento de verdad, pero poco valor psicológico. El gánster es un delincuente que acepta o crea una organización para ayudarse, pero sigue siendo un delincuente inaceptable públicamente. Su hostilidad hacia la sociedad limita su incorporación a cualquier actividad delictiva

que no sea la más brutal. Puede comprar poder, o asegurarlo en su calidad de exponente contratado por la violencia, pero el régimen establecido depende de su propia maquinaria de imposición, y su alcance se limita a la provisión de una máquina rival que puede ser utilizada por revolucionarios o partidos paracriminales. Si ingresa temprano en un cuerpo así y asciende al poder con él, su posición es idéntica a la del "brazo fuerte" institucional. El gangsterismo en las democracias es una alternativa al Estado; en los órdenes totalitarios parece ser absorbido por el Estado o practicado por disidentes que se han caído de la maquinaria institucional.

3. Investigación de los grupos gobernantes

Hasta ahora hemos hablado de los factores que se pueden esperar que operen en el gobierno moderno. Es evidente que es necesaria una investigación de la medida en que afectan de hecho a nuestra propia sociedad antes de aceptar las especulaciones mismas. La evidencia que hemos utilizado proviene de una gran cantidad de fuentes, pero hasta ahora no existe un estudio autorizado de las personalidades de los individuos gobernantes, en el que podamos confiar, o que sea en absoluto comparable con el gran número de estudios sobre criminales o delincuentes aislados mentalmente trastornados.

Las dificultades prácticas de verificar cualquier hipótesis sobre la criminología del poder son abrumadoras. Es relativamente fácil estudiar la mentalidad de cualquier tipo de

delincuente que no esté en un cargo público. Los infractores de la ley encarcelados, o los casos psiquiátricos remitidos a las clínicas, proporcionan material de estudio que es relativamente dócil o está relativamente indefenso. Como la psiquiatría penal ha descubierto repetidamente a su coste, no se puede obtener una estimación adecuada de las fuerzas detrás de la conducta, mediante el estudio de las acciones del acusado, los registros judiciales o incluso el relato del delincuente sobre sí mismo, a menos que estos se complementen con una entrevista, y preferiblemente mediante un estudio personal prolongado. El estudio personal es, sin embargo, una fuente de información sobre los líderes políticos y ejecutivos modernos que la forma de sociedad actual limita de forma muy efectiva. Además, el delincuente criminal suele ser inidentificable a partir de su historial o es declarado culpable y sentenciado, por lo que el psiquiatra puede citar su caso sin riesgo grave de consecuencias legales. Con el político, no sólo es inadecuado realizar conjeturas de largo alcance sobre su motivación basándose en declaraciones o política pública, sino que es poco probable que cualquier imputación de anormalidad caiga dentro de la definición legal de interés público. Por esta razón, me he visto obligado a evitar documentar este estudio a partir de eventos contemporáneos. Los únicos datos completos y que se pueden citar se refieren a los líderes de guerra nazis, que eran ciertamente psicopáticos en un grado que limita el uso de los registros extraídos de sus juicios, para discutir sociedades menos trastornadas. Sería bastante injustificado sacar conclusiones ilimitadas sobre la política en Inglaterra a partir de la conducta de un régimen excepcionalmente psicopático. Es posible que en Estados Unidos, donde el anonimato se puede preservar más

fácilmente al tratar con un grupo más numeroso y diverso de gobernantes, y donde la difamación se interpreta de manera diferente, los sociólogos podrían encontrar más fácil documentar su trabajo.

Se ha anunciado al menos un intento serio de estudiar la relación de la anormalidad con el liderazgo político en relación con el Proyecto Tensiones de la UNESCO. La Conferencia de Beirut instruyó este Proyecto “para estudiar e informar sobre las técnicas y dispositivos utilizados para provocar el fascismo en Italia y Alemania...” con el fin de ayudar al reconocimiento temprano de tales movimientos en el futuro... y recomendó “que los resultados de este estudio reciban una amplia publicidad”. También se anuncia un trabajo “del que esperamos conocer la forma en que líderes de diferentes países han ascendido a puestos importantes, y cómo algunos individuos llegan a ser líderes que posteriormente son diagnosticados como psicopáticos”⁴³. Los resultados de este trabajo, políticos y científicos, pueden resultar importantes, aunque aún no se han anunciado sus alcances y métodos.

43 O. Klineberg, *Lancet*, 1949, II 851.

IV. GUERRA Y CUERPOS DE ÉLITE

1. Sociología de la guerra

La guerra es, con mucho, el tipo de delincuencia grupal más importante en las sociedades contemporáneas. Es tanto una institución como una entidad psicopatológica, pero en la actualidad ha llegado a asumir permanencia en las culturas urbanas centralizadas y atraviesa su historia institucional. Como patrón de agresión sostenida y resistencia contra un grupo extranjero execrado, ha asumido un lugar permanente en las formas de vida y las técnicas de gobierno en estas culturas. Ha llegado a cumplir la definición que la caricatura de Daumier atribuía al catecismo militar prusiano:

¿Qué es la paz?

La paz es el período de preparación para la guerra.

Las culturas belicosas siempre han existido en tiempos históricos, pero sus ataques a sus vecinos fueron dictados en gran parte por ventajas a corto plazo, como el botín, el imperio o la gratificación del orgullo nacional. Desde el punto de vista del individuo en la tradición de su cultura,

la agresividad individual surge de interacciones tempranas, asociadas con condicionamientos personales, sociales o culturales, y las instituciones de guerra pueden ofrecer a una persona una salida para los motivos agresivos contruidos en sus primeros años⁴⁴.

Si bien estos elementos aún influyen en la agresividad nacional, han sido complementados, si no reemplazados, por la importancia que como medio de gobierno la vida jerarquizada da a la guerra. Para el individuo cuyos incentivos se han ido reduciendo gradualmente por delegación, y que ya no puede competir por el liderazgo o la competencia en un grupo circunscrito, la falta de objetivo y la falta de estatus son ansiedades continuas. Al describir la fuente de la enfermedad psicosomática en la Inglaterra moderna, Halliday⁴⁵ relaciona el crecimiento de la ansiedad

con la creciente separación de las raíces externas en la tierra; creciente desprecio por los patrones biológicos; creciente frustración de la creatividad manipuladora; creciente rapidez de cambio en la sociedad; aumento de la estandarización y represión de la expresión individual; disminución del sentido de objetivo y dirección.

y continúa:

Solo, quizás, en tiempos de guerra y bajo un liderazgo inspirador, las masas recuperaron algún sentido de propósito y dirección.

44 Kimball Young, op. cit., pág. 340.

45 J. Halliday, Lancet, 10 de agosto de 1946.

La gran ciudad y el grupo administrativo grande y conveniente imponen la soledad y reducen la variedad de actividades sociales que el individuo puede emprender para y por sí mismo, al menos tanto como aumentan el alcance total de la experiencia. El músico aficionado que podría tocar con sus amigos no puede competir con los recursos y el talento agrupados del entretenimiento profesional. Algo análogo ocurre en los patrones de dominación social. La guerra es la única actividad nacional sobreviviente en la que la oportunidad de brillar se combina con una total indulgencia por el comportamiento agresivo y con una invitación al individuo a participar. Casi todas las demás actividades comunales tienen lugar a través de una cadena de delegación tan larga que su final se pierde de la vista del individuo; sólo en la guerra se aprecia su esfuerzo y su capacidad: ninguna delegación se interpone entre el soldado y el enemigo, o entre el público civil y sus tareas de 'permanecer en el lugar' o 'ir a ella'. El sentido de propósito y unidad que la guerra crea artificialmente es, para las culturas urbanas, una droga adictiva. Considerada con miedo, puede ser aceptada con alivio y vista en retrospectiva con pesar. Proporciona una experiencia personal tanto de liberación emocional como de cohesión social que puede superar los horrores del individuo. Las grandes operaciones son realizadas por líderes divinos e infalibles, contra objetivos expresados en estereotipos que se repiten constantemente y se comprenden fácilmente. Actitudes operativas como la 'rendición incondicional' o las 'represalias masivas', derivadas de líderes exhibicionistas, reemplazan el pensamiento inteligente. La emoción y la excitación basadas en el miedo y la agresión física se mantienen en un tono alto: la violencia de las películas, el espectáculo de gladiadores y la carrera de autos

suicidas, adicciones estándar de las culturas asociales que proporcionan una liberación limitada de los deseos agresivos no pueden competir con la violencia de la guerra. Los problemas pueden archivarse y reemplazarse con acciones o gestos apropiados. Se recrea el ambiente de la guardería, con sus seguridades e inseguridades, de estar en manos de los que mejor saben. El miedo y el odio genuinos a la guerra en estas condiciones no pueden ocultar sus satisfacciones. El ciudadano se encuentra en la misma situación frente a los actos prohibidos de agresión que el niño al que de repente se le deja correr por la habitación prohibida, o el adolescente reprimido que de repente accede a la satisfacción sexual. Después de una orgía así, volver a la realidad es tan doloroso como continuar en peligro.

Esta ambivalencia hace que la amenaza de guerra y la promesa de guerra sean dos de las fuerzas políticas más importantes de nuestra época. Reaccionando con igual fuerza sobre los legisladores, pues la guerra, consciente o inconscientemente, es para ellos una suspensión de las dificultades y de los conflictos; mientras continúe, las demandas y agitaciones dejan de ser peligrosas, se mantienen la confianza y la solidaridad, se identifica a la oposición con el enemigo y el aspecto dramático de las acciones públicas se incrementa más allá de todo lo precedente en tiempos de paz. Proporciona una distorsión de la realidad en la que los impulsos anormales pueden pasar como normales y las ideas irracionales logran una aceptación incondicional. Simplifica el poder y su administración a una serie de actitudes indiscutibles.

Es esencialmente el civil socialmente inadaptado quien es más feliz en tiempos de guerra: sus problemas se archivan, las dificultades de sus relaciones personales se superan: el criminal puede redimirse al alistar su delincuencia en el lado popular; el paranoico se enfrenta a un enemigo a quien otros se acercan como él mismo a reconocer y vilipendiar. El individuo normal encuentra toda su vida desorganizada, su familia dividida, su libertad restringida y sus protestas son consideradas como una traición. La guerra es esencialmente en la sociedad, el patio de recreo del psicópata. La mayoría intermedia experimenta ambos aspectos de la guerra, y en sociedades como la nuestra, que tradicionalmente condenan la violencia personal, la culpa como reacción a la guerra está muy extendida. La mayoría de los participantes aceptan la versión demasiado simplificada de los problemas, a menudo después de una intensa lucha mental, porque no ven otra alternativa; sin embargo, no aceptan la institución de la guerra o sus implicaciones. No se puede permitir que el público que aclama las victorias vea películas demasiado realistas de entrenamiento de comando, o su moral se verá afectada. Se debe mantener una ficción de violencia controlada y discriminada. El gobierno en la guerra está siempre perplejo por la dificultad de asegurar, en órdenes democráticos, que la resolución o el júbilo no se conviertan en repugnancia y en órdenes totalitarias; que las emociones despertadas no se conviertan en una resistencia agresiva a las estimulaciones. La administración democrática de la guerra tiene que conducir el caballo a la batalla sin permitirle que huelga demasiada sangre; el dictador debe asegurarse de que los linchadores no linchen a los instigadores tan bien como a las víctimas o en lugar de a ellas.

Los movimientos revolucionarios subsisten proyectando males sociales, como la guerra, sobre el grupo gobernante: dado un cambio de instituciones, la guerra desaparecerá. Los gobiernos pueden emplear los mismos métodos: la guerra se identifica con Hitler o Napoleón, o con una nación o grupo, y la derrota de este enemigo es el camino hacia la paz permanente. La sociología ha subrayado con razón la función de la guerra como punto de encuentro de los impulsos agresivos de la sociedad en su conjunto, y la importancia de la estereotipia⁴⁶, la proyección, los mitos grupales y la hostilidad hacia los extranjeros y la agresividad individual. Si bien la orientación hacia la guerra de las sociedades modernas es sin duda el resultado de esos factores, no sería realista minimizar el papel de los gobiernos. De hecho, pocos o ninguno de los actos delictivos más desastrosos de las naciones en los últimos años son, en última instancia, el resultado de aumentos espontáneos de agresión pública. La actitud de la sociedad centralizada hacia la guerra es siempre ambivalente, pero las manifestaciones de las tendencias bélicas están predominantemente bajo el control de los gobiernos. Ni el exterminio alemán de judíos ni la masacre aliada de poblaciones civiles enemigas, que se han citado como las dos manifestaciones de delincuencia grupal más generalizadas y graves de la segunda guerra mundial, fueron espontáneas. En el caso de los judíos, el sentimiento espontáneo fue inflamado, intensificado y mantenido artificialmente por el grupo legislativo; en el caso de la política de bombardeo indiscriminado, la propaganda intensiva no logró acallar todas

46 Las estereotipias son movimientos, posturas o voces repetitivos o ritualizados si un fin determinado. N. e. d.

las dudas públicas sobre su necesidad y moralidad⁴⁷. La elaborada racionalización pública de ambas acciones se llevó a cabo a través de los canales oficiales de comunicación. El sentimiento público contra la guerra fue tradicionalmente fuerte en Gran Bretaña y Estados Unidos, y no estuvo en absoluto ausente en Alemania. En muchos casos se requirió un elaborado engaño para reconciliar la opinión pública con la participación; el incidente de Pear Harbor fue manipulado así, y el cambio en la opinión pública estadounidense entre 1940 y 1941 se debió sin duda en parte a la presión activa del gobierno. Una notable excepción fue la imposición de la guerra al gobierno británico en 1939 por una reacción pública espontánea, que tuvo como origen la sospecha generalizada de complicidad entre la derecha británica y la ideología nazi.

Si las guerras contemporáneas fueran en esencia, tanto como en el fondo, la expresión directa de agresiones proyectadas por el público urbano, no deberíamos esperar encontrar racionalizaciones tan elaboradas como las que Hitler, o nosotros mismos empleamos, excepto como medios de aliviar la culpa de quienes las ofrecen. Mientras que el revolucionario sobreestima el papel de los diplomáticos intrigantes, el sociólogo puede fácilmente subestimar el papel que juegan los gobiernos y los individuos dentro de ellos. La sustitución de Hitler por otro líder menos paranoico, incluso un exponente de la misma ideología, podría haber producido un marcado cambio en el patrón de la historia. Al evaluar la causa de la

47 Una encuesta de Gallup en mayo de 1941 mostró sólo una mayoría de 53 a 38 por ciento a favor de los bombardeos indiscriminados como represalia; estas cifras mostraron una fuerte correlación positiva entre la experiencia de los ataques aéreos y la desaprobación de las represalias. (Informado, Noticias Crónica, Ma y segundo, 194,1).

guerra, es imposible pasar por alto el papel que juegan la elección consciente, las actividades económicas como las de las empresas de armamento y los "lobbies" financieros, y el uso deliberado de la guerra como medio de distracción del gobierno.

Con la excepción de actividades como el expolio o el saqueo de territorios ocupados, la delincuencia en tiempos de guerra y los "crímenes de guerra" se originan, de hecho, más comúnmente por la delincuencia individual específica de los grupos gobernantes que por el comportamiento de las masas. Las manifestaciones de masas como las de los primeros días de la guerra franco-prusiana han sido relativamente poco frecuentes incluso en países totalitarios sin una deliberada gestión escénica. Sus principales consecuencias han sido la delincuencia limitada como el maltrato a los presos, los linchamientos o el simple delito civil. Existe abundante evidencia de que una gran parte de las poblaciones civiles y combatientes conservan intactas la mayoría de sus actitudes civilizadas hacia sus semejantes en cualquier caso en que haya contacto directo⁴⁸. En el caso de los japoneses, gran parte de la barbarie exhibida hacia los prisioneros pertenecía a una tradición cultural totalmente diferente a la de Europa occidental, y no era mayor que la barbarie existente de la disciplina dentro del propio grupo militar. Casi todos los actos más reprobables de la Segunda Guerra Mundial fueron cometidos por órdenes superiores o por cuerpos de élite encargados de hacer cumplir la ley, seleccionados por

48 Las citas recopiladas por Catlin, et al., Proporcionan pruebas impresionantes sobre este punto. G. Catlin, V. Brittain y S. Hodges, *Above All Nations* (Gollancz, Londres, 1945).

gobernantes institucionales y adoctrinados para realizarlos. En algunos casos, la autoridad proviene de un líder tipo proveniente de una multitud, y la psicología de tales acciones se asemeja mucho a lo que se ha estudiado en los linchamientos en tiempos de paz. En otros, la delincuencia es la ejecución planificada de un patrón individual de fantasía. La política antisemita de Hitler fue un ejemplo de este tipo. Jung (1958)⁴⁹ ofrece una imagen sorprendente de cómo el "Proyecto Manhattan" se convirtió en otro, a causa de la ansiedad de los jefes de la armada estadounidense por temor a que la guerra terminara antes de que las armas atómicas pudieran probarse en la población.

Existe evidencia documental que relaciona la mayoría de los crímenes de guerra premeditados e indiscriminados con la invención y planificación de psicópatas individuales en un cargo. El papel de la proyección grupal y la estereotipia es mayor en producir aquiescencia en los niveles inferiores de la cadena de mando. En algunos casos, la falta efectiva de contacto cuerpo a cuerpo ayuda a este proceso: pocos combatientes habituales aceptarían una orden de masacrar a civiles por medios que impliquen contacto directo, pero muchos serían capaces de aceptar formas de guerra indiscriminada que no destruyan el estereotipo ni trastornen la seguridad de la racionalización⁵⁰. En otros casos, el consentimiento se limita al consentimiento no participante, mientras que los hechos reales se llevan a cabo en privado por

49 AT Harris, Bombardeo ofensivo (Collins, Londres, 1947).

50 Jungk R. (1958) Más brillante que mil soles.

el seleccionado grupo de élite, parte de cuya función es la de perpetuar la aquiescencia del público por el terrorismo.

En nuestra propia sociedad, el combatiente y el público suelen opinar que el elemento de riesgo personal equivale a una expiación por una delincuencia específica. Sólo después de cinco o seis años se puede criticar, digamos, el bombardeo aéreo indiscriminado, sin evocar la hostilidad violenta de quienes señalan el heroísmo y las graves pérdidas de las fuerzas aéreas involucradas. Si el exterminio de los judíos por parte de la Gestapo hubiera implicado algún elemento de riesgo personal, es dudoso que se pudiera haber producido una tan marcada indignación pública.

La reacción inglesa, especialmente entre los civiles bombardeados, fue mucho mayor y más hostil cuando los ataques se llevaron a cabo con bombas volantes sin piloto que cuando las vulnerables tripulaciones aéreas lanzaban bombas de forma ortodoxa. Ideas expiatorias primitivas de este tipo juegan un papel notable en el mantenimiento de la aquiescencia en los países democráticos. Se sabe que los pacifistas abandonan actitudes racionales profundamente arraigadas o motivadas para compartir inconscientemente los peligros de una guerra que desapruueban; otros cortejan deliberadamente el castigo o la incomodidad para mantener el respeto por sí mismos en compañía de soldados en servicio. La extrema aprensión que ha provocado la bomba atómica en Inglaterra y Estados Unidos se debe casi con certeza a un sentimiento expiatorio semejante, racionalizado como miedo a las consecuencias físicas. Parece haber una diferencia de tipo entre la reacción de los rusos, a quienes la bomba pudo haber

tenido la intención de intimidar, y la de sus fabricantes, a quienes ha logrado intimidar con más fuerza.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la psiquiatría como ciencia entró en contacto directo con estos problemas, ya que fue invocada como un arma deliberada, para seleccionar al personal militar, asesorar sobre la moral e idear medios para desmoralizar al enemigo. “El psicólogo militar no está obligado a teorizar sobre las causas de la guerra. Es un elemento de la sociedad que se ocupa del enjuiciamiento de la eficacia de la guerra, y debe operar bajo el supuesto de que la guerra es, o será, un hecho consumado... En la conducción de la guerra psicológica, el psicólogo no necesita intentar cultivar nuevas desconfianzas..., en cambio, simplemente selecciona los miedos y propósitos existentes. En cualquier nación, solo tiene que avivar ciertas llamas y sofocar otras para que el fuego arda donde él quiere”⁵¹. La psiquiatría la practican los seres humanos, que comparten las actitudes de su tiempo; es también una disciplina racional por sí misma. En general, se siente mucho más cómoda desmoralizando al enemigo y exponiendo sus irracionalidades que cooperando con la política. La cuestión de los estándares de normalidad se agudizaron: el grado de aceptación cultural de la guerra como institución se refleja en cierta medida en la tendencia de la medicina militar alemana a estudiar la personalidad del candidato a oficial, mientras que la de la psiquiatría estadounidense se encaminó a seleccionar las aptitudes. Mientras los métodos de la psicología se aplicaron conscientemente para la selección de escuadrones de

51 GL Fahey y MM Mintz en Psicología en Asuntos Humanos de JS Gray (McGrawHill Nueva York, 1946).

exterminio y de los guardias de los campos de prisioneros, no sabemos si la selección de aptitudes de este tipo pudo haber tenido lugar dentro de la estructura del partido nazi. En general, los rasgos del buen oficial en cualquier ejército, a pesar de las acusaciones de los pacifistas, son muy similares a los del líder social en otras categorías de la vida. Los ejércitos carecen de los intensos rasgos psicopáticos grupales de las poblaciones civiles en tiempos de guerra: forman una comunidad de peligro compartido, donde el estatus está determinado por reglas simples y donde gran parte del aislamiento y el estrés de la vida civil se rompe. La última guerra produjo muchos ejemplos de lo que se ha denominado grupos "paraprimitivos", basados en el compañerismo y la finalidad, en los que se diluyeron las diferencias normales de rango. El sentido de responsabilidad que el oficial sentía por la vida de sus hombres es algo de lo que carecen notoriamente las jerarquías políticas civiles. Pocos o ningún líder político podrían escribir con sinceridad

*Porque amar es terrible, preferimos
la libertad de nuestros crímenes...*⁵²

Una característica de esta tendencia, reflejada una y otra vez en el desarrollo de lenguajes privados y fraseología común, es la creciente separación del soldado del civil. El soldado se ve a sí mismo alternativamente como defensor, chivo expiatorio y víctima del público de casa y de la administración doméstica. La guerra total, al imponer un contraste menos violento entre los grupos que el que había entre Inglaterra en la Primera Guerra

52 FT Prince, soldados bañándose.

Mundial y las trincheras de Flandes, ha reducido ligeramente esta tendencia, pero conserva una gran importancia política al crear un sentimiento de descontento en bloque, y para determinar el cambio de gobierno al final de las hostilidades.

No hay nada en el estudio del ejército civil moderno que sugiera que sea un grupo delincuente o brutalizado a nivel social. Los efectos más graves del servicio militar parecen estar en las actitudes sexuales y familiares, y el daño se refleja más en la próxima generación que en quienes lo sufren, aunque también éstos experimentan serias dificultades de adaptación. Comandantes de tales ejércitos en general, han experimentado más dificultades para prevenir la confraternización que para prevenir estallidos de agresión provocada individualmente. Los ejércitos altamente politizados pueden considerarse como reforzadores de las élites, pero también pierden fácilmente algunos de sus estereotipos cuando están en contacto con poblaciones enemigas. Una ocupación hostil sostenida de un territorio relativamente poco agresivo presenta serias dificultades administrativas al alto mando. Produce rápidamente asimilación, por encuentros sexuales, reducción de la brecha entre vencedor y vencido y pérdida del espíritu de lucha. Los francotiradores y los movimientos de resistencia, si bien socavan la moral, pueden, en esta medida, facilitar realmente la tarea psicológica de la potencia ocupante.

Se verá a partir de estas consideraciones que las energías agresivas de civilizaciones y personas frustradas son responsables de la delincuencia en tiempos de guerra mucho más al permitir que los asesinos potenciales se aseguren los cargos y la obediencia que a través de estallidos directos de

violencia. «La terreur d'aujourd'hui a ses bureaux»⁵³ (el terror de hoy a los despachos), el ciudadano individual contribuye a él principalmente mediante la obediencia y la falta de protesta consciente o efectiva. La obediencia social y la conformidad son, en general, bastante menos prominentes en las comunidades urbanas centralizadas que en las comunidades rurales primitivas civilizadas. La comunidad urbana conserva y se ajusta a sus propias costumbres, pero estas no están ni tan bien tejidas ni son tan universalmente respetadas como en otros tipos de sociedad: en lo que se refiere a actitudes sociales y políticas éstas han sido ampliamente modificadas por el cambio rápido de la vida, y son cada vez más externas al individuo. El hombre primitivo tiende en general a conformarse activamente: el ciudadano urbano civilizado combina una actitud de aquiescencia hacia el ejecutivo con una apatía hacia los estándares públicos que se expresa en cinismo o en la convicción de que 'ellos' (el grupo legislativo y su flanco ejecutivo) no puede ser resistidos eficazmente por sus propios esfuerzos. La obediencia a la ley, al mismo tiempo, carece de las características activas que encontramos en sociedades donde la ley y las costumbres coinciden. El delincuente es cada vez menos considerado con animosidad personal: el individuo inconforme, incluso cuando sea groseramente criminal, tiene un tinte de heroísmo considerablemente más fuerte que en cualquier período anterior de la historia inglesa con cualquier gobierno en el cargo. En el pasado, el nombre y la función han sido predominantemente militares. La élite militar, vista históricamente, se difumina en castas hereditarias militares y gobernantes por un lado, en los grupos tecnológicos –equipos

53 Albert Camus.

de investigación, artesanos– y en las unidades de comando semiautónomas de la guerra moderna. Las tropas de élite militar, nacionales o mercenarias, tienen una larga relación histórica con la aplicación de la ley y la seguridad. Las élites de represión domésticas, aunque existieron sobre una base semimilitar en Esparta, en la Roma Imperial y en otras sociedades, son un desarrollo relativamente reciente en Europa Occidental, que comenzaron a tomar forma en el siglo XIX.

Las unidades de élite militar han mostrado dos líneas principales de tradición: una tradición de destreza y desempeño, y una tradición de obediencia. Algunos, como las tripulaciones de los pequeños buques de guerra que operan de forma independiente, o los Chindit, se han desarrollado en los últimos años en patrones indistinguibles de los grupos de 'camaradería', y han tendido a comportarse como pequeñas sociedades primitivas *ad hoc*: la tradición de la élite represiva, sin embargo, está generalmente, por la naturaleza de sus actividades, concentrada en una obediencia incondicional. La principal fuerza de cohesión de estos órganos es, en condiciones modernas, el rechazo común de la responsabilidad por las órdenes que ejecutan.

La existencia de este tipo de organización, y de esta actitud de responsabilidad transferida, es particularmente importante en el mecanismo de delincuencia grupal. Hemos visto que, las políticas delincuentes del grupo legislativo se originan comúnmente al nivel de la fantasía. Al considerar la delincuencia ordinaria, las barreras entre el deseo y la acción aparecen en dos puntos: cuando el individuo busca racionalizar

su acción meditada, y cuando se enfrenta al acto físico que medita. Como todos sabemos, existe una barrera definida entre la fantasía delinciente y la actuación delinciente. La mayoría de las personas normales bien podrían meditar actos que dudarían en cometer, incluso mientras los aplauden en otros. El legislador no está llamado a poner en práctica sus propias políticas; tanto en la concepción como en la ejecución por parte de otros, su impacto en su propia experiencia es más de fantasía que de acción. La importancia de los cuerpos de élite represivos con un gobierno de clase dominante, está presente con la simpatía por figuras parecidas a Robin Hood, pero rara vez se extiende tanto entre las clases que tengan algo que perder con el desorden público. Los individuos no pueden poner a prueba las cualidades de liderazgo de sus gobernantes, ya que el ejecutivo se protege de las comparaciones (los trata cada vez más según las líneas de pensamiento características que encontramos reservadas para los grupos externos) en estereotipos hostiles o amistosos, como un 'ellos' externo de quien el individuo depende para necesidades elementales, pero por quien no necesita tener respeto moral.

La aquiescencia con las políticas delictivas es en parte un reflejo de este sentido de impotencia. El sujeto es tratado como alguien individual, y de forma aislada, por toda la organización de propaganda e imposición. A menos que se vea abrumadoramente amenazado por la política propuesta, e incluso cuando lo esté, carece de la energía personal y cultural para discrepar. En tiempos de guerra, parte de esta aquiescencia es la aceptación de la interpretación oficial de la guerra: el ciudadano accede a consentir y acuerda culpar al enemigo público de lo ocurrido. Una vez que esto ocurre, a

menudo después de un evento particular que fija la proyección contra el enemigo, el efecto de estímulo de la guerra se hace evidente: el sentimiento grupal de la nación, el sentido de propósito y liderazgo, la liberación de la ansiedad por la crisis en la guerra real, todo ello tienden a hacer el rechazo del compromiso cada vez más dificultoso⁵⁴. Se puede persistir por dificultades e incluso a pesar de una derrota segura: el consentimiento una vez asegurado gana fuerza con la marcha de los acontecimientos. Hasta qué punto los legisladores pueden presumirlo dependerá de la medida en que se haya creado la situación de guerra antes de que comiencen las hostilidades reales: la Alemania nazi lo aseguró con todo un repertorio de tiranía política, hasta el punto en el que incluso la desaprobación tácita de las acciones de los delincuentes fueron mínimas antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. En Gran Bretaña, el público que aceptó la bomba atómica en 1946 habría sido menos probable que la aceptara en 1940, y habría retenido su rechazo a cualquier forma de guerra indiscriminada en 1936 por una gran mayoría.

2. El cuerpo de élite

Un cuerpo de élite implica un grupo con habilidades especiales y, como tal cuerpo se encuentra al otro lado de la barrera de los engaños. También puede justificar acciones que

54 La mayoría de los hombres... Llegó a aceptar la vida militar con reservas. Otros encontraron un ajuste imposible, y, a pesar de un examen psiquiátrico preinducido, rasgos de inadaptación demostraron que exigían su liberación, o, si se rebelaron demasiado agresivamente, obtuvieron el compromiso con una institución penal o psiquiátrica.'— GL Fahey y MM Mintz (1946), op. cit.

se consideran desfavorables en términos de tradición de obediencia leal.

Los grupos militares comúnmente han estado orgullosos con su tradición en el desempeño de la lealtad, mediante un énfasis exagerado en su dependencia de las órdenes "sin razonar el porqué". Es posible que obtengan fácilmente algo muy parecido a la satisfacción por las consecuencias de un error cometido en la administración civil. Incluso entre las tropas en tiempo de guerra, los efectos físicos de la mala gestión por parte de los "cascos de bronce" o los civiles producen resentimiento antes que motín. La fantasía de la guerra no tiene en cuenta la estimación de objetivos o consecuencias, ya que el soldado debe obedecer órdenes que sabe que son desastrosas y morir víctima de su tradición de devoción, cosa que todavía tiene fuerza en los ejércitos.

Los nuevos tipos de élites, la policía política o las SS, muestran una implementación adicional de esta actitud. La delincuencia fuera del patrón tradicional ("leyes de guerra", "conducta militar") probablemente no sería aceptable para los ejércitos con el patrón anterior. La asimilación de la ley por las nuevas élites no tiene una tradición comparable. Sin embargo, tiene una tradición aún más completa de responsabilidad abrogada que su contraparte militar. Su función es cumplir las órdenes sin cuestionarlas, con el mismo espíritu con que las llevaron a cabo las tropas de guardaespaldas extranjeros bajo el Imperio Romano, sin referencia a las costumbres de la comunidad y sin respeto de la persona. Los que dan órdenes a tal cuerpo son una conciencia exteriorizada. Allí donde la fuerza de la élite está altamente politizada, esta obediencia

puede ser la faceta de un fanatismo generalizado. Incluso en este caso, sin embargo, el comportamiento de los miembros particulares tiende a subsistir en dos niveles diferentes, uno para el uso diario en asuntos personales, derivado de los estándares individuales, y el otro asociado con la capacidad oficial, donde la tradición del deber es una respuesta completa a todas las críticas, desde dentro o desde fuera. La valoración que hace el responsable de las órdenes que da, se ve embotada por el hecho de que está separado de su ejecución física, la del ejecutor por el hecho de que no es responsable de ellas. La élite ejecutora se encuentra al otro lado de la barrera entre la intención y la acción. El político se libra del dolor de su decisión y el ejecutor de la responsabilidad. Entre los dos, las dos barreras normales que se interponen entre el motivo y el acto se pasan por alto o se sobrepasan.

Lo mismo se aplica a las élites científicas y técnicas civiles creadas por los gobiernos para llevar a cabo investigaciones sobre armas y proyectos similares. Reclutadas entre hombres que han elegido conscientemente la ciencia en lugar de la política como actividad; que cultivan una aversión defensiva a adoptar actitudes públicas y que pueden ser alentados a cultivarla aún más, estas élites corren sobre el *esprit de corps*, el interés inherente de resolver los problemas técnicos y, en el caso de los altos mandos, la forma del secreto, el estatus de experto y la hábil administración de la adulación colman su deseo de prestigio. Los políticos de los países democráticos han encontrado fáciles de manejar a los científicos con uno u otro de estos enfoques, incluso alentando su desprecio por la "política" y su ilusión de imparcialidad divina. Los efectos del cargo en los trabajadores científicos no difieren de sus efectos

en otros: hay una selección progresiva hacia la cima de los 'responsables' entre los buscadores de audiencia y los hombres que pueden ser manipulados a través de su *amour propre* en la mayoría de los proyectos oficiales en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. La creencia pública de que los expertos oficiales están fiscalizados, haciendo lo que se les dice, es muy exagerada: los gobiernos parecen canalizar el asesoramiento que reciben de los expertos y se aseguran de que coincida con una política predeterminada, mucho más seleccionando asesores conocidos por su ideología... que intentando sobornar o coaccionar a los independientes. En asuntos tales como el daño probable de las pruebas nucleares, o el valor de una política particular publicitada electoralmente, lo más común es que no necesiten más que omitir a los científicos conocidos por ser críticos de la lista de nombres que deben ser consultados.

Incluso en sociedades que no dependen de la coacción directa a su público local por la policía política o las tropas, la centralización ha llevado a un aumento en el número de grupos de élite irresponsables o potencialmente insensatos. Incluso propuestas inocuas que se defienden fácilmente por otros motivos, como la formación por parte del Gobierno de su propio personal de investigación en física atómica a partir del aprendizaje de los adolescentes, ya son fuertes en esos grupos. La ciencia médica y la psiquiatría podrían fácilmente presentar riesgos similares. El número total de seres humanos que han adoptado la abrogación institucional de responsabilidad de una forma u otra sin duda ha aumentado en los últimos veinte años, y este proceso es probablemente un factor más importante en el crecimiento del totalitarismo que el 'control' puramente económico o administrativo. Allí donde estas élites

contienen delincuentes potenciales, y especialmente donde los atraen o los seleccionan, las fantasías y actitudes delictivas pueden muy fácilmente 'retroalimentarse' desde el ejecutivo superior a la legislatura, liberándose así los autores de la responsabilidad de ponerlas en práctica.

El estudio psicológico de las fuerzas del orden aún no está completamente desarrollado⁵⁵. Se ha realizado un trabajo considerable, a menudo a instancias del Estado, sobre la moral y la psicología militares. El reclutamiento de un civil para el ejército es probablemente similar en efecto a la migración de un civil a una de las máquinas de hacer cumplir la ley. Implica el crecimiento de un patrón psiquiátrico familiar, la 'proyección' en superiores inmediatos y remotos del poder normativo del padre, que, en el individuo independiente, es 'introyectado'; en otras palabras, la conciencia se exterioriza. El proceso puede aligerar mucho la carga que algunos individuos tienen que soportar; otros, cuya introyección es más completa y cuyo uso de sus normas está más sujeto a la crítica consciente, pueden desarrollar sentimientos de culpa. Dado que aquellos a quienes no les gusta delegar su libertad de juicio en otros parecen, al menos en nuestra propia sociedad, quebrantarse o perder la "eficiencia operativa" con mayor facilidad, la psiquiatría militar puede verse obligada a restaurar la proyección y aún el cuestionamiento de la razón. Los juicios por crímenes de guerra han arrojado una luz bastante dudosa sobre la cuestión de la responsabilidad por las órdenes. En la maquinaria del

55 Con mucho, la mejor descripción de una máquina de imposición de este tipo en acción, desde el punto de vista de la psicología dinámica, es la de E. Lingens-Reiner, *Prisoners of Fear*, Gollancz, 1949, que trata de la mentalidad y el comportamiento de la concentración. guardias del campo y "fiadores" como los ve un prisionero.

gobierno y la ley, la valoración de esta responsabilidad es bastante más cínica que la expresada por los Tribunales de Crímenes de Guerra. Pocos gobiernos estarían en desacuerdo con la opinión del juez defensor en el juicio de Belsen (cuando éste felicitó a los oficiales defensores por el desempeño de un deber desagradable) de que la base de toda disciplina es la obediencia incondicional a las órdenes. Pocos observadores tendrían el valor de sugerir que un oficial que había intentado evitar el uso de la bomba atómica advirtiéndolo al enemigo que se acercaba habría podido alegar el tipo de responsabilidad humana que se esperaba que exhibiera Kraemer. La tarea inmediata de quienes crean una élite irresponsable es estabilizar la aceptación individual de su conciencia externa y la dirección de sus impulsos agresivos y resentidos contra el enemigo (la "figura paterna malvada"). Si este sistema se rompe, la fuerza paterna, orientadora, protectora e impulsora de la autoridad puede convertirse en el objeto de estos resentimientos. Tal cambio, si bien es el primer paso hacia un movimiento racional para desplazar o resistir al gobierno delincuente, es previsiblemente desagradable para quienes dependen del ejecutivo para llevar a cabo sus planes y fantasías⁵⁶.

3. Actitud de la psiquiatría social

Las sociedades jerarquizadas, entonces, han eliminado al menos uno de los obstáculos más importantes a la acción delictiva de los legisladores y los ejecutores, con la creación de

⁵⁶ Véase E. Simmel en S. Lorand, *Psychoanalysis Today*, Allen & Unwin, 1949.

una legislatura que puede promover sus fantasías sin presenciar sus efectos, y unos ejecutores que abdican de toda responsabilidad por lo que hacen en respuesta a órdenes superiores. El principal obstáculo residual a la delincuencia a gran escala es la supervivencia de los estándares individuales, que son cada vez más vulnerables a la propaganda y al impacto en una sociedad que tiene pocas oportunidades de socialización. Tenemos aquí la contraparte del cambio que se ha producido en el liderazgo y la selección, y los efectos de ambos procesos son aditivos. Si bien estos riesgos son reales, tenemos que enfrentarlos a la extrema vulnerabilidad de todo el aparato social del que dependen la resistencia individual y la pérdida de moral comunitaria. La fuerza de la maquinaria de represión es en gran medida una fachada, que impresiona al individuo principalmente porque la enfrenta solo, y los observadores políticos en las democracias sobrestiman uniformemente el poder del Estado para resistir los cambios en la opinión pública. Por lo tanto, al abordar la delincuencia social, la psiquiatría no debe temer que esté desafiando un proceso histórico inevitable.

En cualquier estudio psicológico del mundo actual, puede parecer que predominan los énfasis irracionales y destructivos. Hay, sin embargo, abundantes pruebas del dinamismo y la persistencia de la sociabilidad, de los impulsos individuales hacia la cooperación, la integración y la salud social. Las instituciones irracionales son seguras sólo mientras puedan satisfacer o desviar el lado constructivo del pensamiento y la actitud del público; una vez que las irracionalidades se detectan, incluso si no se comprenden conscientemente, como amenazas a la seguridad del hogar, la libertad personal o la

vida individual, el tejido de las instituciones se ve inmediatamente amenazado. Mientras la protesta adopte formas explícitamente políticas, dentro del mecanismo de la democracia, su poder de efectuar un cambio real está limitado por los factores que hemos discutido. Una vez que se manifiesta como resentimiento público, desilusión o desobediencia, y se hace suficientemente fuerte y resistente a la propaganda, el mecanismo de imposición, que está diseñado para coaccionar a los individuos activos en lugar de a las mayorías pasivas, se desarma en gran medida. Parece poco probable que algún gobierno existente en la actualidad pueda superar una pérdida de confianza tan generalizada en el país. En lo que respecta a los aspectos puramente destructivos de la revolución, el ídolo que, mediante el reclutamiento o la exhortación, puede reprimir a la oposición o acallar las dudas de un público para el que su deidad aún no es sospechosa, tiene pies de barro, una vez que su poder y su importancia se ve desafiada por las actitudes más que por los partidos. El grado de delincuencia social que es posible en cualquier sociedad, incluida la nuestra, es función del grado de aquiescencia que los delincuentes puedan conseguir de su público. Además del temperamento del público en general, la actitud de grupos específicos puede resultar una barrera decisiva para una política irracional. Los trabajadores científicos y técnicos ocupan una posición vital en la sociedad moderna, al igual que los grupos de trabajadores de servicios públicos en el transporte, la producción y la minería. La concepción de la huelga general, que jugó un papel importante en el pensamiento socialista temprano, era sociológicamente sólida. Su eficacia política se ha visto reducida más por el desarrollo del sindicalismo en un patrón jerarquizado similar y

aliado al del Estado, que por cualquier poder inherente de los gobiernos para hacer frente eficazmente al rechazo público. A medida que los estados modernos han intentado reforzar sus fuerzas policiales y militares mediante la selección y el adoctrinamiento, también han intentado extender garantías similares de lealtad a otros grupos. Este proceso es particularmente obvio en relación con la ciencia militar. Una salvaguardia importante contra las políticas nacionales delincuentes se pone en peligro cuando los trabajadores científicos consienten en externalizar su conciencia o cooperan con la autoridad en condiciones que están fuera de su propio control.

La sociología y la psiquiatría, dado que se ocupan específicamente de las sociedades y las actitudes humanas, tienen la obligación particular de escudriñar las condiciones en las que cooperan con la autoridad establecida. Bien podría sostenerse que los avances en la estructura de la sociedad dependen de la responsabilidad personal de los profesionales en estas materias más que de la de cualquier otro grupo. Si las ciencias sociales se convirtieran en una nueva arma de imposición, la oportunidad de la época actual bien podría haberse perdido por un período indefinido.

II. EL ESTADO Y EL COMPORTAMIENTO HUMANO

No hay leyes que vinculen sobre el tema de agredir a la persona o violar la conciencia.

BLACKSTONE

V. FUNCIONES DEL ESTADO

1. Concepciones de gobierno

Hemos crecido con el Estado. Ha existido en todas las sociedades occidentales civilizadas de las que tenemos conocimiento, y los intentos de descubrir el primer punto en el que apareció el gobierno en la sociedad humana nos llevan más allá del registro histórico y nos llevan a un campo de inferencias y conjeturas. De hecho, la búsqueda de tal comienzo plantea una pregunta que no estamos en condiciones de responder: las sociedades primitivas que existen con un mínimo de gobierno a menudo parecen representar una etapa alta de desarrollo en respuesta a las condiciones locales, más que una etapa en la evolución de sociedades más complicadas. Todavía no conocemos lo suficiente de la sociedad que existe entre los primates⁵⁷ para poder sacar conclusiones de su comportamiento, y es dudoso hasta qué punto las observaciones sobre animales inferiores nos ayudarían a comprender el comportamiento más complejo de los hombres.

Cada período de la historia ha tenido sus ideas características sobre la función del Estado. De hecho, estas teorías y sus

⁵⁷ Véase S. Zuckerman, *The Social Life of Monkeys and Apes* (Kegan Paul, 1932); GH Seward, *Sexo y orden social* (McGraw Hill, 1946).

consecuencias son la base de nuestra clasificación histórica. La institución precedió a los intentos de justificarla; muchas de estas teorías son las racionalizaciones de hombres que reconocieron su utilidad o no vieron forma de prescindir de sus defectos. El Estado los precedió, y ha alterado profundamente las opiniones. En nuestro siglo, ha emprendido un vasto campo nuevo de actividad organizativa y de planificación, y la teoría se ha expandido para acoger el cambio.

La mayoría de los filósofos del Estado han comenzado su argumento a partir de un hipotético "estado natural", sobre el cual se ha impuesto el gobierno con el crecimiento de la civilización. La filosofía del Estado precedió a la tradición cristiana, pero desde que la influencia de los filósofos griegos estuvo mucho tiempo sumergida y reapareció en el Renacimiento para moldear la democracia liberal moderna, el pensamiento político ha experimentado una serie de fluctuaciones basadas en su estimación del hombre. Lo que tiene en común la tradición democrática es su creencia de que el Estado es un mecanismo mediante el cual la conducta humana puede modificarse.

Los cambios en el pensamiento político son cambios en nuestras suposiciones sobre la naturaleza y los impulsos de los individuos. Para Hobbes, las culturas sin poder son impensables, porque la autoridad es la única garantía de seguridad. Para Locke, el hombre es social y posee una ética biológica instintiva, según la cual "nadie debe dañar a otro en su vida, salud, libertad o posesiones": hay aquellos en quienes este patrón es defectuoso, y el Estado es la unión de la mayoría sociable para reprimirlos. Así, en el estado natural, un hombre

adquiere un poder sobre otro... pero sólo para retribuir... en la medida en que la razón y la conciencia dicten lo que es proporcional a la transgresión⁵⁸. Para Rousseau, un intenso odio personal a la coerción y una profunda convicción de la bondad innata del hombre no eran motivos para rechazar el Estado, sino para distribuirlo por partes lo más ampliamente posible, si los hombres tienden a ser innatamente buenos, y han sido traicionados por aquellos a quienes, en su generosa inocencia, designaron para representarlos, entonces cuanto más amplia sea la participación en el gobierno, mayor será la protección de la comunidad contra los individuos anormales y agresivos –'Quien se niegue a obedecer la voluntad general será obligado a hacerlo por el conjunto'⁵⁹.

Estos tres filósofos han sido citados ampliamente en nuestro tiempo, aunque no todos por la misma gente. Hobbes, luchando con el eterno problema de cómo usar la fuerza para la preservación de la paz en lugar de la perpetuación de la guerra, tiende a ser citado por el político práctico que se enfrenta hoy al mismo problema en la mayor escala que este mundo puede proporcionar. Locke... es favorecido por los abogados; mientras que la pasión ardiente de Rousseau y las abstracciones metafísicas han hecho de sus resonantes epigramas y paradojas la inspiración a la vez del idealista social y de una escuela filosófica que ha tomado el mismo título⁶⁰.

58 Locke, *Second Treatise of Government*, citado por Ranyard West, *Conscience and Society*, 1942.

59 Rousseau, *Social Contract*, p. 18.

60 Ranyard West, *op. cit.*

Muy diferente es la vista de la ortodoxia católica, de que el hombre, después de haber rechazado el gobierno de Dios, necesita estar sujeto al gobierno del hombre, aunque sólo sea para mantener unida a la sociedad, mientras que el mayor drama de la vida humana, el ejercicio religioso, es realizado. Para ellos, el Estado, que tiene el derecho de alterar la conducta humana, excepto por la coerción más cruda, da lugar a la influencia de la Iglesia; los dos pueden cooperar, pero la autoridad civil no es más que el guardaespaldas de la Iglesia. Las leyes y las instituciones no pueden regenerar a quienes padecen enfermedades espirituales. Para Milton, en una tradición cristiana diferente, el Estado es designado por el individuo como un medio para asegurar su propia buena conducta, como el Dr. Johnson, quien por temor a la locura, tenía grilletes en su casa para que sus amigos pudieran evitar que hiciera travesuras.

Todas estas teorías, con sus elementos de verdad, han modificado las actitudes hacia el Estado y las formas de gobierno sin alterar radicalmente el tipo de actividad que el Estado de hecho realiza. Al estudiar las vidas de sus autores, podemos rastrear las fuentes de sus énfasis y conjeturas, pero sus puntos de vista sobre el hombre eran, en el fondo, puntos de vista conjeturales. Tenían un conocimiento limitado de las sociedades fuera de su propia tradición, compartían un acuerdo moral considerable que pertenecía a la costumbre intelectual de Europa y adoptaron una visión superficial de los motivos humanos. El hecho de que los individuos pudieran desear activamente el dolor, el castigo o dificultades infructuosas no era un concepto con el que estuvieran familiarizados.

En la actualidad estamos tratando con nuevas filosofías del Estado, pero la mayoría de ellas son, expansiones o combinaciones de las ideas expuestas por Hobbes, Locke y Rousseau, o por sus predecesores y sucesores. Ni el marxismo ni el fascismo aportan nada fundamentalmente nuevo a la controversia, por mucho que enfatizan el cambio en la forma y el alcance del Estado. Es dudoso que haya algo nuevo que agregar. La revolución en el pensamiento político no proviene de una nueva percepción de los problemas, sino del hecho de que se está haciendo posible verificar las diversas conjeturas que los pensadores más antiguos hicieron en su tratamiento del hombre. Aún no se vislumbra un acuerdo universal entre los psicólogos sobre el material fáctico, pero todo el tema ya ha pasado del campo de la mera opinión al campo de la investigación experimental.

El énfasis del público también ha cambiado. La opinión anterior se centraba principalmente en la ley y el gobierno para proteger las personas y su propiedad de los delincuentes individuales, privados o públicos. La opinión moderna muestra una creciente preocupación por la protección de las personas contra las actividades de los Estados. El individuo de hoy está mucho menos amenazado por el gangsterismo local que por la agresión, tiranía o supresión de derechos que realizan los gobiernos de otros países o del propio. La opinión pública británica tiene un *modus vivendi* de larga data con el poder, al que considera sin malicia ni entusiasmo, y nos resulta difícil ponernos en la piel de países menos seguros y más frecuentemente invadidos o dominados. Las denuncias al Estado en Inglaterra son generalmente denuncias a un partido en particular por parte de sus oponentes, y presuponen que,

siempre que los denunciantes estuviesen en el cargo, el Estado sería una institución beneficiosa. A pesar de este enfoque autocomplaciente, es difícil a la luz del conocimiento moderno mirar los procesos de gobierno democrático con tanto optimismo como lo hicieron nuestros padres. Desde que comenzamos a estudiar el Estado como parte de la sociedad, más que como una función teórica, no hemos podido excluir consideraciones de salud pública, tanto mental como física: el gobierno institucional hoy en día es parte de un patrón de centralización en todos los campos de la vida, y no hay base posible para la complacencia sobre el efecto total de este patrón. El tipo de progreso previsto por el anterior departamento liberal se basaba en factores tales como un electorado informado, la ausencia de graves trastornos sociales y mentales y el predominio de la razón sobre el prejuicio. Existe un motivo considerable para dudar de si los órdenes urbanos jerarquizados pueden cumplir estas condiciones a un nivel puramente biológico y físico. Incluso las facultades de la ley ortodoxa para reprimir el crimen se ven severamente probadas por una sociedad que ha logrado socavar las costumbres más antiguas sin proporcionar nada que las reemplace.

Al mismo tiempo, nuestro cuestionamiento de los supuestos que antes se hacían sobre la función del Estado se ha profundizado. Para los teóricos anteriores, los hombres eran codiciosos o violentos por naturaleza o por depravación moral. Nuestras ideas sobre la naturaleza humana se han vuelto mucho menos rígidas. Tanto la "moral" social como la irracionalidad parecen ser características integradas del Hombre como primate. Sabemos que en la mayoría de los casos de comportamiento antisocial, se pueden distinguir

trenes de causalidad inteligible. Cuanto más obvios se vuelven estos trenes de causalidad, más fuerte es la necesidad de reexaminar las actividades del Estado a la luz de sus supuestas funciones. ¿En qué medida los estados modernos conducen, de hecho, el comportamiento social? ¿En qué medida las leyes sirven, en realidad, para modificar la conducta humana? La estimación simple del gobierno como expresión de la voluntad general sobre el orden moral se ha visto materialmente sacudida por una serie de actos de delincuencia cometidos no por los individuos sino por estados ostensiblemente civilizados. La clara línea que divide la voluntad moral de la comunidad de las actividades prohibidas de los delincuentes no puede resistir el escrutinio de la psiquiatría moderna: tenemos demasiadas pruebas de la similitud entre procesos de conducta moral e inmoral, y de las tendencias para racionalizar nuestra conducta, para que cualquier simple estimación sea posible.

2. La coerción como fuerza socializadora

Parte de nuestra tradición política es la creencia de que si cualquier tipo de conducta resulta indeseable, puede eliminarse, o al menos prevenirse eficazmente, mediante una prohibición legal. La razón por la que tenemos menos asesinatos que, por ejemplo, Córcega, o menos prostitución que Francia o Japón, radica en el hecho de que tenemos mejores leyes. Sorprendentemente, hay poca evidencia que apoye este punto de vista. En primer lugar, la historia está llena

de intentos infructuosos de reprimir por ley determinadas formas de conducta. Con un incentivo suficiente, y sin una condena pública de la actuación prohibida, la severidad de la pena tiene poco que ver con el resultado de tales intentos. Las leyes que van en contra de las normas públicas aceptadas, o que prohíben acciones que el público considera neutrales, casi nunca se pueden hacer cumplir. La ley, al parecer, sólo es eficaz para complementar las costumbres de la comunidad en la que existe, no para formarlas. Kinsey y otros⁶¹ han declarado que, según la legislación estadounidense vigente, uno de cada tres ciudadanos varones podría ser encarcelado por su conducta sexual, si se detectara y enjuiciara cada violación. Por regla general, las leyes sólo reprimen el crimen si pueden hacerlo reprimiendo a los criminales; la supresión del gangsterismo en Estados Unidos fue posible en gran parte porque las condiciones sociales que produjeron la oferta de gánsters dejaron de repetirse. Es sumamente difícil estimar hasta qué punto el miedo al castigo impide que las personas cometan delitos; en muchos casos parece más bien modificar la forma de la actividad antisocial que se elige. En segundo lugar, el crecimiento de la autoridad y eficacia del Estado en muchos órdenes ha sido superado por el crecimiento del crimen individual. Con la eliminación del escrutinio público y las costumbres locales que acompañaron el crecimiento de las comunidades urbanas industriales, es casi seguro que ha disminuido el número de individuos cuya conciencia social es lo suficientemente fuerte como para ser complementada efectivamente por la ley. Al mismo tiempo, un enorme crecimiento del número de leyes administrativas ha producido

61 Kinsey, Pomeroy & Martin, *Sexual behavior of the human male*, 1948.

innumerables delitos que no tienen base en los estándares cotidianos. El estigma público del enjuiciamiento se ha reducido. En estas grandes comunidades es muy dudoso que los cambios en las instituciones puedan alguna vez alterar efectivamente el patrón de los acontecimientos. La historia y la conducta están tan influenciadas por fuerzas biológicas y sociales que su progreso está cada vez más fuera de control en lo que respecta a los legisladores. Las leyes más antiguas cristalizaban hasta cierto punto la voluntad del público en general: las leyes modernas son menos capaces de hacerlo, ya que la voluntad pública está menos definida y las oportunidades para expresarla socialmente son reducidas. Por primera vez en la historia, las leyes son efectivamente "hechas" por el Estado, sin provocar ninguna respuesta marcada en los estándares internos del individuo.

Cuando consideramos las acciones delictivas del propio Estado, los 'crímenes de guerra' con los que estamos familiarizados, la tradición liberal se dirige naturalmente a una nueva aplicación del método que defendía en los asuntos locales: los gobiernos deben ser puestos bajo el control y la coerción de otro gobierno, el gobierno mundial, que puede prevenir su mala conducta como el Estado local previene el crimen. Este intento de llevar el patrón de jerarquización un paso más allá no inspira confianza alguna a la luz de nuestro estudio de los mecanismos que determinan la conducta. Cuanto mayor sea el grado de poder y más amplia la brecha entre gobernantes y gobernados, mayor será el atractivo del cargo para aquellos que probablemente abusarán de él, y menor será la respuesta que se puede esperar del individuo. Los supergobiernos han tenido éxito, como lo tuvo la Iglesia

romana durante un tiempo, cuando podían apelar directamente a las costumbres del público. El sentido público social que trasciende las fronteras es un hecho y persiste, pero hasta ahora no ha logrado contener a los gobiernos locales de acciones agresivas. ¿Quién va a reprimir a la autoridad mundial cuando también caiga en las manos equivocadas?

El posible papel de las máquinas informáticas que emiten juicios reemplazando a la autoridad política es una idea menos alarmante y menos tonta de lo que parece a primera vista. Una de las principales funciones del gobierno y la administración es la vinculación del juicio con la comunicación: esta es la función ejercida por un policía cuando dirige el tráfico –sin su intervención para decidir arbitrariamente qué vehículos deben moverse en primer lugar, no existe una forma efectiva en la que los conductores pueden coordinar sus intenciones, sin salir y formar un comité. Si consideramos que los policías son susceptibles, por la autoridad que se les confiere, de volverse demasiado grandes para sus botas, podemos sustituirlos por un dispositivo de juicio, por un semáforo, que incluso puede tomar el número de licencia de quienes infringen sus órdenes, y que no puede ser sobornado o inducido por sus defectos de personalidad a abusar de su cargo. Recurrimos a la ley porque aceptamos que en la mayoría de los contextos nadie es un juez adecuado para su propio caso: por la misma razón, nuestros empleadores usan un dispositivo mecánico para verificar nuestra estimación sesgada de la hora en que comenzamos a trabajar, aunque aún no hemos llegado a conseguir un dispositivo similar para verificar la estimación sesgada de nuestros empleadores sobre los salarios que pueden pagarnos.

Los dispositivos informáticos son capaces, en teoría, tanto de establecer políticas –la conveniencia de cerrar una fábrica por redundante– como de arbitrar; y siempre que las instrucciones que se les den sean justas, lo harán justamente. De hecho, podrían operar como constituciones mecánicas. El inconveniente de la mayoría de las constituciones escritas existentes es que siempre son eludidas por aquellos "animales que son más iguales que los demás". Las Constituciones de los Estados Unidos o la URSS, si realmente se pusieran en práctica, darían una apariencia muy plausible de justicia pública. Una computadora que implementara la Constitución de las Naciones Unidas y la Declaración de Derechos Humanos, cortando la electricidad de los estados transgresores, mejoraría enormemente la conducta de los gobiernos existentes. Estas ideas están más cerca de la sátira que de la posibilidad, pero no pueden descartarse por completo. Las políticas que se establecen ostensiblemente de acuerdo con una teoría ideológica ya están de hecho determinadas, en gran medida, por los resultados de dicha programación, que ni siquiera los actores de la fantasía pueden ignorar por completo, y el principio de reemplazar el juicio por la computación en los casos en que esté sujeto a grandes sesgos personales es válido, y lo escucharemos más.

Tenemos que reconocer que el gobierno psicopático es una consecuencia básicamente normal de la ansiedad pública actual. También es el interés creado más importante en la continuación de la centralización. Si la conducta individual debe ser regulada principalmente por leyes e instituciones, el orden centralizado es abrumadoramente superior a los patrones menos unificados. El fracaso del Estado en

desaparecer está implícito en sus supuestos. El aspecto organizativo de su trabajo se confunde cada vez más profundamente con lo represivo y lo regulativo. El crecimiento de un público asocial, que depende de una dirección central para realizar los estándares de los que carece, asegura que nunca será el momento oportuno para que el público en general regrese a sus funciones. La tentación es aguantar un poco más, centralizar aún más, aunque solo sea para salvar la situación inmediata. Incluso cuando los descubrimientos en sociología entran en contacto con la legislatura, su implementación es algo que debe posponerse hasta "después de la victoria final" o "después del final de la emergencia". Las culturas que gravitan hacia una emergencia crónica pueden posponerlas indefinidamente. El momento de la revolución nunca está maduro.

VI. EL PODER Y LA NATURALEZA HUMANA

1. Normalidad

Al decidir sobre la 'normalidad' o no del deseo de poder, corremos el riesgo de involucrarnos en una discusión similar a la del 'estado natural'; la normalidad viene a implicar fácilmente el patrón de conducta que encuentra la aprobación del psiquiatra. Utilizando un argumento similar sobre la "normalidad" de varias formas de conducta sexual, rápidamente se hace evidente que los promedios estadísticos no son comentarios sobre la conveniencia de un patrón de conducta dado. Si por normalidad entendemos lo mismo que el médico entiende por la palabra "salud", tenemos que darle algún significado de función óptima. El significado de "óptimo", a su vez, depende de nuestros estándares. El ciudadano estadísticamente normal de las culturas contemporáneas sufre un estado de ansiedad que no es en ningún sentido "óptimo". Al discutir el abuso de poder, tenemos ciertos estándares implícitos en la discusión: "normalidad" es el estatus de la sociedad, vista por sus miembros individuales, que encuentra la menor cantidad de tensiones destructivas y que funciona de la manera más satisfactoria para sus miembros. Este tipo de utilitarismo se basa en una visión bastante más amplia que la

del mayor bien inmediato para el mayor número: toma en consideración la realización de las potencialidades humanas como un todo, así como el crecimiento del control humano sobre el universo y sobre los asuntos humanos. Al plantear estas preguntas, debemos tener claro en nuestras mentes exactamente qué preguntas se están haciendo. Hasta cierto punto, podemos responder a la disputa sobre el estado "natural" del hombre señalando sociedades que parecen funcionar con un mínimo de fricción y de agresión, así como el tipo de salud altamente "antinatural" de inmunidad a las enfermedades epidémicas que existe en las culturas científicas.

La mejor imagen que podemos obtener de la condición humana, vista por la ciencia, se remonta en esencia a Hobbes. La vida humana, que, frente al universo físico, es indiscutiblemente 'solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta' evoca los poderes humanos de adaptación para hacerla sociable, cómoda, segura, culta y larga. El hombre aplica su inteligencia para lograr el equilibrio con su entorno, no abandonando sus valores sino modificando el entorno. Esta aplicación da a toda la ciencia, incluida la psiquiatría y la medicina social, sus términos de referencia. A diferencia de las culturas religiosas anteriores, estamos en condiciones de hacer de la vida misma y de la humanidad los principales estándares de referencia. Si se argumenta que la mortalidad humana y la escala de magnitud del universo hacen que las aspiraciones humanas a la seguridad y el logro sean irrealizables, solo podemos responder que la expectativa normal de vida no afecta significativamente nuestro uso del término 'salud' en medicina como un objetivo que hay que perseguir si no se

alcanza, y que todavía no es posible clasificar ningún logro físico como permanentemente fuera del alcance de la ciencia.

2. Sociología del poder

La aparición del gobierno organizado en las sociedades primitivas se ha relacionado con el auge de la caza como actividad grupal y con la aparición de la propiedad privada. Es casi seguro que esté relacionado con el desarrollo de la guerra organizada. Una observación más interesante es la aparición paralela de un gobierno organizado y de patrones de comportamiento antisociales⁶². Esto se puede interpretar de dos maneras: si el Estado es el intento de la comunidad de protegerse contra el desorden social y la desintegración, su surgimiento puede considerarse como una respuesta a nuevas tensiones y al colapso de formas más antiguas y simples de ajuste individual. Sin embargo, también es posible que los factores de estrés que produjeron la oferta de delincuentes proporcionen la oferta de buscadores de poder.

Desafortunadamente, no se dispone de información definitiva sobre el número relativo de anormales en la sociedad primitiva y moderna. El porcentaje puede haber sido menor entre los pueblos que vivían en la cultura de la caza, porque era un tipo de sociedad en la que los seres

62 WF Ogburn y MF Nimkoff, *A Handbook of Sociology* (Kegan Paul, Londres, 1947). Véase también RH Lowie, *Origin of the State*.

humanos habían vivido durante cientos de miles de años y, por lo tanto, probablemente habían logrado un ajuste bastante satisfactorio... las anomalías que permanecen no pueden considerarse problemas o amenazas. Cabe señalar que las religiones de muchos grupos son tales que socializan la conducta de aquellos que parecen tener tendencias neuróticas⁶³.

Aún no se puede establecer un paralelo cercano entre la imagen del ascenso del gobierno que derivamos de la antropología social y la de los orígenes del deseo de poder que derivamos del psicoanálisis. Parece probable que en el momento en que cualquier cultura deja de ser capaz de absorber a sus propios miembros anormales, la demanda de coacción aparece de la mano con la aparición de individuos que desean coaccionar.

Existe una gran cantidad de evidencia de que en culturas donde la tarea principal se asemeja a la de la ciencia, en mantener la vida y la sociedad frente a las dificultades externas, la competencia por el poder representa una parte extremadamente pequeña de la energía total de los individuos. Este tipo de cohesión frente a una amenaza externa se produce en nuestra propia sociedad. El deseo de aprobación y amor también es demostrablemente una parte fundamental de la estructura de los individuos. Desempeña un papel importante en la determinación de los intentos deliberados de asegurar el estatus. Los límites que determinan su expresión se basan en la tarea autoproclamada de la cultura en cuestión, tal como se

63 WF Ogburn y MF Nimkoff, *op. cit.*

materializa en sus estándares. El guerrero es una figura admirada para las tribus belicosas y el ladrón hábil para las comunidades de cuatrerros. En una evaluación completamente superficial de los motivos, muchas formas de delincuencia son medios indirectos de asegurarse el tipo de la aprobación que el individuo desea; allí donde la sociedad, o la propia actitud del individuo la niegan, el dinero puede comprarla o la posición imponerla. La explicación psicoanalítica de la sociedad comienza llamando la atención sobre el hecho de que es en la aprobación o desaprobación de nuestros padres con quienes primero experimentamos este deseo básico. La principal contribución de Freud a la teoría de la sociedad fue mostrar la interacción entre este deseo y el desarrollo sexual igualmente fundamental en el individuo. A lo largo de la vida, los dos son paralelos, y la distinción es aún menos clara en la niñez, cuando la sexualidad no está ligada al patrón específico del comportamiento reproductivo adulto. En la mayoría de las sociedades humanas, como en las de algunos animales superiores, el padre tiende a ocupar una posición especial como fuente de aprobación, administrador de recompensas y castigos, y fuente alternativa de placer y frustración. Él es alternativamente admirado como modelo de fuerza, sabiduría y éxito, y resentido como objeto de celos y barrera para las ambiciones sexuales y no sexuales del niño. Hasta donde podemos suponer, las primeras formas de jerarquía social bien pueden haber sido una familia de familias basadas en la posición dinámica de la paternidad.

Las sorprendentes diferencias entre las culturas "centradas en el poder" y las "centradas en la vida" son muy análogas a las diferencias entre los individuos que buscan el poder y los que

buscan la vida. Casi toda la evidencia existente sugiere que la visión psicoanalítica de tales diferencias, que las atribuye a la identificación con uno u otro padre, tiene un valor generalizado en la interpretación de la conducta tanto cultural como individual. En los casos más típicos, la sociedad "patriforme", basada en los celos del padre, concentra sus prohibiciones en el sexo y la desobediencia a la autoridad; la "matriforme" contra las acciones que amenazan el suministro de alimentos⁶⁴. Tanto las sociedades civilizadas como las primitivas son fácilmente divisibles entre estos dos tipos: entre los grupos políticos modernos aparecen ocasionalmente sociedades "patriformes" clásicas, en las que la muerte o la castración son castigos típicos y la posición de la mujer disminuye. La Alemania nazi fue un ejemplo de ello. Con el crecimiento de la centralización, sin embargo, posiblemente sea más exacto describir las sociedades modernas como efectuando una división entre individuos 'patriformes', que gravitan hacia el gobierno y la imposición, y los individuos 'matriformes' que ingresan a campos donde la cooperación, la producción, y la creación son más importantes que el mando, la prohibición y la coerción⁶⁵. Parece que hay una gran cantidad de pruebas, tanto de la sociología como de la psiquiatría, de la opinión de que el gobierno moderno puede seleccionar una sección particular e inadaptada de la comunidad para reclutar a sus miembros.

64 El trabajo detallado de Mead (M. Mead, *Co-operation and Competition Among Primitive Peoples*, McGraw Hill, Nueva York, 1937), deja claro que es posible una clasificación mucho más complicada de los tipos de sociedades primitivas, pero la distinción entre las culturas centradas en el poder y las centradas en la vida y los elementos culturales es identificable en casi todas las sociedades primitivas.

65 Véase JC Flugel, *Man, Morals and Society*, 1945.

La cantidad de contenido sexual que encontremos en las actitudes infantiles dependerá en cierta medida de nuestra definición de sexualidad. El intento de expresar toda la psicología dinámica en términos de la situación edípica es probablemente una simplificación excesiva, aunque la parte simbólica de esta situación (miedo a la castración, ansiedad por el dimorfismo sexual) ciertamente parece ser la influencia individual más importante para moldear los patrones de pensamiento en la mayoría de las sociedades humanas, y la evidencia de la literatura y la religión parecen fuertemente a favor de Róheim y contra Malinowski⁶⁶ en este asunto. Sin embargo, es demostrablemente cierto que los estándares sociales se derivan directamente del ejemplo de los padres, y que la "conciencia" se forma, al menos en el contenido, por estos estándares junto con el deseo de obtener aprobación. El sentido social independiente no surge por completo hasta la adolescencia temprana, momento en el cual la actitud del niño hacia sus semejantes ya está fijada en gran medida en términos de su actitud hacia el padre. El deseo de poder parece ser, en muchos casos, un intento de establecer el tipo de estatus que tenía el padre y que el niño admiraba o envidiaba. El deseo de obedecer es casi un componente igual de la pauta política, y esto, a su vez, puede considerarse como una transferencia a la vida adulta de un anhelo por la seguridad de la guardería con sus estándares externos.

66 Géza Róheim fue un antropólogo y psicoanalista húngaro que aplicó al folklore los planteamientos de Freud partiendo del supuesto de que los mitos y leyendas pueden interpretarse con la misma metodología que los sueños.

Bronislaw Malinowski fue el fundador de la antropología social británica a partir de la renovación metodológica basada en la experiencia personal del trabajo de campo, y en la consideración funcional de la cultura.

La agresión, otro componente de la delincuencia adulta, no es en modo alguno un elemento anormal o necesariamente indeseable. La humanidad se mantiene mediante una actitud "agresiva" hacia su "entorno", es decir, aquello que está fuera de su propia imagen corporal; la agresión interpersonal en su sentido más habitual es en raíz un deseo de reconocer y ser reconocido para evitar ser ignorado o aislado. En esta medida, al menos, "el odio es el precursor del amor". El sadismo en su sentido técnico se basa con toda probabilidad en un impulso primario de los mamíferos, en el que se combinan elementos de agresión, la búsqueda de relaciones dinámicas y el deseo de perseguir y capturar o de una fuerte estimulación de la piel durante el apareamiento. El tipo de sadismo que se presenta en la discusión de las atrocidades políticas y militares implica la apropiación de este conjunto de reacciones por un mecanismo neurótico: el deseo de infligir sufrimiento como medio o sustituto de la normalidad sexual y socio-sexual; relaciones transferidas, en este caso, lejos de toda relevancia genital.

Freud consideraba el sadismo como un impulso primario que se convierte en masoquismo, el deseo de sufrir o de someterse, solo donde provoca una reacción de culpabilidad en el sujeto. El estudio de la agresión en la sociedad apunta algunas dificultades de este punto de vista: el deseo de sufrir es probablemente más fundamental para el individuo de lo que el propio Freud sospechaba. Freud ciertamente reconoció la "disposición a sufrir dolor en la ruta tortuosa hacia el placer" que contribuye a muchos de los patrones más complicados de conducta que confunden las teorías simples de la historia social humana con una búsqueda de la felicidad.

De todo esto, la mayoría de los intentos de identificar los componentes del 'deseo de poder' se han concentrado en

(1) patrones simples de dominio;

(2) autoidentificación con el padre coercitivo y deseo de imitar su estatus;

(3) el poder como un sustituto sexual, o como una forma de compensación por no asegurar el estatus y el afecto en otra parte;

(4) la actitud de las sociedades que ofrecen el poder político como una actividad legítima y aprobada.

Esto conlleva su propia plática con el deseo de obediencia:

(1) como aceptación del dominio de otros;

(2) como una perpetuación de la conducta infantil y el deseo de seguridad del estatus a través de la sumisión;

(3) como medio de reconciliar el sadismo con la desaprobación y la resistencia que evoca;

(4) como un deber positivo, inculcado por la tradición.

Adler parece tratar el comportamiento de dominación como un "impulso" primario; esto no es necesariamente

incompatible con la hipótesis de Freud de que se exhibe originalmente en contextos sexuales del niño que él moldea. Los estudios posfreudianos de Klein sobre bebés sugieren que la voluntad de moldear su entorno y el comportamiento de los demás de manera agresiva aparecen muy por delante del pensamiento conceptual y están acompañados por el miedo a hacerlo con demasiado éxito. Los patrones de conducta a los que dan lugar estos procesos en los adultos son, en todo caso, irracionales. Cualquier intento de aplicar ideas rígidas de "normalidad" a estos patrones se topa con dificultades inmediatas, ya sea que lo normal implique predominio o conveniencia. Los patrones de dominación aparentemente son separables de todos los tipos de relaciones en hombres y animales, y el poder político solo explica algunos de ellos. La identificación con el padre también es, en esencia, un patrón normal; la deficiencia moral en diversas formas parece estar asociada con una ausencia de seguridad en el hogar, y parece que los énfasis anormales y dañinos solo ocurren cuando el elemento de coerción y fuerza en el padre es excesivamente prominente: la identificación en este caso puede tomar forma de rebelión o de un deseo imperioso de infligir a otros el tipo de autoritarismo del propio padre. En esta medida, las sociedades "patrifórmes" coercitivas perpetúan su estructura mediante relaciones familiares represivas. La asociación de la conducta que inflige coerción y dolor con la sexualidad es sin duda una neurosis en sus manifestaciones sociales.

Si definimos una neurosis como la repetición fija de una conducta inapropiada en respuesta a un conflicto, es una que la retención de las salidas sexuales en nuestra propia sociedad parece propagar. El énfasis en la sociedad centralizada que

juega el papel más importante en la producción de militantes tiranías políticas es probablemente el deseo de una continuación de la conciencia exterior, parental, en la vida adulta.

La tensión de la dependencia del juicio individual y la falta de estatus que el adulto siente en la vida asocial jerarquizada son causas prominentes de la obediencia ilimitada y masoquista que exige el fascismo y que la democracia puede ocasionalmente obtener⁶⁷. La obediencia en las sociedades modernas es más a menudo un vicio espantoso que una virtud cristiana.

Lo sorprendente de estos elementos en el comportamiento social es que cuanto mejor es el ajuste individual, más fácilmente se absorben los patrones de vida ordinarios y menos incentivos quedan para convertirlos en la base de un impulso dominante para regular el comportamiento de los demás.

La conexión más cercana entre el poder y la anormalidad se encuentra en la naturaleza esencialmente improductiva y poco creativa del impulso de regular mediante la prohibición. Este impulso es casi siempre la expresión de una adaptación fallida, más que exitosa. Tratamos de prohibir estas cosas que nos inspiran sentimientos de culpa, resentimiento o celos: la prohibición sustituye la participación. La prohibición de la indecencia es una reserva de aquellos para quienes la experiencia sexual es una fuente de culpa y disgusto: la prohibición de la riqueza puede representar la reacción del

⁶⁷ Véase E. Fromm, *The Fear of Freedom*, 1940.

hombre que ha sido privado de bienes e insultado por los poseedores. Hasta cierto punto, la prohibición de la delincuencia es la reacción de quienes tienen una identidad enraizada con el delincuente. Como el Dr. Johnson, están forjando sus propios grilletes.

La concepción optimista de la "naturaleza humana" en psiquiatría, en la medida en que está unida y articulada, ha sido bien planteada por Fleming:

El problema del educador no es tanto el de 'entrenamiento' hacia la iniciativa, la honestidad, y la sinceridad emocional como favorecer oportunidades para que estos atributos se revelen por sí mismos. El niño, el adolescente o el adulto no es simplemente un "salvaje" o una "bestia" cuyos impulsos antisociales hacia la autoafirmación, la crueldad o la codicia requieren ser refrenados; sino un ser humano, de naturaleza social ("un hijo de Dios"), que es capaz de hacer tanto el bien como el mal, pero que sólo puede encontrar satisfacción en el "bien". En una atmósfera de frustración, agresión, desánimo y negligencia, parecerá agresivo, cruel, antisocial e inhibido; pero la eliminación de tales influencias resultará en la revelación de una nueva criatura.

En los últimos veinte años se han recopilado abundantes pruebas en este sentido a partir de experimentos sobre el tratamiento situacional de niños problemáticos y (más recientemente) de la observación de la reeducación de la juventud nazificada y la rehabilitación de prisioneros de guerra neuróticos. Los seres humanos son sociales. Ellos

necesitan dar afecto, ejercitar la responsabilidad, y adquirir conocimiento; y ante la ausencia de frustraciones impuestas y con la presencia complementaria del afecto, la confianza y el ánimo paciente de grupos amistosos y receptivos, se ha observado que han alcanzado virtudes sociales cuyo florecimiento parecía imposible bajo otros tipos de educación⁶⁸.

He dicho en otra parte (*Nature of Human Nature*, Weidenfeld, 1966) que el hombre, en términos de primates, no es tanto un animal social propenso a ataques de agresión irracional como un animal irracionalmente agresivo capaz de ataques de sociabilidad. Sin embargo, esto hace poca diferencia con el hecho de que el cultivo de estos poderes sociales (que son básicos para los primates, ya que la agresión irracional parece ser exclusivamente humana) depende del tipo de enfoque que sugiere Fleming. Convertir la reforma de las costumbres en sí misma en un vehículo de agresión es inútil y perjudicial.

La violencia del contraste entre esta visión y la idea del gobierno como un peso situado sobre los impulsos delincuentes humanos para contenerlos no se suaviza por la estrecha conexión entre el estímulo administrativo de grandes agregados jerarquizados y la negación de precisamente esas condiciones de desarrollo social y personal que defiende este moderno cuerpo de experiencia. La sociedad jerarquizada no proporciona estas condiciones ni a los gobernantes ni a los gobernados, y las reacciones de ambos se combinan para

68 Fleming, *Adolescence*, pág. 210, 1948, Routledge y Kegan Paul.

amenazar con su colapso violento. La política en este contexto se ve menos como una actividad delictiva de individuos borrachos de poder –el estereotipo que atrae al revolucionario profesional cuando está fuera del despacho – que como una actividad que no es rentable en sí misma, ya que sus presupuestos contradicen sus propósitos. Casi todos sus remedios agravan el tipo de comportamiento que pretenden eliminar. Los elementos adictivos en los cargos políticos, que Acton reconoció, bien podrían hacer que la sociología científica no esté dispuesta a dar más que un apoyo cauteloso a las medidas de descentralización que implican la elección de individuos para cargos públicos. Prefiere tratar directamente con el individuo, a través de la educación y la creación de comunidades experimentales que cumplan los requisitos establecidos por el estudio científico.

VII. REMEDIOS

1. Revolución

Esta es una época de revolucionarios desanimados. El patrón del siglo XIX de violentos cambios sociales desde abajo exige la atención total de los sociólogos serios sólo en aquellos países que quedaron rezagados en el patrón de centralización: los estados balcánicos, España e Italia, los estados comunistas y los movimientos nacionalistas emergentes del Este. La revolución en su significado original liberal y radical es una revolución en favor de la centralización, más que en contra. Asume todos los supuestos sobre la función del Estado existentes en la tradición parlamentaria; de hecho, su objeto es la captura de las instituciones para reparar agravios.

Parte del desconcierto de los cuerpos revolucionarios ingleses de todas las complejidades proviene de la apreciación de que la noción del siglo XIX de un dique en masa contra los opresores de clase tenía poca realidad: las revoluciones que han tenido éxito se han organizado invariablemente en torno a un gobierno rival, un Órgano directivo estrechamente unido que ha dependido del sentimiento popular para su apoyo, pero que se ha preocupado principalmente de hacerse cargo del mecanismo legislativo y ejecutivo existente. Otro factor desfavorable es que el inevitable avance de la población

urbana hacia la insurrección descontenta, previsto por los primeros socialistas, se ha detenido decisivamente en algunas sociedades por la paliación de las peores características del industrialismo y un marcado aumento del confort material. La sociedad jerarquizada ya no proporciona invariablemente un proletariado revolucionario militante. La principal amenaza a esta estabilidad superficial proviene de la oscilación de auge a recesión de las economías, pero las manifestaciones de descontento, cuando aparecen, son dirigidas por toda la vida social urbana hacia canales que conducen a agravamientos del patrón de economía centralizada. Si los gobiernos demócratas están violentamente postrados en estas condiciones, es más por las formas extremas de jerarquía basadas en las exageraciones de sus propias actitudes irracionales –fascismo, nazismo, o comunismo totalitario⁶⁹. La revolución en estas condiciones es generalmente una estabilización final del patrón de la economía de guerra permanente como solución a las dificultades pendientes. Al igual que la guerra, obtiene su apoyo creando un sentido de propósito cívico y dirigiendo la atención a enemigos estereotipados. La primera tarea de cualquier administración revolucionaria es asegurar que el cambio de control no trastorne seriamente el funcionamiento detallado de la comunidad; la segunda es proveerse de un cuerpo de represión capaz de interponerse entre ella y el público en general.

69 Las referencias a la 'centralización', cuando se aplican al comunismo ruso, ahora me parecen demasiado simplificadas, ya que esto implica una mezcla mucho más compleja de tendencias centralizadoras y descentralizadoras de lo que pensaba anteriormente: el punto principal sigue siendo justo, sin embargo, y no lo he alterado.

De los movimientos revolucionarios en Europa, solo los anarquistas difieren de las ideas preconcebidas de la función estatal que defienden los gobiernos existentes. Los primeros teóricos del anarquismo, como William Godwin y Kropotkin, anticipan con entusiasmo los hallazgos de la sociología en su estimación del comportamiento humano y los medios para modificar la conducta. La singularidad de la sugerencia de Godwin de que un individuo libre no debería dignarse tocar en una orquesta con director es menos obvia si la expresamos en términos de la restricción del arte a los profesionales, que es uno de los muchos tipos indirectos de vida en la sociedad moderna. Godwin no previó la amplia disponibilidad de este tipo de arte centralizado que la tecnología ha proporcionado, y podría no haber aceptado su valor si lo hubiera previsto. Kropotkin influyó profundamente en la biología humana con su teoría de la ayuda mutua, propuesta como contraataque a las conclusiones extraídas por las clases dominantes de la "lucha por la existencia" darwiniana. Fue uno de los primeros estudiosos sistemáticos de las comunidades animales y puede ser considerado el fundador de la ecología social moderna.

La tendencia actual y visible hacia la organización centralizada como requisito para el progreso tecnológico ponía la balanza fuertemente en contra del ala anarquista del movimiento radical. Como movimiento de masas potencial, el anarquismo conservó su fuerza solo en España, donde se estableció una comunidad anarquista durante la Guerra Civil, y en Italia. Conserva sus planteamientos clásicos del siglo XIX sólo en culturas donde el industrialismo no interrumpió por completo el patrón de la vida rural comunal, y donde la idea de

la autosuficiencia local nunca ha parecido quimérica o retrógrada.

Las fuerzas que moldean al revolucionario individual son al menos tan complejas como las que moldean a los gobiernos. Los psicópatas ansiosos de poder, los esquizofrénicos y los teóricos que se refugian en esquemas utópicos, algunos al menos, son personas que, en un contexto diferente, podrían convertirse en gobernantes institucionales. Flügel⁷⁰ ha resumido el papel de las reacciones a la autoridad parental en la producción de personas de este tipo.

Sin embargo, es tan infundado identificar todo pensamiento revolucionario con psicopatía como detectar signos de locura en todos los gobernantes institucionales. Las actitudes irracionales que surjan en el curso de las revoluciones son evocadas por defectos reales de la sociedad. La psiquiatría que identifica a todo descontento con la sociedad como una manifestación de mala salud, reclamando un "reajuste", niega su propia vocación. Sugerencias de que las clases trabajadoras golpean más que las profesionales debido a una disciplina parental más brutal en sus hogares⁷¹ o que 'agitadores, objetores de conciencia, fanáticos, publicistas y chiflados'⁷² caen automáticamente en la clase de antisociales psicópatas inalterables, manifiestan una insensibilidad a las realidades que la psiquiatría no puede permitirse. Todas las actividades humanas tienen connotaciones si no orígenes inconscientes. Lo que importa es nuestra capacidad para compararlos con

70 JC Flügel, *El estudio psicoanalítico de la familia*, 1938.

71 C. Burt, citado por Flügel, *op. cit.*

72 HS Hulbert, citado por Norwood East, *op. cit.*

precisión con la realidad. Podemos permitir al menos tanto reconocimiento de la parte de los procesos inconscientes en la psicología de la agitación social como en la psicología del gobierno sin perder de vista el hecho de que el mérito de la adaptación depende de las circunstancias a las que se le pide al paciente que se adapte. La redirección de los impulsos agresivos producidos por la vida asocial contra el patrón de la asocialidad, más que contra los estereotipos externos, no es más que la contraparte del mecanismo por el cual la humanidad ha superado la viruela y el cólera, y es una salida eminentemente aceptable para tales impulsos, siempre que tome la forma de desobediencia racional y plenamente consciente de individuos inteligentes hacia instituciones irresponsables. Que el material de tal revolución existe es evidente en la práctica clínica. Siempre que el psicólogo social señala al individuo las razones de su incapacidad para encontrar satisfacción en los patrones sociales existentes, está realizando una obra de subversión obligatoria y enteramente necesaria.

Encontramos las obligaciones revolucionarias de la psiquiatría más fáciles de aceptar en el contexto del fascismo o el comunismo que en nuestro propio sistema. Pocos, si es que hay alguno, psicoterapeutas desearían 'reajustar' al SS o al líder del comando de la muerte a su ocupación. Tanto la ciencia como el público de órdenes jerarquizados subestiman su propio poder para frenar la delincuencia grupal mediante la acción individual. En repetidas ocasiones se ha sugerido que la concentración del poder militar en manos del Estado imposibilita la resistencia efectiva. En términos de la fantasía accionista de los radicales del siglo XIX, esto es

indudablemente cierto, pero el estado de guerra centralizado es probablemente más vulnerable a la desobediencia individual que cualquier tipo de cultura anterior, debido a su dependencia de la tecnología y la aquiescencia. Hemos visto el precario equilibrio que mantienen esos estados cuando se involucran en guerras o persecuciones civiles. Las guerras defensivas y ofensivas llevadas a cabo por estados grandes, por medio de ejércitos civiles, están totalmente a merced de la moral individual, y las potencias militares dedican una inmensa energía a su mantenimiento. La amenaza de dominación por parte de enemigos externos ha contribuido en gran medida a ocultar el hecho de que la guerra defensiva es en sí misma una elección gubernamental consciente: la legislatura que tiene que enfrentarse a un público completamente poco confiable es probable que muestre una cautela diplomática similar a la de los estados que no poseen una posibilidad razonable de resistir la agresión con armas. En las condiciones actuales, donde la guerra tanto defensiva como ofensiva es incompatible con la supervivencia individual y nacional, tal actitud puede considerarse como una valiosa salvaguardia.

Las campañas de públicos no organizados, contra el estalinismo en Europa del Este, contra la persecución racial en Sudáfrica, contra las armas nucleares en Gran Bretaña y Alemania Occidental, se están convirtiendo en una característica cada vez más extendida de la época. Se trata de movimientos *ad hoc*, con poco o ningún "liderazgo", a menudo fuertemente antipolíticos y que se expresan en desobediencia directa, de un tipo que los líderes políticos de los partidos no pueden explotar en su propio interés o hacerlos inofensivos. De hecho, son parte de una reacción confluyente, contra el

abuso de poder, por parte de personas que se han dado cuenta de que sus vidas están amenazadas por la existencia de delincuentes en el poder. En esta situación, incluso los acérrimos antagonistas de la Guerra Fría, los líderes políticos de los estados comunistas y anticomunistas, están comenzando a reconocer una interdependencia mutua: tienen un interés común en prevenir amenazas anárquicas a la ley y el orden.

Llama la atención el poco entusiasmo que mostraron los gobiernos occidentales por la idea de que el levantamiento húngaro pudiera tener éxito. Mucho de esto probablemente se debió al reconocimiento de que su fallo tendría un gran valor propagandista para ennegrecer a quienes la reprimieron por la fuerza; más, quizás, fue el resultado del sentimiento de compañerismo con los represores, y la desagradable conciencia de que tales demostraciones de independencia pública es contagiosa y una amenaza para todo buen gobierno. En este sentido, todos los gobiernos están del mismo lado: tienden a ser miembros del mismo sindicato y a saber instintivamente que deben apoyarse mutuamente, como antes las casas reales se apoyaban contra el republicanismo independientemente de sus querellas. Podemos esperar una unidad de sentimiento similar ante los públicos recalcitrantes.

El logro de este estado de cosas es, de hecho, una consecuencia casi inevitable de la difusión de la sociología moderna en las democracias, y los cambios en la guerra y en el estatus mundial de Gran Bretaña bien pueden acelerarlo. La tolerancia de la guerra por parte del público británico ha disminuido de un conflicto a otro, y aunque no podemos

sobreestimar la durabilidad del cambio, ni subestimar la eficacia de la propaganda en un temor y aquiescencia entusiastas, la actitud del progreso de un cambio profundamente arraigado no siempre puede medirse por la superficie de la opinión. Una estimación de la resistencia efectiva a la guerra en Gran Bretaña hoy en día debería incluir no solo a los objetores de conciencia, sino al grupo más grande de objetores no de conciencia que se expresan con la deserción, ya sea que profesen aceptar la guerra como institución o no. Independientemente de cómo se puedan racionalizar las necesidades de la guerra, el público combatiente moderno exhibe manifestaciones de culpa e inquietud que desmienten su consentimiento consciente.

Se ha sugerido que el crecimiento del sentido social puede hacer que las naciones no sean aptas para resistir los ataques de vecinos menos escrupulosos⁷³. Sin embargo, el proceso no puede revertirse. No podemos tenerlo de ambas maneras. O la psicología social se dedica a cultivar actitudes positivas basadas en la responsabilidad humana, sean cuales sean las consecuencias, o debe dejar de existir como ciencia independiente y aceptar un estatus puramente veterinario. Con los efectos de la energía atómica, no podemos seleccionar y rechazar ciertas consecuencias del conocimiento; sólo podemos acomodarnos al patrón completo. La irrelevancia de la victoria militar en términos de guerra total, y el conocimiento de la naturaleza de las consecuencias de la defensa en la vida económica y cultural, proporcionan motivos adicionales para negarse a abandonar la lucha.

73 M. Mead en el Congreso Internacional de Salud Mental, 1948.

En gran medida, la idea de la indefensibilidad de las culturas sociales es cierta sólo si pensamos en términos de defensas militares e institucionales del tipo que defiende el Estado. Estas culturas son muy resistentes a la interferencia externa, y esta resistencia es tanto más eficaz porque no depende de la organización. Las sociedades jerarquizadas como la nuestra no tienen una defensa cultural en profundidad; su derrota es siempre total. Una vez que se rompe la corteza de la protección militar, el Estado ha agotado sus recursos y puede considerar que es una obligación entregar el ejecutivo a los vencedores en interés del orden público. Las sociedades sociales dependen predominantemente para su integridad de los patrones de vida y creencias de los individuos y los grupos pequeños. Una de las debilidades esenciales de la asocialidad es que no tiene defensas adecuadas contra los tiranos, nacionales o extranjeros. Al inculcar patrones de vida que pueden expresarse en la independencia y en la resistencia a la autoridad central cuando esto parezca necesario, en realidad estamos creando un público que es más capaz de cuidarse a sí mismo que la sociedad de conformistas de la que depende la defensa militar. Si la resistencia a la agresión externa por estos medios implica la aceptación de la pérdida, el sufrimiento y un retroceso parcial de la sociedad, se puede sostener que tales riesgos no son mayores que los de una guerra defensiva exitosa en la actualidad. Los rasgos de la vida nacional –soberanía política, instituciones, el Estado mismo–, que los líderes militares pretenden defender, son menos importantes en la escala de valores de la civilización que la socialidad, la estabilidad y el juicio individual.

La sociología responsable debe reconocer, sin embargo, un sentido de urgencia en la conducción de su propaganda: la etapa de transición, en la que los individuos están disgustados y desconfiados hacia el patrón existente, sin haber tenido tiempo de formar uno nuevo estable, es particularmente probable que produzca catástrofes. En vista del mecanismo por el cual se forman las actitudes, la transición no puede ocupar mucho menos que una generación, y si queremos estabilizar nuestra cultura en el mundo moderno es evidente que deberíamos dedicar más tiempo al trabajo práctico y educativo fuera del patrón existente y basado en principios esenciales.

El que la revolución se produzca de forma repentina o gradual es más una cuestión de circunstancias y eventos que de elección. La 'revolución histórica' es por lo general sólo la punta emergente de un proceso gradual de cambio de actitud. Puede ser necesaria una acción decisiva, pero no como un elemento de una revolución-fantasía. La transición de la vida asocial a la social tiene lugar de una forma más parecida al término religioso 'transustanciación' en lugar de en las barricadas, y cualquier violencia que ocurra es más probable que provenga de los defensores de los viejos esquemas, que siguen considerando la coacción institucional el medio de 'salvar la República', que de los propios revolucionarios.

Con mucho, la crítica más seria a la concepción ortodoxa y marxista de la revolución, como afirman estudiosos críticos e inteligentes de la sociedad, como Caudwell⁷⁴, surge de la magnitud del cambio que se espera que produzca tal

74 C. Caudwell, *Ilusión y realidad*, Estudios sobre una cultura moribunda, 1993 8 –

revolución por medio de métodos principalmente institucionales. La deficiencia de trabajo de la teoría social marxista, para una visión sociobiológica completa, es su incapacidad para reconocer el papel que juegan los factores inconscientes en la determinación del comportamiento económico, así como lo contrario, y sobre todo su incapacidad para llegar a un acuerdo con la psicopatología, que ha distorsionado sus intenciones constructivas exactamente como en otras sociedades, si no más. Los logros sociales y económicos de la sociedad soviética que pretende haber realizado el comunismo, a menudo se han hecho a pesar del gobierno. El marxismo *per se* no tiene ninguna explicación para las irracionalidades y 'cultos a la personalidad' que tanto han obstaculizado su desarrollo lógico. Que los gobiernos revolucionarios puedan infundir una nueva integración social en sus públicos no está en duda: en esta medida, la evolución modifica y mejora el ajuste individual en culturas donde la falta de objetivos es causa de mala salud. Sin embargo, esto puede ocurrir sin hacer referencia a los objetivos sociales. El nazismo logró en gran medida revivir el sentimiento grupal alemán. Sin embargo, los métodos de los revolucionarios son casi siempre idénticos a los utilizados por los grupos gobernantes asociales en tiempos de guerra: proyección, movilización del resentimiento grupal contra estereotipos, y un nacionalismo político o geográfico de clase o Estado⁷⁵. Incluso cuando, como en los primeros días internacionalistas del comunismo, la

75 «La miseria y la depresión generalizadas no provocan revoluciones por sí mismas. Antes de que la revolución pueda ocurrir, la miseria de la gente debe ser explotada por un pequeño grupo que se beneficiará con el cambio y que esté dispuesto a proporcionar la dirección necesaria y a utilizar métodos extremos para lograr sus fines.»— WF Ogbum y MF Nimkoff Manual de psicología social (Kegan Paul, 1946).

proyección se limitaba a un enemigo de clase, es difícil reinterpretar las ideas revolucionarias marxistas en términos que coincidan con el trabajo antropológico moderno. Shelley estaba más cerca de la verdad en su autoanálisis del tiranicidio y el asesinato del padre. Cualquier cambio fundamental en el patrón de una cultura depende de cambios en la estructura del carácter de sus miembros, tanto como causa como efecto. Se ha demostrado repetidamente que tales cambios dependen menos de las instituciones públicas y políticas que de fuerzas ambientales relativamente poco visibles en la niñez. Sería perfectamente posible argumentar que los cambios de comportamiento en una cultura dada debidos a un cambio en el patrón de la alimentación infantil probablemente sean más extensos que los que surgen de una revolución en la distribución del poder económico y político.

Este punto de vista no sugiere que el cambio económico sea impracticable, sino solo que debe llevarse a cabo dentro de un tipo diferente de cambio social, y no simplemente adherido a una cultura existente, y que está condicionado al reconocimiento de las posibilidades psicopatológicas de la autoridad. El adversario de la "revolución" hoy no es la naturaleza humana, sino el desvío de la actividad política hacia la promoción de personas ambiciosas y fantasiosas. Ninguna revolución real puede producirse mediante la interacción de agregaciones y proyecciones que constituyan casi la totalidad del pensamiento político tradicional, tanto gubernamental como revolucionario. *El estatus de los mecanismos de poder como medio de autoexpresión para los delincuentes y para sus impulsos agresivos limita efectivamente su uso como medio de cambio social basado en la investigación observacional.*

En este sentido, la sociología moderna defiende enfáticamente la concepción libertaria–anarquista más que la totalitaria–institucional del cambio social, aunque lo hace de manera crítica. El repudio de la autoridad puede surgir igualmente de la madurez y la inmadurez, y en una proporción de rebeldes es en sí mismo un rasgo psicopático. Pero los principios básicos de muchos de los escritores anarquistas, la socialidad humana fundamental, lo inadecuado de los medios coercitivos para modificar los patrones culturales, el repudio de la autoridad y la política para producir cambios sobre la asunción de la responsabilidad personal por parte de los individuos, la "ayuda mutua" o la "acción directa", tienen una validez general que no dependen de las fuerzas inconscientes que pueden haber impulsado a quienes están en el poder.

El anarquismo, aunque muestra algo de la fantasía de acción que es común en el pensamiento radical del siglo XIX, se basa no tanto en un futuro utópico como en un retorno a un naturalismo primitivo que liberará a los hombres del Estado político y la explotación económica. En este sentido, el anarquismo tiene mucho en común con la mitología del regreso a un pasado arcadiano⁷⁶.

Sin embargo, la Edad de Oro, como el "estado natural", se ha desvanecido de la vigencia del pensamiento social y de las fantasías de acción con él. La profunda transformación de los mitos originales de Godwin o Shelley a través del estudio sistemático del hombre los ha alineado más con las realidades de la experiencia. Como otros mitos, no son programas de

76 Kimball Young, op. cit.

acción, sino vislumbres de posibilidades a seguir o rechazar en términos de realidad y experiencia. Si hay o hubo una Edad de Oro, su existencia está en la mente humana más que en sociedades concretas. En este sentido, el mito de la sociabilidad humana, como el mito de la salud humana, es una de las aspiraciones que la humanidad ha intentado perpetuamente reconciliar con la realidad, primero mediante la magia y la oración, luego mediante la acción empírica, y más tarde aún mediante la investigación planificada de la ciencia aplicada. Las revoluciones que dan crédito demasiado grande y literal a sus mitos en el sentido histórico, y que apuntan a retrocesos concretos en la sociedad, abandonando la maquinaria y el progreso técnico, son contradicciones de la tendencia de los valores humanos. Si la sociedad no se ajusta a los requisitos conocidos del hombre, podemos modificarla en una sola dirección, hacia un mayor control sobre nosotros mismos y nuestro entorno. Este tipo de revolución contrasta fuertemente con la política de los revolucionarios que desean avanzar empíricamente y de los revolucionarios obsesionados con un pasado en gran parte ilusorio.

Se ha sugerido una receta un tanto curiosa para "nuestro actual descontento". Lamentablemente no se basa sobre etiología científica, sino que es una manifestación de psicopatología. Su plan es eliminar toda la estructura industrial moderna y volver a la forma de sociedad preindustrializada. Esto fue propuesto seriamente como una línea de acción hace algunos años por Gandhi en la India, y también encontró el favor del Estado Libre de Irlanda. La vida, sin embargo, se establece en una pista de tiempo unidimensional. Ni en el individuo ni en el grupo

puede retroceder, y en momentos de dificultad el impulso de retroceso puede ir acompañado de nociones de fantasía que conducen a dificultades aún mayores a quienes intentan ponerlas en práctica⁷⁷.

Los sustitutos místicos y regresivos del Estado centralizado desaparecieron de la corriente del pensamiento científico a fines del siglo pasado. Los oponentes del enfoque institucional en la actualidad se encuentran en este punto sobre un terreno psicológicamente más seguro. En palabras de un anarquista del siglo XX:

No somos una sociedad primitiva y no hay necesidad de volvernos primitivos para asegurar lo esencial de la libertad democrática. Queremos conservar todos nuestros triunfos científicos e industriales: energía eléctrica, máquinas herramienta, producción en masa y el resto. No nos proponemos volver a la economía del telar manual y el arado.... La verdad fundamental sobre la economía es que los métodos e instrumentos de producción, utilizados libre y justamente, son capaces de proporcionar a todo ser humano un nivel de vida digno⁷⁸.

La única perspectiva seria de desindustrialización radica en la destrucción catastrófica de la sociedad occidental por la guerra, el hambre o el agotamiento, y tal revolución devolvería al gobierno indefinidamente a la jungla y al bacilo. Cualquier intuición y posibilidad de progreso que tengamos ahora se la

77 Halliday, op. cit.

78 Herbert Read, *Al infierno con la cultura*, 1943.

debemos a la ciencia y a la compleja máquina social que la ha producido.

Durante muchos años se ha advertido al público de los países occidentales sobre el próximo siglo. La ciencia, han dicho los profetas, destruirá al hombre. Será aniquilado por bombas atómicas (productos de una ciencia no regenerada), o será conducido en sociedades parecidas a las hormigas cuyos gobernantes (gracias a la ciencia) pueden espiarlo por televisión, influenciarlo por ondas o lavar su cerebro y reemplazarlo, proyectos todos curiosamente familiares para un oyente médico. Más respetablemente, el hombre simplemente se morirá de hambre debido a la superpoblación, o se volverá tonto por no propagar una aristocracia intelectual. Mientras haya tiempo, que vuelva atrás; que abandone la ciencia y vuelva al sentido común, a las deidades tribales y al pasado. En esta receta, los reaccionarios tradicionalistas y los revolucionarios "de vuelta a la naturaleza" están igualmente firmes e igualmente irracionalmente unidos.

Nuestra generación, ciertamente, está calificada para reconocer el peligro. Ha visto lo que puede hacer un Hitler, y todavía vive sabiendo que un puñado de psicópatas podría poner fin a la historia de la humanidad. Pero al reconocer el peligro no necesitamos perder nuestro sentido de la proporción; y deberíamos saber a estas alturas que las fuerzas con más probabilidades de traducir tales amenazas en realidad son, en primer lugar, el miedo paranoico y, en segundo lugar, la convicción de que el futuro no nos depara nada. Es posible que necesitemos advertencias, pero la predicción de la fatalidad a través de la ciencia debe verse como una tontería, y sus

duendes como parte de una fauna psiconeurótica, si no psicótica. Los peligros para la humanidad son, como siempre, graves; pero en ningún momento el hombre ha estado en mejores condiciones para lidiar con ellos. La verdadera defensa no es volver a nada, sino seguir adelante, no menos conocimiento y libertad, sino más. Ésta es una tarea que la medicina y la ciencia no pueden permitirse descuidar. Cuanto más rápido sea el cambio en nuestras sociedades, mayor será la necesidad de prever y prepararse.

Una parte del futuro político del hombre ya está siendo influida por la ciencia en un sentido opuesto al profetizado por los pesimistas. En el pasado, las sociedades que sacaban su dinámica de ideologías rígidas y conformidades no se vieron seriamente obstaculizadas por ellas para imponerse al mundo y a sus vecinos. En algunos aspectos, estas 'culturas acorazadas' tenían una ventaja: perdieron su arte, su literatura y su capacidad de disfrute, pero no su eficiencia competitiva. Pero una vez que la tecnología científica se convierta en la principal cualificación que permita a una sociedad competir, es probable que esta situación cambie. En un mundo así, las ideologías traerán consecuencias inmediatas y evidentes. La relatividad puede ser un concepto filosófico, pero si es erróneo debemos alterar el diseño de nuestro equipo electrónico. Por tanto, una sociedad puede tener que elegir entre "hamburguesas" genéticas y no carne de res, o entre economía "comunista" y no producción. Además, la eficiencia competitiva continua de una cultura neotécnica dependerá de las actitudes de los hombres que produce: sus líderes dependen cada vez más, incluso en las políticas delictivas, de psicólogos cuya formación necesariamente pondrá en cuestión el estado mental de los

líderes y los ingenieros, quienes, si sus máquinas van a dejar el suelo, serán incapaces de aceptar el dogma de que $2 = 3$. Sin embargo por mucho que permitamos, como debemos, el poder humano del doble pensamiento, que afecta a los científicos tanto como (algunos dirían más que) a sus semejantes, el continuo crecimiento del estudio analítico a propósito de la naturaleza debe dar lugar a un estudio más analítico de nosotros mismos, de la sociedad y de las pretensiones de los futuros líderes o gobernantes.

El hombre del siglo XXI tendrá sus propios problemas. Puede mirar hacia atrás a la nuestra como una época de desigualdad e ideología, en la que las sociedades aún delegaban autoridad a personas esencialmente agresivas; como la edad en la que fue posible primero controlar la enfermedad y el hambre y luego (aplicando los mismos métodos de pensamiento) controlar los aspectos antisociales, irracionales e incoordinados de la conducta humana que obstruían la aplicación del conocimiento; y posiblemente como la edad de oro de la ciencia en general. Dado que el progreso exponencial del conocimiento difícilmente puede continuar indefinidamente sin una pausa, nuestros nietos pueden pasar el siglo XXI respirando y permitiendo que la civilización se ponga al día con el progreso práctico e intelectual logrado en el tiempo de lucha y excitación que precedió eso. Pero si leen nuestra literatura, tendrán menos respeto por los Jeremías y los Jonás que predijeron el juicio que por los Esdras que instaron a sus contemporáneos a reconstruir el Templo.

Si la palabra 'anarquismo', como nombre para el intento de efectuar cambios desde lo centralizado e institucional hacia la

sociedad social y 'orientada a la vida', tiene implicaciones irracionales o sugiere una ideología preconcebida, ya sea del hombre o de la sociedad, los intelectuales modernos pueden dudar en aceptarlo. Ninguna rama de la ciencia puede darse el lujo de aliarse con la fantasía revolucionaria, con ideas de conducta humana emocionalmente determinadas, o con actitudes psicopáticas. Por otro lado, las alternativas sugeridas –*Civilización biotecnológica*, (Mumford); *Sociedad paraprimitiva* (GR Taylor)– tienen pocas ventajas más allá de su novedad, y no reconocen ninguna de las deudas que tenemos con los pioneros.

La intervención de la sociología en los asuntos modernos tiende a propagar una forma de anarquismo, pero es un anarquismo basado en la investigación observacional, que tiene poco en común con la vieja teoría revolucionaria, aparte de sus objetivos. Se basa en estándares de evaluación científica a los que los elementos propagandistas y de acción del pensamiento revolucionario del siglo XIX son sumamente hostiles. También es experimental y tentativo en lugar de dogmático y mesiánico. Como teoría de la evolución, reconoce el proceso revolucionario como aquel al que no se pueden imponer límites; una revolución de este tipo no es un solo acto de reparación o venganza seguido de una edad de oro, sino una actividad humana continua cuyo objetivo retrocede a medida que avanza el progreso.

El concepto específicamente "anarquista" más relevante hoy en día es el de acción directa, combatividad constructiva: eludir y desafiar, cuando sea necesario, los "canales habituales",

tanto por organización *ad hoc* como en formas puramente demostrativas o negativas.

2. Los incentivos

La sociedad jerarquizada ha desarrollado una teoría de los incentivos al menos tan rígida como su teoría del gobierno. El industrialismo en sus primeras etapas produjo tal desorden en el patrón de vida existente que sus estudiosos bien pueden haber confundido un estado altamente anormal con un estado de cosas típico. Muchas de las presuposiciones de nuestra cultura se remontan a la creencia de que ningún hombre trabajará sin el miedo a la pobreza, exactamente como su política asume que ningún hombre será sociable excepto bajo presión.

Los incentivos sociales en varias culturas se ven afectados por demasiados elementos, incluidos crudos factores físicos como el clima, para que la generalización sea posible. La sociedad industrial, que carece de datos precisos, proporciona solo tres fuerzas impulsoras principales: lucro, poder y miedo, y una gran cantidad de sus dificultades han surgido a partir de estos supuestos. Incluso en nuestra propia sociedad actual, las ganancias sustentadas por el miedo a la indigencia no son una fuerza tan poderosa como creían sus teóricos; la adquisición per sé, sólo se practica por obsesivos del tipo avaro o

coleccionista. Los elementos genuinamente incentivadores como fuente de trabajo y de delincuencia son probablemente el estatus, la seguridad o las facilidades que brindan, más que la ventaja económica inmediata. El poder como incentivo ya lo hemos comentado. El miedo es, con mucho, la fuerza cohesiva más importante en las sociedades centralizadas modernas. Es el medio más conveniente para influir en la conducta cuando deja de existir un terreno común entre el legislador y el público, y puede capitalizar la confusión y la agresión que hacen inútiles enfoques más positivos. Lamentablemente, también agrava las dificultades que crean la confusión y la agresión.

El miedo, mantenido por grupos legisladores y comerciales como principal técnica de persuasión, ya se ha convertido en nuestro medio de gobierno más importante. Esto es tan cierto al nivel de "sangre, sudor y lágrimas" como al nivel de olor corporal y estreñimiento. Las multitudes, como los bueyes, son dirigidas más fácilmente por ruidos fuertes. El ciudadano moderno vive bajo un aluvión de amenazas dirigidas a su seguridad, su independencia, su sexualidad y su deseo de mantener un estatus competitivo. Este continuo alboroto se mezcla con la inseguridad inherente a la vida asocial, y con su fenomenal velocidad y congestión, para jugar un papel importante en la producción de estados de ansiedad individuales y, en su contraparte, la crisis política, social o económica crónica que los detentadores del poder dramatizan para mantenerse. Estas crisis periódicas se reflejan estadísticamente en la tasa de suicidios y accidentes, y en la incidencia de afecciones físicas como la perforación de úlcera péptica. Nos hemos aclimatado demasiado al ruido continuo, la

inseguridad y el movimiento de la jerarquización para ser plenamente conscientes de sus efectos, pero estos parecen incluir una simpatotonia observable, una disposición continua para 'luchar o huir' frente a tráfico, maquinaria, discursos políticos, guerras, recesiones y amenazas. Cualquier retirada temporal de estos estímulos deja un silencio antinatural, como el que notamos cuando se detiene un reloj.

El fracaso del mecanismo de incentivación en la industria ha provocado mucho estudio. El comunismo ruso, aunque explota plenamente el miedo y los privilegios como incentivos, muestra una mejor comprensión del comportamiento humano al complementarlos con apelaciones a la sociabilidad y un elemento real de responsabilidad colectiva. Las dificultades con las que se encuentra hoy la democracia social se deben en gran medida a que descuida este requisito humano básico. Los incentivos positivos más importantes son probablemente la sociabilidad y el sentido de interdependencia, seguidos de la emulación, expresada en patrones de dominio de competencia en lugar de poder, el disfrute de la ocupación creativa, el deseo de aprobación social y el logro de un estatus seguro. Dado que los incentivos económicos ortodoxos no han logrado reconciliar a los individuos con la ausencia de tales recompensas, los gobiernos centralizados se ven obligados a depender de la coerción y el reclutamiento directo de trabajo. En este caso, nuevamente, las técnicas de gobierno en tiempos de guerra tienden a incorporarse cada vez más a la vida en tiempos de paz.

El problema del trabajo repetitivo, sólo puede superarse mediante el reconocimiento de los hechos y una reafirmación

definitiva de los valores. Existe un incentivo para aceptar una reducción en el estándar de las comodidades físicas si podemos obtener una mayor estabilidad personal al hacerlo. Algunas de las ocupaciones insatisfactorias al menos, podrían reducirse por este medio, otras mediante una aplicación más decidida de la tecnología.

La extensión de la responsabilidad local y del control de los trabajadores en la industria también son medios para superar la frustración individual.

La manufactura principal de una comunidad social civilizada es la vida individual satisfactoria, y frente a ella las adquisiciones administrativas, como la productividad, el estatus y la eficiencia, son completamente secundarias. Si el sindicalismo, o los otros tipos de soluciones económicas que ofrece la teoría política, son respuestas a estos problemas, solo se puede determinar mediante la experimentación.

La idea de que los seres humanos sólo funcionan si se les obliga a hacerlo es un producto del sistema que se basa en ese supuesto; no se aplica a la camaradería del grupo, la sociedad primitiva o la unidad de investigación científica. Ningún psicólogo ha determinado todavía las formas de coerción externa, distintas de la coerción física, que proporcione los incentivos de Freud, Lister o Pasteur.

El destino de nuestra cultura es hacernos subestimarnos a nosotros mismos.

3. Castigo

Los incentivos negativos son del mismo tipo. La controversia que todavía se libra sobre los medios para tratar con los delincuentes gira en torno a la eficacia y la conveniencia del castigo, pero el castigo en sí mismo es más complejo que la simple influencia del tortazo por la desobediencia o el terrón de azúcar por la obediencia que solemos aceptar tradicionalmente. En primer lugar, el castigo puede ser disuasorio, diseñado para inspirar miedo en los demás en lugar de reformar al delincuente; puede ser reformador, una medida obligatoria de la psicoterapia; puede ser retributivo y satisfacer los impulsos de la sociedad hacia la venganza y la expiación. A esta complicación tenemos que añadir el hecho de que ahora sabemos que el castigo puede ser un deseo activo y puede resultar en sí mismo una fuente de satisfacción más que de malestar para el individuo.

Desde el advenimiento de la psiquiatría penal, el castigo como medio para tratar con los delincuentes ha llegado a existir en dos niveles. Por un lado, tenemos el intento de racionalizar los métodos penales legales y administrativos existentes; por otro, las cárceles y los tribunales tal como son. Los intentos para aplicar la ciencia a la prevención y cura de la delincuencia, si son intentos institucionales y oficiales, tienen que ser injertados en un sistema que supone que la mala conducta social es el resultado de una elección deliberada y maliciosa, y que tal elección es mejor disuadirla o alterarla por el confinamiento junto a otros delincuentes, bajo condiciones

de miseria y holgazanería, y bajo una disciplina diseñada para socavar el respeto por uno mismo y la sociabilidad. El enorme progreso que se ha logrado en algunos tipos de instituciones penitenciarias es siempre algo agregado o fijado a este patrón más antiguo. Las tendencias irracionales y delictivas entre los legisladores y los desajustes personales que dan lugar a demandas de mayores azotes y disciplinas más severas, obstaculizan perpetuamente los intentos de los penalistas más progresistas y mejor informados de hacer efectivas sus ideas. Los debates de las Cámaras sobre la pena de muerte son una lectura deprimente.

De hecho, ya no es posible seguir a la escuela conservadora de penalistas, que toman la ley y el castigo por su valor nominal como mecanismos intencionados para reprimir la delincuencia, sin echar un vistazo a todo el campo de investigación reciente sobre la delincuencia. Precisamente así como hay motivos para sospechar que el poder es principalmente un mecanismo para descargar la agresión, hay razones para inferir una motivación agresiva e inconsciente generalizada en el derecho penal que hace que cualquier intento de tratar sus objetos profesados como reales sea un sinsentido. Desde que Westermarck señaló que ninguna cultura podría considerar su actitud hacia la delincuencia como racional hasta que toda religión primitiva haya sido eliminada de sus métodos para tratar con los infractores, la estimación del valor nominal de la ley y el castigo en las sociedades occidentales se ha vuelto cada vez más discordante con la investigación experimental y observacional.

La evidencia más contundente del rechazo del castigo como medio de modificar la conducta proviene de la experiencia de campo obtenida en experimentos con delincuentes, niños normales y anormales e incluso reincidentes crónicos que han agotado el repertorio de sanciones legales⁷⁹. Un trabajo de este tipo muestra la sorprendente unanimidad de respuesta en todos estos grupos al tipo de enfoque social no indignante, no oficial que se basa en la rehabilitación de actitudes sociales positivas por la acción de lo que los teólogos cristianos han llamado caridad, y lo que podemos llamar solidaridad humana. Este enfoque no implica en modo alguno una predilección por el delincuente o un descuido del daño que pueda hacer. Sin embargo, está empíricamente justificado por una larga tradición de experiencia humana, que la teoría política ha tendido a despreciar, y teóricamente justificado por el conocimiento de los mecanismos que forman la conducta. El sentimentalismo, al cual los intentos de reforma penal no han sido inmunes, es en esencia una concentración del sentimiento en las sensaciones placenteras producidas por una acción o una creencia más que en su verdad o idoneidad; son condenas que se aplican no sólo a la sobretolerancia de los reformadores a la conducta antisocial, sino a la mayoría de las políticas de castigo institucional, eminentemente inadecuadas para sus supuestos objetivos.

Ninguna sociedad, por utópica que sea, es probable que elimine por completo las causas de la delincuencia. Sin

79 Ver WD Wills, *The Hawkspur Experiment*, Allen & Unwin, 1941; Eliminar el castigo en el tratamiento residencial de personas problemáticas. Niños y jóvenes, serie psicológica y social, 1946; y M. Paneth, *Branch Street*, Gollancz, 1945. Ver también referencias a Wehrli, Osborne, Kellerhals y varios otros en P. Riewald, *op. cit.*

embargo, podemos rechazar elementos de la sociedad que reconocemos que las favorecen. El mecanismo de restricción que opera con mayor eficacia es el que obstaculizan las sociedades institucionales centralizadas: la interacción de la opinión pública y los estándares sociales introyectados. El único caso en el que el crimen trae consecuencias inevitables para el criminal es cuando ocurre en un grupo del cual no hay escape satisfactorio por la violación de los estándares universales. Nuestra falta de experiencia de la fuerza de la opinión pública en las ciudades nos hace estar demasiado dispuestos a subestimarla. Las sanciones finales de la comunidad, como el ostracismo y la excomunión, son probablemente más poderosas que cualquier forma de castigo institucional. Se puede imponer la restitución, la expiación o incluso el destierro. Hasta qué punto estas reacciones en la sociedad son propiamente "castigos" es una cuestión de terminología.

East (op. Cit.) Escribe:

El crítico de sillón que se opone al elemento retributivo en el castigo a veces parece olvidar que tiene un significado biológico profundamente arraigado. En una sociedad culta puede ser necesario, y ventajoso si conserva una relación correcta entre la vileza del delito y la severidad del reconocimiento...

Quizás sea justo señalar el gran número de tales críticos en la literatura psicológica moderna: muchos de ellos tienen una amplia experiencia personal con los delincuentes y la psiquiatría penal. El punto crucial parece ser la determinación de la función que se pretende realizar con el castigo si no es

disuasivo ni reformador. Si bien no podemos subestimar la importancia de los "actos rituales" en la vida humana, el carácter "ritual" del castigo retributivo (multa o prisión punitiva) debería sin duda suscitar una mayor resistencia en las mentes racionales que las ideas de restitución (devolver lo sustraído) o reforma y disuasión. El origen de esta resistencia está en la vaguedad del propósito que se está cumpliendo y en el trasfondo claramente preferencial de la mayoría de la abogacía por la retribución. Si se trata de la expresión de una solemne execración por comportamiento antisocial, es difícil ver por qué tal expresión debe tomar las formas que la ley defiende como apropiadas.

A pesar de los argumentos tradicionales, existe indudablemente un espíritu justificado de escepticismo hacia el castigo ortodoxo en el pensamiento y la literatura psiquiátricos modernos, que seguramente se reflejará eventualmente en la sociedad. Este escepticismo ciertamente no surge totalmente, ni siquiera en un grado mayor, de una tendencia a "preferir el delincuente a la sociedad": una parte de él puede deberse a sobreestimar el problema mental en la causa del delito, pero con mucho la mayor parte proviene de la comprensión de los mecanismos por los cuales se mantiene la cohesión en las sociedades, y el descubrimiento en la experiencia clínica de que los enfoques positivos del niño y del adulto delincuente ofrecen un alcance mucho más amplio para el cambio de actitud. Las principales críticas al castigo promovido por el patrón institucional son su selectividad hacia ciertos tipos de comportamiento antisocial, su carácter predominantemente mágico, su ineficacia en términos estadísticos, sus métodos absolutamente no constructivos y su uso como un sustituto

barato de la reconstrucción de la sociedad. Incluso los intentos de los estados centralizados de desarrollar un lado más constructivo de tal sistema penal, por inteligentes que sean en ocasiones, implican riesgos administrativos reales de poder estabilizar a la población carcelaria como un grupo permanentemente desfavorecido de proveedores de mano de obra barata. Incluso los penalistas más conservadores han llegado a considerar el castigo en general, y la mezcla de despersonalización, soledad, aburrimiento e intimidación que caracterizan a la prisión, como un último recurso, que debiera ser reemplazado por consejos, tratamiento, rehabilitación o expedientes de libertad condicional, siempre que sea posible. Aparte de cualquier teoría del castigo, su práctica en las comunidades centralizadas todavía muestra tan poco respeto por el sentido común, la investigación o sus propias intenciones profesadas que las defensas del sistema en términos de conocimiento moderno son difíciles de tomar en serio. Quizás sea comprensible que ninguno de los miembros más ilustrados de la Comisión de Prisiones, por mucho tiempo que hayan pasado como funcionarios o administradores de la prisión, tenga una experiencia de primera mano del encarcelamiento "desde el lado receptor". Las referencias de East⁸⁰ a la dieta carcelaria "blanda y fácilmente asimilable" son una medida, quizás, de la separación entre la teoría y los hechos.

Al abandonar la concepción del crimen como algo elegido a sangre fría por el criminal por su valor de perjuicio para la sociedad, como algo que debe ser erradicado mediante el castigo o ser evitado mediante resistencia moral, tenemos que

80 East, op. cit.

establecer distinciones entre objetivos generales y política inmediata. Este autor, tomaría el punto de vista de Forel, de que uno de los objetivos es la sustitución total del castigo por actitudes sociales positivas y por la remodelación a través de la sociedad⁸¹. Por otro lado, si la desconfianza psiquiátrica general sobre la penalización diera lugar a un éxodo general de los psiquiatras del servicio penitenciario institucional, tanto la sociedad como el criminal podrían sufrir. East⁸², a pesar de sus limitaciones, nos prestó un valioso servicio al hacernos comprender las dificultades del funcionario acosado en cuya puerta se encuentran apostados los criminales, no en un futuro hipotético, sino en la actualidad a diario. Es a la presión de los psiquiatras que están en contacto real con los mecanismos de la ley, así como de los de fuera del sistema, a lo que debemos los experimentos de rehabilitación social positiva que se han emprendido: sería lamentable si estos se retirasen.

La reforma de la criminología y la modificación por las relaciones sociales son complementarias, y cada una apelará a diferentes personalidades como campo de actividad elegido: no podemos separar las dos, o nos encontraremos rehabilitando delincuentes sin tener una sociedad normal en la que puedan desarrollar las actitudes que enseñamos. Es un hecho interesante que hasta ahora se hayan creado más grupos "sociales" experimentales en el proceso de tratamiento de la delincuencia que en el contexto de la vida diaria.

81 «Hoy en día existe una respuesta inequívoca a la pregunta: ¿Qué puede sustituirse a la agresión en el derecho penal? La no violencia y el autogobierno como medios educativos. ' (P. Reiwald, op. Cit.)

82 East, op. cit.

4. Planificación en términos sociales

Un estudio que critique los modos de vida existentes provocará en el lector una demanda muy razonable de alternativas al menos tan concretas como las críticas. Si tal libro no contiene nada parecido a un programa festivo, ciertamente decepcionará a algunas personas. Sin embargo, debería quedar claro que la crítica fundamental a la sociedad moderna es su falta de crecimiento orgánico y la ausencia de campo para la biología y la iniciativa humanas normales. Seguir este tipo de análisis con un programa institucional detallado sería ilógico. La sociología apunta a las formas en que los seres humanos pueden lograr comportamientos seguros y satisfactorios, pero una condición de este tipo de estabilidad es la capacidad de los individuos y grupos para crear sus propias instituciones sin demasiada presión externa. Evidentemente, podemos discutir los patrones deseables de la industria, la economía y la vida política, pero las formas que surjan realmente de una concepción social de la sociedad dependerán del experimento, el temperamento y las condiciones nacionales y locales y los objetos que las comunidades particulares tengan a la vista⁸³.

En la medida en que tengamos distintas sugerencias que ofrecer, serán medios para realizar las condiciones para este

83 Ver GR Taylor, *Condiciones de felicidad*, Bodley Head, 1949; L. Mumford, *The Condition of Man*, Seeker & Warburg, 1944.

tipo de experimento. Al menos podemos contemplar las siguientes:

(1) Medidas para aumentar la conciencia pública sobre el estado de la sociedad y los resultados de la investigación en psicología social humana. El enfoque aquí es educativo, a través de la explicación de la mecánica de problemas específicos como la guerra o la neurosis social, a través de la formación de psicólogos especialistas, sociólogos y médicos, y un intento particularmente decidido de hacer sentir las ideas modernas entre los grupos educadores: los maestros, profesores, estudiantes, urbanistas, escritores, etc. Incluso los políticos institucionales, aunque no son el material más prometedor, pueden ser alcanzados de esta forma.

(2) Experimentos fundamentales sobre la vida comunitaria y el control de los recursos. Éstos tienen un valor de demostración desproporcionado con su tamaño. A menudo están abiertos a las críticas de que dependen de la sociedad a la que están atacando, pero es difícil ver por qué no deberían hacerlo. Es probable que un aumento generalizado de experimentos espontáneos de este tipo resulte un serio competidor del aparato institucional menos satisfactorio e influya en él tanto como la rehabilitación experimental ha influido en la criminología. Sólo en la práctica diaria se pueden resolver los problemas cotidianos.

(3) Presión específica, hacia la desintegración controlada de los agregados de las grandes ciudades, mayor control de los trabajadores en la industria, con descentralización de grandes unidades.

(4) Propaganda concentrada para introducir la sociabilidad en el lugar donde tiene lugar la formación del carácter, la familia y la escuela. El valor de este tipo de instrucción ha sido probado por el sorprendente cambio en la educación y las ideas de disciplina de los padres durante los últimos veinte años. Los fracasos que engloban a la familia moderna son hoy mucho más producto de instituciones como la guerra y la vida en la ciudad que de la persistente ignorancia y severidad de los padres, aunque claramente queda mucho por hacer. Corremos el riesgo de involucrarnos en un proceso circular: las actitudes de los niños pueden estar firmemente fijadas hacia el séptimo u octavo año: las presiones de la vida asocial desorganizan a los padres y los hogares y, a su vez, producen nuevos suministros de futuros padres discapacitados. El niño solo se puede estabilizar a través de los padres y el padre ya es adulto.

Aunque ciertamente es más fácil crear sociabilidad mediante la crianza que reconstruir las actitudes de los adultos, no hay base para asumir que los adultos no pueden ser reeducados. Los principales problemas de la extensión de la infancia sensible y sociable surgen de factores sociales como la vivienda, la guerra, el servicio militar obligatorio y la inseguridad. Por lo tanto, parte del trabajo de la orientación infantil es centrar la atención de los adultos en estos obstáculos, con la esperanza de que la comprensión de lo que implica pueda conducir a una acción eficaz.

(5) Psiquiatría individual. Al tratar al individuo, no podemos dejar escapar la oportunidad de indicarle las causas sociales y personales de su enfermedad. La tarea del ajuste no es la recreación de la moral centralizada y la aquiescencia, sino la

construcción de una moral basada en la resistencia a las malas instituciones y la determinación positiva de experimentar en la vida social para que puedan ser reemplazadas. Ésta es la parte más específicamente revolucionaria de nuestro trabajo. Puede que implique no sólo terapia individual, sino también medidas de propaganda que podamos emprender escribiendo, hablando y viviendo. Puede implicar una actividad específicamente revolucionaria, como el fomento de la resistencia directa a la autoridad delictiva y la retirada del apoyo científico a proyectos que impliquen el secreto, la supresión de información y el abuso de tecnología con fines bélicos.

(6) 'Un buen gobierno es un mal gobierno con un susto infernal': en última instancia, solo hay una salvaguarda efectiva contra la psicopatología y la delincuencia en el cargo, y es la resistencia pública sensata, eficaz, respaldada por una voluntad individual disciplinada a desobedecer donde sea necesario. La irracionalidad de los públicos se ha sobrestimado en lugar de subestimado. Frente a una intensa propaganda y publicidad, la reserva general de sociabilidad y la capacidad de acción coherente del público inglés, y probablemente de otros públicos, sigue siendo más alta de lo que la mayoría de los sociólogos han parecido dispuestos a admitir. Los hombres ciertamente están sujetos a las mismas fuerzas inconscientes que los liderazgos, pero retienen como individuos una comprensión mucho más firme de los objetivos centrados en la realidad: trabajo, alimentación, supervivencia, el derecho a una vida familiar ininterrumpida. Por ellos lucharán. El tono antipolítico cada vez más combativo de la opinión pública tanto en Europa occidental como oriental refleja esta voluntad. El

principal problema tal vez sea evitar que se desvíe hacia los "canales habituales".

A principios de siglo, la opinión pública inglesa aclamó una guerra de agresión y apedreó a quienes se oponían a ella. Hoy en día, las guerras, incluso si se describen como 'acciones profilácticas' y se llevan a cabo bajo la cobertura de las Naciones Unidas, enfrentan una oposición pública creciente que puede ser engañada con éxito pero no puede descartarse, mientras que el intento de lanzar una guerra colonial a la antigua en Egipto fue derrotado por un estallido sin precedentes de ordenada oposición pública.

Ésta es la técnica mediante la cual los detentadores del poder pueden ser controlados; de hecho, en un futuro previsible, podría ser mejor dejarlos donde están, sujetos a la existencia de un público completamente combativo, ya que, como la Monarquía británica, podrían luego actuar como llenadores de vacío, para ocupar y neutralizar posiciones que ocuparían otros si no lo hicieran.

La presión directa a través del mecanismo de los partidos parlamentarios no figura en esta lista de objetivos. Hay quienes sentirán que tal omisión es perversa. Pero es dudoso, por los motivos que se han expuesto en este libro, que valga la pena intentar avanzar a través del patrón institucional, si un enfoque más revolucionario no es válido en sí mismo.

En todos nuestros contactos con el patrón jerarquizado corremos el riesgo de ser incorporados a él, de convertirnos en un departamento profiláctico. Esto no significa que los

psicólogos sociales deban negarse a dar consejos o a participar en los servicios de salud, sino que deben ser conscientes de la independencia científica de su disciplina y negarse a comprometerla. Algunas actividades de nuestra sociedad son tan adversas a esta disciplina que difícilmente podemos retenerla al aceptarlas. Otros, según nuestro criterio individual, pueden parecer útiles como paliativos. La medicina tiene siempre el deber específico de reducir el sufrimiento humano, y no admitir que la salud pública se convierta en la aceptación pasiva de la enfermedad pública.

5. Gobierno mundial

En el prefacio de este estudio se hizo referencia al intento de los sociólogos de la UNESCO de emplear la maquinaria de ese organismo para promover los estudios sociales. Se señaló que los intentos de este tipo deben plantear inevitablemente nuevos problemas en relación entre la investigación y los organismos patrocinados por el gobierno.

Los intereses de la Organización de las Naciones Unidas y de los defensores de la autoridad mundial han sido expresados por West⁸⁴:

Dentro de las sociedades establecidas, los hombres necesitan leyes administradas externamente, no porque

84 Ranyard West, *Psychology and World Order*, 1945.

sus conciencias sean débiles, sino porque sus prejuicios son fuertes, mientras que fuera de sus sociedades establecidas los hombres necesitan leyes administradas externamente por ambas razones.... Difícilmente podemos repetir con demasiada frecuencia que el orden se basa en la fuerza. La Autoridad Mundial siempre debe ser capaz de concentrarse en cualquier punto... con fuerza suficiente para repeler con certeza cualquier desafío a su orden y autoridad.

Se verá que las afirmaciones hechas para el gobierno mundial surgen y son idénticas a las que se hacen para el gobierno nacional, tanto en sus supuestos como en sus corolarios. El atractivo de este tipo de argumentos para psicólogos y sociólogos es difícil de explicar. Aparte de las suposiciones sobre el lugar de la coerción en el mantenimiento de la sociabilidad, la evidencia que relaciona la centralización con la selección de delincuentes para los cargos debería ser suficiente por sí sola para hacernos críticos ante cualquier organización en la que se confiera un poder sin precedentes a individuos extraídos, ni siquiera de partidos, como en el caso de los estados nacionales, sino de un consejo de gobiernos, entre cuyos miembros ya han operado factores psicopáticos de selección.

Parte del atractivo de tal tesis proviene de la confusión en las mentes de muchos científicos entre la muy deseable administración de los recursos por parte de organismos *ad hoc* y el ejercicio central del “poder”, en su sentido político, con el derecho a actuar fantasiosamente en los asuntos públicos. Una confusión bastante similar existió en el movimiento socialista temprano, y fue en gran parte responsable del fracaso en

tratar eficazmente el crecimiento de patrones totalitarios dentro de la ideología socialista. A pesar de las inevitables acusaciones de nacionalismo a las que debe enfrentarse tal punto de vista, sólo podemos aceptar los supuestos y la política de un gobierno mundial sacrificando todo el conjunto de pruebas sobre motivación de la conducta social y sobre la naturaleza del poder centralizado, que la antropología y la psicología social han proporcionado en el último medio siglo. El argumento de que la coacción implícita en el gobierno mundial estaría dirigida a las comunidades, en lugar de a las personas a cuya conducta se aplican estos descubrimientos, puede responderse adecuadamente preguntando cómo se puede coaccionar a una comunidad sin coartar a sus miembros. Las Naciones Unidas ya se han mostrado hostiles a los intentos de los pueblos de "ir de espaldas" a sus gobiernos, y es dudoso que esta desgana surja enteramente de cuestiones de procedimiento. El 'Gobierno mundial', siempre que se asemeje al gobierno nacional, está abierto al comentario hecho recientemente en una reunión que discutió la validez de una Conferencia Cumbre: "¿Cuál es la ventaja de poner a los cuatro fulanos más importantes del mundo alrededor de una mesa si no pueden hablar con sentido común por separado?"

Parece, de hecho, como si el concepto de gobierno institucional mundial, a pesar de todo su atractivo para quienes aceptan la auto-importancia del Estado en la sociedad nacional, es una inversión directa del proceso que requerimos. Hemos sugerido que la delincuencia de los estados surge en dos niveles: en la psicopatía de los públicos y en la psicopatía de los individuos que expresan su propia agresión y la de su cultura a través del mecanismo del poder. La restricción que

puede prevenir eficazmente la acción delictiva de los estados debe aplicarse a los individuos que utilizan directamente la política y a los sujetos que los apoyan. Dicha moderación sólo puede aplicarse a un nivel, el del individuo, que al alejarse de las actitudes delictivas socava el apoyo social que reciben y las vuelve impotentes si logra hacerse lo suficientemente numeroso y combativo con los individuos cuyos deseos se imponen sobre la sociedad a través de su aquiescencia o cooperación.

CONCLUSIÓN

Para los teóricos políticos occidentales, la palabra "gobierno" siempre ha cubierto realmente dos funciones bastante dispares pero asociadas arbitrariamente: una organización para la planificación y ejecución de operaciones sociales, esquemas económicos y utilidades; y un conjunto de instituciones que permiten a las personas con mentalidad de poder dramatizar y llevar a cabo sus deseos a través de operaciones sociales, generalmente en detrimento de la intención constructiva.

Con el avance de la ciencia, el vínculo se ha aflojado progresivamente. La mayoría de las funciones sociales llevadas a cabo por los gobernantes ahora son asuntos de distintas habilidades. Las consideraciones y métodos que los gobiernan son las consideraciones de la ciencia: los proyectos se planifican en términos de hechos, las cuestiones de duda son resueltas por la investigación y el éxito juzgado por los resultados. El 'gobierno' todavía se aferra precariamente a la tarea de coordinar estos proyectos, pero esto también está pasando del campo del juicio político al de la computadora electrónica. Cada vez más, la otra función del poder político está perdiendo la cobertura del propósito constructivo que tenía antes. Se está convirtiendo en un recorrido ferroviario no

para la comunidad sino para divertir a los conductores de locomotoras aficionados y no cualificados, que obstruyen sus funciones útiles con sus payasadas y accidentes escénicos para hacer la vida más interesante. Los proyectos se retrasan porque no pueden explotarse para el prestigio personal o dramatizarse para producir crisis. La ciencia del mundo está obligada a basarse en prioridades dictadas por las necesidades emocionales de sus líderes, con o sin las consideraciones adicionales de ideología y lucro privado. Estos están íntimamente vinculados, porque la virulencia de la avaricia comercial o individual en las sociedades capitalistas es el resultado tanto de la búsqueda de poder y la auto-dramatización como de la codicia ordinaria, y difiere poco en última expresión del abuso de la ideología con el mismo propósito.

En la actualidad, con mucho, la mayor parte de los recursos técnicos y científicos del mundo se desvía hacia proyectos que no tienen una función coherente más allá de la puesta en práctica de fantasías centradas en el poder. Los gobiernos del mundo dedican una cantidad correspondiente de su tiempo a consideraciones fantásticas que inmiscuyen constantemente en los proyectos constructivos que controlan; de hecho, es una broma estándar de la Universidad entre los investigadores que para asegurarse un apoyo realmente enérgico del Gabinete uno debe encontrar una aplicación destructiva para su investigación o un medio de unirla a la vanidad personal de un ministro. Vastos e importantes proyectos sociales y científicos continúan tanto en los países comunistas como en los no comunistas con el apoyo de fondos públicos, pero la iniciativa y la dirección de estos vienen por regla general de quienes no

tienen cargos públicos, ya que los legisladores no tienen los conocimientos necesarios para lanzarlos. De hecho, está comenzando a sospecharse que la actividad humana socialmente valiosa no cesaría si los legisladores no estuvieran presentes.

Es con esta concepción que podemos terminar adecuadamente un examen de los patrones delictivos en la sociedad humana. Si deseamos encontrar actitudes responsables y sociales, es quizás en las vidas de los individuos, en la amplia corriente de sus diversas culturas y prejuicios donde deberíamos mirar, más que en los líderes que contienen o flotan en la superficie de esas culturas. El impulso de la sociabilidad, distorsionado por muchas formas de sinrazón y moldeado por el estrés en muchos patrones destructivos y no deseados, sigue siendo el hilo más claramente discernible en las culturas humanas.

Los asesinatos y los odios se dirigen consistentemente no a hombres reconocibles, sino a efigies creadas por la estereotipia y el miedo, y es el disfraz de espantapájaros que se coloca sobre estos otros individuos humanos mediante procesos psicopáticos en la mente de sus atacantes lo que nos preocupamos de desnudar, exponiendo la carne humana y el rostro humano que los subyace. Una vez vista y asimilada esa carne a la nuestra, compartiremos en un grado más consciente la solidaridad de especie que exhiben la mayoría de los animales sociales.

Se apela al hombre para que se guíe en sus actos, no sólo por el amor, que es siempre personal, o en el mejor de los

casos tribal, sino por la percepción de su unicidad con cada ser humano. En la práctica de la ayuda mutua, que podemos rastrear hasta los primeros comienzos de la evolución, encontramos así el origen positivo e indudable de nuestras concepciones éticas; y podemos afirmar que en el progreso ético del hombre ha tenido el protagonismo el apoyo mutuo, no la lucha mutua.

PETER KROPOTKIN

Ningún intento de alterar la sociedad conlleva una certeza histórica de éxito. El progreso no es inevitable, depende de la suerte y el esfuerzo. Aquellos que están deprimidos por la debilidad de los recursos de la razón frente a la propaganda centralizada y la irracionalidad pública pueden sentirse alentados por la idea de que, aunque un colapso de nuestra cultura a través de una guerra retrasaría un logro científico en un siglo, si no más, la ciencia misma es cada vez más indestructible. Los tiranos ejecutan personas o reprimen enseñanzas, y las guerras destruyen equipos e instalaciones, pero no tenemos registro histórico de que cualquiera de estas fuerzas supiera con éxito el conocimiento o erradicase la idea del método científico. Si nuestras deducciones en sociología son correctas, sus fuerzas continuarán operando y, en última instancia, serán reconocidas, aunque en sociedades que las rechacen, en secreto. Allí donde estamos en lo cierto, tenemos la "naturaleza humana" de nuestro lado. El revolucionario fantasioso y el progresista de sillón pueden necesitar recordar que Ricketts y Prowaczek perdieron la vida en el estudio del

tifus, y que las actitudes sociales son sustancialmente más peligrosas de manejar que los microorganismos. Sin embargo, ni la medicina ni la sociología se sentirán intimidadas por los riesgos laborales que pueden correr. Las recompensas de ambas son demasiado concretas y las obligaciones de perseguirlas demasiado obvias. El único Estado al que debemos temer es el estado de aceptación que convierte la bacteriología en guerra biológica y los estudios sociales en una herramienta de propaganda y disuasión. De nuestras propias reservas de sociabilidad y responsabilidad como científicos depende nuestra resistencia a este tipo de desvío. Para cultivar estas cualidades en los demás, debemos comenzar por exhibirlas nosotros mismos.

En este objetivo de liberación individual, se encierran muchos hilos. Hemos criticado los incentivos de la asocialidad, sus castigos, su concepción de poder y gobierno; también hemos citado una pequeña parte de la evidencia que relaciona la forma de las sociedades, y su orientación libre o coercitiva, con los patrones que existen en la familia y que se mantienen por las costumbres de las relaciones entre padres e hijos o entre adultos dentro de la órbita reproductiva. Los escritores religiosos a veces desafían el poder de los sistemas humanistas para producir un mecanismo de incentivos tan poderoso en sus resultados sobre la vida personal como la visión sobrenatural de la vida. Podemos buscar razonablemente este mecanismo dentro de las actividades humanas de amar y hacer el hogar; estos son los determinantes clave del patrón cultural y la fuente de profundas reservas de energía psíquica en los individuos que nuestra propia cultura no utiliza y obstruye por su orientación sexual, económica y social.

Puede que pase mucho tiempo antes de que el trabajo de la mayoría de la gente pueda convertirse en una experiencia creativa y espontánea. Dado que las dificultades tecnológicas son menores, el amor parecería ofrecer un campo para un desarrollo más temprano y rápido de la espontaneidad, de los valores positivos individualizados y de la libertad interior. Como dice Fromm (1940)⁸⁵, la persona que realmente ama a los demás también se ama a sí misma; ama la vida. Por lo tanto, se diferencia de la persona frustrada y destructiva que desea restringir a los demás y destruir sus valores mientras se niega y se castiga también a sí mismo. También se diferencia de la persona que no se atreve a ser él mismo, sino a ser sólo lo que se espera de él, y que obliga a los demás a la misma conformidad... En este estado peligroso en el desarrollo de la forma de vida democrática, puede ser que esta parte salve al todo⁸⁶.

La psiquiatría social construye la familia sobre la base del amor libre de culpa y responsable, a la vez en lo sexual y lo personal: los elementos coercitivos y asociales, expresados hoy en el poder y la delincuencia militar, la obstaculizan y la destruyen. Quizás encontremos aquí el punto de división entre los elementos culturales que hemos llamado centrados en la vida y los centrados en el poder. Son, en el fondo, el impulso del amor y la espontaneidad por un lado y el impulso de la coerción, la autoridad y la culpa por el otro.

85 E. Fromm, *El miedo a la libertad* (Kegan Paul, 1940).

86 JK Folsom, *La familia y la sociedad democrática* (Routledge & Kegan Paul, 1949).



ALEX COMFORT (1920-2000) fue un hombre de múltiples facetas, con seguridad más conocido y valorado como científico que como escritor. Una de sus obras más conocidas es *The Joy of Sex* (El placer del sexo, según una de las últimas ediciones, aunque al parecer ha tenido otras traducciones).

Su militancia anarquista y pacifista es el hilo conductor de muchos de sus libros, y es de agradecer que vea la revolución sexual como una parte (primordial, hay que decir) de la social.

Comfort, además de en el comportamiento sexual, era experto en biología y en siquiatría, y en concreto se le consideró una eminencia en gerontología, ya que dedicó gran parte de su vida al estudio del envejecimiento; dos obras suyas recogen esta temática: *La biología de la senescencia* y *Una*

buena edad. En sus estudios, Comfort observa a las personas mayores como una clase oprimida, por lo que trata de combatir todos los acomodos políticos, sociales y morales que contribuyen a esa situación. Otras obras suyas destacables son: *El comportamiento sexual en la sociedad* y *Autoridad y delincuencia en el Estado moderno* (traducida aquí como *Autoridad y delincuencia*. Un estudio psicológico del poder).

Comfort se educó en el Trinity College, en Cambridge, y en el London Hospital; en los años 40, tuvo una gran actividad en el mundo británico, en el grupo en torno a la publicación *Freedom*, uno de los más importantes del pasado siglo, junto a otros anarquistas como Marie Louise Berneri, Nicholas Walter, Herbert Read, Vernon Richards o George Woodcok. Comfort fue un “beligerante pacifista”, y son muy conocidas sus disputas con George Orwell sobre la intervención en la Segunda Guerra Mundial. Se le atribuye una frase muy bella, una especie de imperativo que el anarquista puede hacerse a sí mismo, acerca de la obligación de dejar este mundo con menos dolor del que había cuando lo encontró.

Biografía extraída de Reflexiones desde Anarres:

<http://reflexionesdesdeanarres.blogspot.com/2012/09/alex-comfort-1920-2000-fue-un-hombre-de.html>